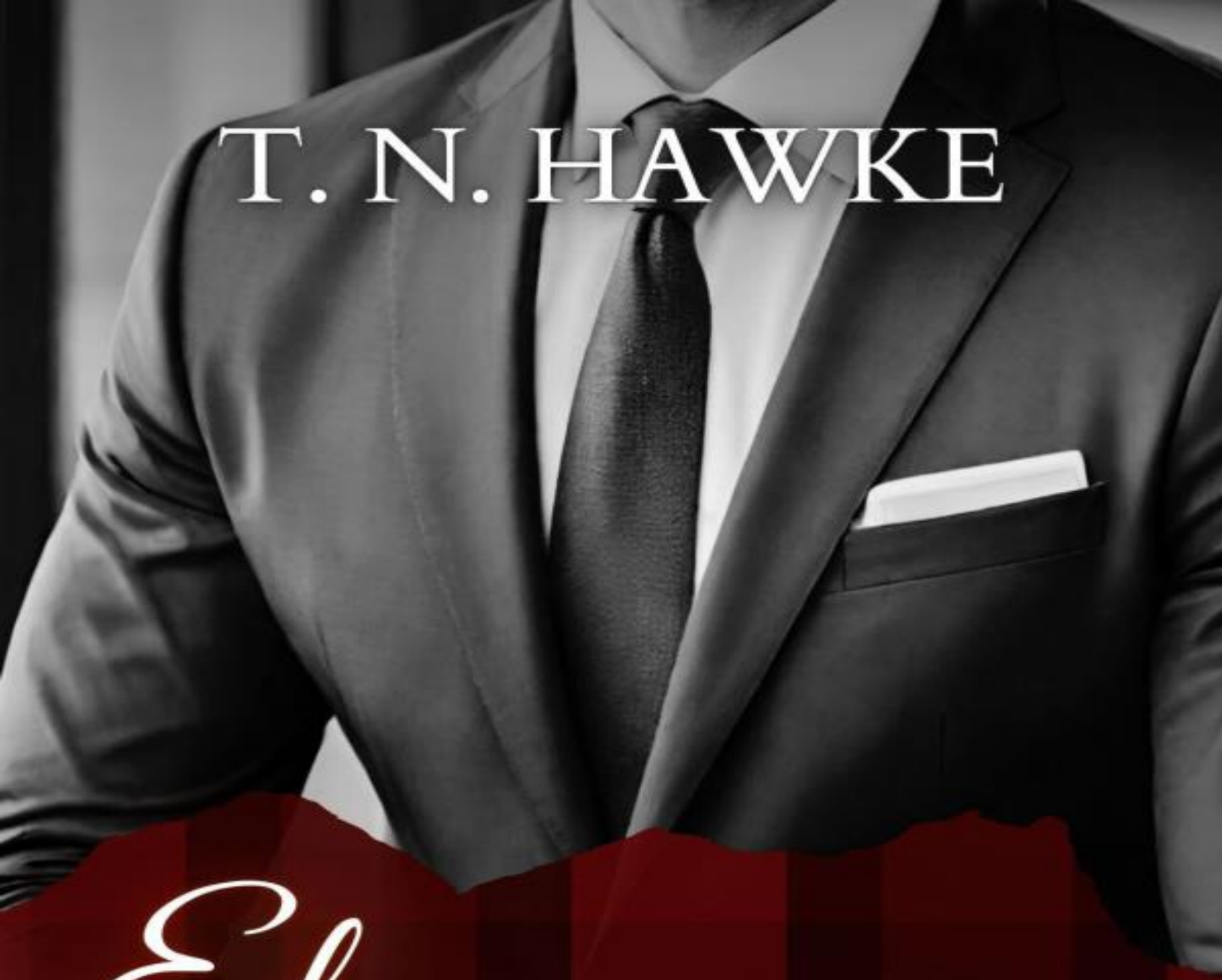


T. N. HAWKE

El Plan

ROMANCE CONTEMPORÁNEO



El Plan

Una comedia romántica contemporánea de

T. N. HAWKE

@del libro Marta Guinart (T. N. Hawke).

Primera edición 2020.

Segunda edición 2025.

@del diseño de la portada T. N. Hawke

Todos los derechos reservados.

Queda totalmente prohibida la descarga o copia ilegal, la reproducción total o parcial (excepto con fines de crítica o sinopsis), el plagio, la venta y reventa, y demás actos ilegales, de este manuscrito.

Obra creativa protegida por la ley. Cualquier uso indebido e ilegal será denunciado ante la policía.

Por favor, compra o lee este libro por medios legales, a través de Amazon Store o Amazon Kindle Unlimited. Los únicos con derecho a distribución del presente material.

Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los nombres, personajes, lugares y demás de este libro son fantasías nacidas de la imaginación de la autora.



ÍNDICE

ÍNDICE

DEDICATORIA

NOTA DE LA AUTORA

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

21

22

23

24

25

SOBRE LA AUTORA



DEDICATORIA

A mi padre.

Te quiero, papá.

No hay palabras para expresar cuánto te echo de menos.

Tu Tita.



NOTA DE LA AUTORA

Querido lector,

Este fue una de mis primeras novelas, publicada por primera vez allá en 2020, y con ella traté de salir un poco de mi zona de confort, así que, si eres uno de mis lectores habituales, seguro que notas en seguida la diferencia de estilo (pero también ese toque tan personal que no puede faltar en todos mis libros).

Mi genialísima correctora, Virginia, ha hecho un gran trabajo ayudándome a editar este viejo y querido manuscrito para que pudiera ver la luz y así llegar a nuevos lectores, en vez de quedarse en el fondo de mi catálogo olvidado para siempre.

Espero que te haga pasar un buen rato y que te saque unas cuantas carcajadas.

Un abrazo.

T. N. (Marta).



Ágata

—Quiero que te acuestes con mi marido.

La declaración me pilla tan de sorpresa que el teléfono casi se me cae de las manos.

¿Pero qué coño…?

—Si tú quieres, claro —continúa Teresa como si nada—. Aunque, para ser honesta, sé que quieres. Llevo meses viendo cómo os miráis el uno al otro. —Hace una breve pausa antes de añadir—: Y que aceptaras me haría a mí las cosas más fáciles con lo del divorcio, por supuesto.

»Ya te he hablado de esas dichosas condiciones que impusieron mis retrógrados suegros; he estado repasando el contrato y he encontrado una cláusula de la que puedo, y voy, a beneficiarme.

Dejo la bolsa de la compra de nuevo en el maletero para evitar que se me caiga todo al suelo y me aparto el móvil de la oreja con la otra mano, mirando la pantalla con cara de pasmarote y esperando que se trate de alguna broma telefónica.

Pero, no, Teresa no gasta bromas nunca. Es más seca que un desierto.

Uno de mis vecinos, Ramón, elige ese momento para pasar por la acera junto a la que he aparcado escasos minutos atrás y, tras echarme una mirada que dice a las claras que se cree que estoy loca —nada nuevo—, cruza la calle tirando de la correa de su pobre perro para poner distancia conmigo lo más rápido posible.

—Ágata, ¿estás ahí?

—Se te ha ido la olla —le digo a mi prima una vez logro recomponerme lo suficiente como para volver a colocarme el móvil en la oreja.

Ella suelta un bufido como si hubiese dicho una idiotez.

Tendrá cojones la tía…

—Mira, voy a ser sincera contigo —me suelta—. Quiero divorciarme de Ian, eso ya te lo he dicho, pero ya sabes que, según el contrato de matrimonio que firmamos, si me divorcio sin más él se lo queda todo —explica ella como si se lo estuviera diciendo a una niña. Un tono que

siempre me hace rechinar los dientes—. Necesito una buena excusa.

»Y la infidelidad es la mejor que se me ocurre. Y la que me da más beneficios económicos, claro —añade en tono lógico y calmado—. Quiero quedarme al menos con el piso del centro, y también el dinero que establece el contrato que es mío si hay pruebas *explícitas e irrefutables*, cito textualmente, de que me es infiel.

Me quedo en blanco otra vez.

Teresa siempre ha sido algo así como una de esas mujeres calculadoras de las telenovelas, pero de normal lo es en el buen sentido… Aunque para cualquier otro que no seamos Nerea o yo —o Ian— sea difícil de entender cuando la conocen y la juzgan así de primeras.

Hasta ella misma ha dicho, alguna que otra vez, que sabe que tiene un corazón un poco calculador y frío.

Sobre todo, solía señalarlo entre risas, aquellas noches hace unos años en las que, después del trabajo, nos reuníamos por turnos en los apartamentos o dormitorios respectivos de cada una para hacer maratones de telenovelas latinas, y ella se identificaba más con las «malas» de las series —principalmente por el hecho de que muchas veces parecían ser las únicas con algún tipo de personalidad que no fuera el de «muchacha inocente» y, según ella, con un deje de inteligencia.

Pasión de Gavilanes, Yo soy Betty, la fea, Gata salvaje… Nos pasamos meses refiriéndonos al coche mini de Nerea como «la camioneta» e imitando el tono de voz del protagonista masculino de los Gavilanes, gritándonos las unas a las otras: «mujer, súbete en la camioneta», cada vez que íbamos a alguna parte.

Y meándonos de risa en el proceso durante todo el trayecto de ida, y el de vuelta.

Así que, sí, Teresa puede ser fría, calculadora y, a veces, un tanto prepotente. Pero bajo esa capa de hielo tiene un corazón que ama con locura a las personas más cercanas a ella y que es capaz de hacer cualquier cosa por protegerlas.

O eso creía yo.

La verdad es que nunca me habría esperado algo así de ella.

—¡¿Pero se puede saber qué coño se te pasa por la cabeza para pedirme algo así?! ¡No puedes hacerle eso *a Ian*! —le grito al teléfono—. Si quieres divorciarte, pues, vale, te divorcias. Pero te estás pasando. Te estás pasando mucho.

Si mi tono de voz suena algo histérico es porque estoy empezando a enfadarme y la sorpresa y la estupefacción están siendo sustituidas rápidamente por la rabia.

—Ya estás haciendo suposiciones —se queja ella, y yo me aparto el móvil de la oreja otra vez para no ponerme a gritar de nuevo y aspiro varias bocanadas de aire porque me está dando un ataque—. ¿No has oído nada de lo que te acabo de decir?

Un ataque de cabreo.

Y un poco de pánico, también. Porque el que estés colada por el marido de tu prima es

una cosa, pero que ella te diga tan a las claras que lo sabe y que quiere que la ayudes a que él le sea infiel —contigo— es otra.

Así que intento no darle muchas vueltas a eso de «sé que lo quieres, llevo meses viendo cómo os miráis el uno al otro», porque entonces la vergüenza, la culpa y la ansiedad harían su acto de presencia como suelen hacerlo cuando me despierto tras uno de esos sueños tórridos en los que Ian es el protagonista.

O las veces en las que me pillo mirándolo más de la cuenta.

O en las que sueño despierta con el sonido de su risa o de su voz o con la maldita magnificencia de su sonrisa, antes de sacarme a mí misma a palos de ese pozo sin fondo y decirme, muy estrictamente, la terrible persona que soy por llevar medioenamorada del *esposo de mi prima* —¿he mencionado ya que está casado con mi prima, que además es también mi mejor amiga?— algo así como dos años.

O tres.

O prácticamente desde que lo conocí.

Aunque cualquiera que conociera a Ian MacFarlane entendería el porqué.

Es difícil no amar a un hombre que no solo es tan guapo que dejaría a la altura del betún a los modelos de calzoncillos de Calvin Klein, sino que además es genuinamente *bueno*.

No bueno estilo santo virginal que va por ahí haciendo actos de bondad, sino *bueno*.

De esas personas que, a pesar de las dificultades de la vida, tienen un corazón demasiado compasivo y honesto como para acabar totalmente amargados. A diferencia de mí, que puedo llegar a ser todavía más perra que Teresa cuando me lo propongo, aunque ella diga que no es cierto.

Él es de los que son generosos y honestos y leales y dulces y…

Y estoy muy muy colada por él. Y sé que se me nota, pero no puedo evitarlo.

—Vale… —vuelvo a hablar, poniéndome el móvil a la oreja otra vez y rompiendo el largo e incómodo silencio cargado de tensión que se ha instalado entre nosotras.

Quiero a Teresa como a la hermana que nunca he tenido, pero a veces sueño con gritarle hasta que me ardan los pulmones. Literalmente. Son sueños muy satisfactorios. Sobre todo cuando se pone en plan borde o marimandona, como ahora.

—De verdad que no sé qué leches te pasa ni a qué viene esto. Llevas un par de meses en plan raro, pero no pienso hablar de esto ahora mismo, y mucho menos por teléfono.

No niego lo de que me siento atraída por Ian, porque ambas sabemos que sería una mentira más ruidosa que un concierto de Death Metal.

Ella suelta un suspiro, como si yo fuera la que no atiende a razones, y yo rechino los dientes otra vez.

Juro que esta chica hace que me salga caro el dentista.

—Tienes razón, vamos a tener que hablar de esto en persona —dice sin un ápice de culpa en su tono de voz, tan pragmático como siempre—. Te mando un mensaje luego, ¿vale? Te quiero. No te enfades. O, al menos, no mucho.

Y me cuelga sin más.

Yo dejo salir el aire a bocanadas furibundas una y otra vez hasta que me he calmado un poco.

Inspira, exhala, vuelve a empezar.

El mismo truco que utilizo durante los días de trabajo más largos y duros.

Y que funciona lo mismo que siempre: es decir, poco o nada.

Sigo cabreada y en *shock*.

A estas alturas, tras una vida junto a Teresa, ya creía que nada de lo que mi prima hiciera o dijera podría sorprenderme.

Qué equivocada estaba.

Ramón, al que Nerea siempre llama el Gruñón por motivos obvios, me mira con los ojos entrecerrados desde el otro lado de la calle mientras su perro, Trufa, hace sus cosas muy a gusto en mitad de la acera, dejando una montaña de caca que es casi más grande que el chihuahua mismo.

Le sonrío y alzo la mano a modo de saludo, pero él arruga la nariz —no me hago ilusiones de que sea por la cochinada que acaba de hacer su perro en mitad de la acera; le he visto recoger esas cosas sin asco alguno en la cara con toda tranquilidad más de una vez— y baja la mirada hasta su perro, que ha terminado de usar la calle como su váter personal a pesar de que hay un parque para perros un poco más abajo en esta misma manzana, soltándole piropos como un padre orgulloso mientras el bicho malhumorado ese menea el cuerpo entero al intentar mover solo la cola, evidentemente feliz.

Qué relación tan sencilla tienen esos dos y qué envidia me da.

Suelto un suspiro, me guardo el móvil en el bolsillo del vaquero y vuelvo a coger la bolsa de la compra procurando que no se me rompa del peso.

Siempre me pasa igual, me acerco al supermercado a comprar solo un par de cosas cargada con la bolsa de papel y esperando que sea suficiente y acabo comprando medio sitio y saliendo de allí con la dichosa bolsa a reventar, pero sin pedir una más porque me siento culpable si compro una de plástico de un solo uso o una no biodegradable reutilizable.

Y, al final, la de papel se me acaba rompiendo y yo maldigo hasta mis propios muertos mientras recojo el lío del suelo.

Mi mente deambula entre el pánico y la vergüenza y el enfado cada vez que pienso en Teresa y en sus locuras y el intentar desesperadamente centrarme en algo familiar y *normal*,

como lo es quejarme de no prever nunca que voy a acabar comprando de más.

Dios, espero que Ian no se haya dado cuenta.

Por favor, que Ian no se haya dado cuenta.

En estos años desde que nos conocimos, el esposo de mi prima —y cada vez que me fuerzo a pensar en él como el marido de Teresa me entra un algo que es en parte culpa, en parte recriminación y en parte dolor— se ha convertido en una de las personas más importantes y especiales para mí.

Es difícil describir el camino que nuestra relación ha recorrido desde el primer momento en el que Teresa nos presentó, dos perfectos desconocidos intentando encontrar algo en común por el bien de la tercera persona a la que ambos queríamos —aunque de manera muy diferente —, hasta lo que hemos llegado a ser ahora: amigos. Buenos amigos.

Más que amigos, pero menos que amantes.

De ese tipo de amistad que te cambia, pero para mejor. Que te hace sonreír por las mañanas pensando en que vas a pasar un día más en un mundo que compartes con él…

O, bien, vale… Mucho más que amistad, de mi parte.

Pero el que Teresa crea que él también siente algo por mí…

No. No puede ser. Imposible.

Debe de estar equivocada. No sería la primera vez.

Como aquella vez, cuando teníamos trece, en la que me convenció para declararme a Jorge diciéndome que ella creía firmemente que yo a él le gustaba, y resultó ser uno de los momentos más embarazosos de mi adolescencia cuando él me dijo que solo venía a mi casa a jugar esperando que Teresa estuviera, como era habitual, presente también.

Era ella la que a él le gustaba, no yo. Pero Teresa nunca se da cuenta de esas cosas. Si un tío no le dice gritando que la quiere echando cohetes al mismo tiempo para llamar su atención, ella piensa que él solo está siendo «amigable».

Y luego dice que la que no se da cuenta de las cosas soy yo. Ja. Qué risa me da.

Cuando cierro el coche y cruzo hacia la puerta de casa, Ramón ha puesto todavía más distancia entre nosotros y, cuando alzo la mano incómodamente por encima del borde de la bolsa para decirle hasta luego con falsa expresión alegre, el hombre frunce los labios y se aleja un par de metros más de mí tirando de la correa del pobre y confuso Trufa.

Las manos me sudan cuando cierro la verja que da a la terraza del frente de la casa —con su mini zona ajardinada medio muerta incluida, que siempre me digo que algún día arreglaré, pero para la que nunca tengo tiempo y además el lugar es de alquiler y no sé si me quedaré el próximo año, de todas formas. La dueña es un poco capulla y no deja de subir el precio cada vez que puede— y camino, cuidadosamente recolocando la bolsa, que suelta un ominoso crujido, en el hueco entre mi codo y mi antebrazo, hasta la puerta de entrada.

No puedo dejar de darle vueltas a lo de Teresa.

Divorcio. Ha dicho así, sin más.

Como si nada. Como si la mera idea de *dejar a Ian* no fuese inconcebible.

Al menos para mí. Al parecer, no para ella.

Sé que es Teresa, y que probablemente tenga una, no solo buena, sino además cuidadosamente detallada y lógica explicación para todo —a su manera metódica y por *fases*, incluso—, probablemente hasta con listas divididas por temática con diferentes colores, como solía hacer en el instituto, pero… joder.

Joder.

Esto es mucho. Demasiado.

Por favor, que no le haya dicho nada a Ian, rezo desesperadamente a cualquier deidad o espíritu o lo que sea que me esté escuchando.

Por favor.

Era mucho esperar que ella no reconociese los síntomas de mi enamoramiento. A veces me conoce mejor que yo misma.

Pero de ahí a que lo use como un arma…

Justo cuando he dejado la bolsa sobre la isla de la cocina, mi móvil suena otra vez, esta vez con el irritante doble *beep* con vibración que anuncia un mensaje de WhatsApp de un chat individual.

«Esta tarde a las 16h en el *Dulce de Leche*, mesa de siempre».

Es Teresa, por supuesto, tan críptica como siempre.

La compra se ha desparramado por la encimera y algunas cosas han caído al suelo, pero no presto atención a nada más que a la pantalla de mi Smartphone en esos momentos.

No soy capaz.

Antes de pensar en ello, mis dedos han abierto la sección de contactos y tengo uno flotando a escasos centímetros sobre el número de Teresa, pero el miedo me paraliza y me hace tragar saliva antes de poder marcarlo.

Sé que he dicho que deberíamos hablarlo en persona, pero pensar en confrontar a Teresa ahora mismo sobre lo que siento por Ian mientras la miro a la cara no es un pensamiento agradable, y me llena el estómago de nudos.

Necesito tiempo para calmarme y pensar las cosas con tranquilidad. O al menos intentarlo.

O quizá fingir que tengo un viaje de trabajo o algo y que ya no estoy en el país.

Quiero pensar que de normal no soy tan cobarde. Que soy una de esas personas que hacen lo que deben hacer y piden o dan explicaciones cuando deben, pero el solo pensar en que Ian podría saber lo colada que estoy por él, lo absolutamente perdida que me siento cuando lo miro… Y el que su mujer no solo haya decidido divorciarse de él, sino que además está tramando incitarlo a serle infiel para así poder quedarse con parte de su fortuna —joder, Teresa, *joder*— me paraliza de nuevo.

Incitarlo a serle infiel *conmigo*.

No me lo puedo creer.

¿Y ahora qué?



Teresa

Ágata está cabreada y, la verdad, no puedo culparla.

Las cosas no han salido de mi boca tal y como las había planificado y ensayado, pero eso me pasa por estar demasiado nerviosa y darle vueltas al asunto hasta marearme, pensando en cómo dejarlo caer sin que se pusiese a gritarme o haga eso que hace de la respiración, algo que me pone nerviosa al verlo u oírlo por el teléfono.

Al final me he enredado y, cómo no, he sido más brusca y directa de lo que me habría gustado ser.

Pero, bueno, al menos el gato ya está fuera del saco, como quien dice.

—¿Cómo ha ido? —pregunta Ian, ansioso pero lleno de esperanza, cuando asoma la cabeza en mi despacho, y yo me muerdo la lengua para no soltar un suspiro, pero él, tan perceptivo como siempre, lo nota enseguida—. ¿Tan mal?

Hace una mueca y yo me dejo caer sobre mi silla de escritorio, haciendo sonar los muelles y la piel falsa —*plástico*, escucho la voz llena de recriminación de Nerea en mi cabeza: *no es «piel falsa provegana», es plástico*— de manera ridícula con el peso.

—Quizá deberías haber dejado que hablase yo —me dice Ian, y yo suelto un resoplido.

Por muy enamorado que esté de Ágata, no la conoce tan bien como yo. Mi prima es de las dramáticas. De esas que les dan mil y una vueltas a las cosas y, cuando toman una decisión, siempre lo hacen con ansiedad y con dudas y se cuestionan a sí mismas a cada paso que dan.

Aunque ahora está mucho más segura de sí misma y ha cambiado mucho desde que éramos adolescentes, Ágata sigue siendo la misma chica ansiosa a la que adoro pero que a veces me hace subirme por las paredes por su incapacidad de agarrar las cosas que quiere de la vida para sí misma y no dejarlas ir.

Si Ian le hubiera dicho en persona que quiere empezar una relación con ella de esta forma: ayudando a su futura exmujer a que el divorcio no la deje seca, Ágata no hubiese escuchado ni la mitad de sus palabras porque en su cabeza se repetiría una y otra vez únicamente la parte de «serle infiel a Teresa» y «acostarme con el marido de mi prima» y ya está.

Si es que la conozco como si la hubiera parido yo. Más que su madre, incluso.

E Ian es como ella. De los que les dan demasiadas vueltas a las cosas y procura ser

considerado y tener *tacto* —en vez de ser brutalmente honesto cuando debe serlo—, y todas esas cosas que pueden llevar a malentendidos.

Además, es mi prima y mi mejor amiga, así que siento que debo ser yo quien se lo explique.

Quiero ser yo la que hable con ella para que no se haga ideas tontas sobre mis sentimientos al respecto y la culpa se la coma viva, como estoy segura de que va a pasar si no pongo los puntos sobre las íes.

O eso pensaba, ahora creo que la he liado yo sin quererlo más de lo que esperaba, la verdad.

Ian se apoya en el marco de la puerta y espera pacientemente a que yo deje de comerme la cabeza y, cuando lo miro, me sonríe con ánimo.

—Seguro que no ha ido tan mal. —Le da un sorbo a su café y se queda pensativo y con cara de estar preocupado—. ¿No decías que estabas segura de que ella siente lo mismo por mí? Tal vez te hayas equivocado.

Otro que tal.

Si es que no me extraña que se hayan enamorado, pienso exasperada, los dos son tal para cual.

—Ian, te aseguro que Ágata está más colada por ti que tu madre por su nuevo bolso *vintage* de Prada.

Eso tiene el efecto que esperaba.

Él se echa a reír y sus ojos marrón caramelo se iluminan.

—Si tú lo dices —bromea—. Aunque dudo que nada pueda compararse al amor que mi madre le tiene a sus bolsos.

Reconozco con un bufido cargado de no poca envidia que la mujer tiene una colección digna de una reina.

—Cierto —concedo, y devuelvo mi mente al problema de Ágata.

—¿Crees que tal vez debamos hablar los dos con ella? —pregunta Ian interrumpiendo mis pensamientos.

Se nota a las claras que está nervioso y excitado y que tiene sus dudas con todo el plan que hemos acordado, pero yo no estoy dispuesta a que los dos tortolitos estropeen lo que sé que es la solución perfecta para todos.

Ágata e Ian obtienen su romance y yo mi dinero y mis propiedades. O como mínimo mi dinero.

Cuando me casé con Ian, lo hice por tres motivos diferentes:

El primero, porque éramos amigos, nos llevábamos bien y él me lo pidió como un favor.

Además, es tan guapo que al verlo por primera vez mucha gente se pregunta si es real, y yo no estoy ciega, aunque la cosa se haya ido enfriando entre nosotros en estos últimos dos años, dando pie a una bonita amistad y nada más.

El segundo, porque manteníamos una relación abierta y nuestro matrimonio, de mutuo acuerdo, iba a tener las mismas normas —con la única condición de ser discretos para que su familia, que es más tradicional que los puestos de venta de horchata en Valencia durante el verano, no se enterase de nada.

Y tercero, porque es más rico que el rey Midas y tan generoso que resulta hasta abusivo pedirle algo.

Así que, para mí, chica con ambiciones de tener una vida de lujo que no se podía permitir en ese momento y la idea de un negocio en la cabeza que requería una inversión considerable —pero para la que no tenía ni avales ni familiares con dinero ni nada que convenciera a los bancos de invertir en ella—, la respuesta, cuando me pidió que me casara con él para así cumplir las condiciones de su madre de poder acceder a su herencia en vida en vez de cuando ésta y su padre fallecieran, fue un rotundo y tajante sí.

No hubo remordimientos ni dudas, nada de eso.

Quería a Ian, quería su dinero, quería abrir mi negocio —y él había prometido darme el dinero necesario a cambio del «sí, quiero»—, y quería continuar siendo libre para tener sexo con quien me diera la gana y cuando me diera la gana —siempre y cuando sus padres no se enterasen —, así que, considerando que el único precio ante semejante trato por mi favor era el tener que lidiar con su caótica y algo neurótica madre y su estricto padre junto a sus familiares repipis en una comida familiar anual, su propuesta me pareció un regalo caído del cielo.

Y lo sigue siendo.

¿El problema?

Que me he enamorado. Como una tonta.

Algo que pensé que jamás me pasaría a mí. No otra vez, al menos.

Y la persona de la que estoy enamorada no es de las que se sienten cómodas saliendo con una mujer casada, aunque sepan que ella tiene un matrimonio abierto; ni de las que mantienen una relación a largo plazo con una.

Me ha pasado otras veces, eso de tener un enamoramiento o de ir «en serio» con un amante. Pero nunca como este. Nunca como ahora.

Y no quiero perder a Martín tal y como perdí a Vanessa.

¿El otro problema?

Según el contrato legalmente vinculante que los abogados del padre de Ian nos obligaron a firmar para poder contraer matrimonio, si me divorcio lo pierdo todo.

Y aunque Ian se ha ofrecido a ser quien pida el divorcio en vez de mí, si él lo hace apenas gano mucho más. No lo suficiente para mantener el estilo de vida al que me he acostumbrado y

que adoro y por el que no pienso disculparme por mucho que un par de veces me hayan llamado zorra materialista. Lo soy, y me gusta cómo soy, no tengo intención de cambiar nunca mientras sea feliz.

Mi negocio va bien, pero no es un «bien» que me vaya a hacer rica jamás. Y eso lo sé, aunque disfrute siendo mi propia jefa y habiendo creado algo de valía.

La vida es corta o, más concretamente, la juventud es corta. Y no quiero trabajar para sobrevivir ni tener que preocuparme de llegar a fin de mes, ni no poder permitirme un viaje a las Bahamas o un bolso nuevo de lujo o cualquier otra cosa que me apetezca hacer.

No quiero llegar a la jubilación y darme cuenta de que la vida ha sido una mierda llena de obligaciones laborales por las que no he disfrutado de la misma durante mis años de juventud; que estos se han pasado rápidamente y sin tiempo que dedicarme a mí misma para disfrutar de mi vida sin obligaciones.

No me da la real gana.

Me gusta el dinero. Me gusta estar libre de preocupaciones relacionadas con el mismo. Y tampoco pienso disculparme por ello ni creo que deba hacerlo ante nadie, digan lo que digan de mí.

Después de haber probado durante tres años una vida sin inquietud alguna en temas económicos, llena de viajes improvisados a París o a Londres o a cualquier lugar que me apeteciera visitar; compras en la Quinta Avenida de Nueva York; estancias en hoteles de cinco, seis o siete estrellas, y demás experiencias; no pienso volver a vivir en un apartamento compartido de sesenta metros cuadrados y decirme a mí misma que la vida es así y que hay que aguantar y conformarse y tener esperanza de que las cosas mejoren con trabajo duro, como hacía antes.

No quiero volver a estar ansiosa por poder llegar a fin de mes y sentirme culpable cuando me compro una taza de café en el Starbucks por lo cara que es.

Ni hablar.

Si hubiésemos tenido hijos, al menos al divorciarnos yo me llevaría un pellizco considerable. Pero nunca he sido de las que quieren tener hijos, aunque me gusten los niños, e Ian lo sabe y lo ha respetado siempre, así que ni siquiera se me ha pasado por la cabeza convertirme en madre.

¿Tía y madrina? Vale. ¿Madre? No. No es para mí.

Y ahora estoy metida en un lío.

Si no me divorcio, Martín me va a dejar.

Pero, si me divorcio, lo pierdo todo.

A no ser que lo haga, tal y como especifica el contrato de matrimonio, porque Ian me ha sido infiel. Irónico, dado nuestro acuerdo, lo sé.

El hecho de que la relación abierta fuese mutua y él haya tenido tantas amantes como yo

no cuenta, porque su familia nunca se ha enterado de ello y ambos sabemos que, aunque yo cite como motivo su infidelidad y él lo corrobore, si no aporto pruebas su familia no va a soltar ni un duro.

Sus padres le dieron acceso a parte de su herencia, sí, pero esta herencia vino en forma de unas cuantas propiedades y una paga mensual que, aunque considerable, no nos deja suficiente en el banco, después de descontar todos los impuestos y cargos de gastos mensuales, para que el dinero que me quede tras repartir a medias las cuentas bancarias me dé para vivir el resto de mis días junto a Martín en una vida de lujos, que es mi objetivo final.

Así que necesito que Ian me sea «infiel» y, mucho más importante, que sus padres lo pillen en mitad de ello. O al menos tener fotos de los hechos a mano, como mínimo.

¿La solución?

Lograr que Ágata e Ian, que llevan enamorados el uno del otro desde quién sabe cuánto tiempo y que desde hace años no se separan el uno del otro ni para ir al baño —sí, la última vez que nos fuimos de fiesta, esto pasó literalmente, ya que Ian la esperó a la puerta del baño *por si acaso*, dijo, había algún idiota borracho que intentara propasarse con ella. Como una especie de guardaespaldas para viajes al váter. Fue ridículo—, admitan por fin sus sentimientos mutuos y me ayuden a mí a divorciarme y conservar a Martín a mi lado, haciéndome rica en el proceso.

Diez millones de euros es lo que me llevo si Ian me es infiel y puedo probarlo. Preferiblemente con testigos.

Diez millones.

Y no voy a perder ese dinero, ni aunque tenga que explicarle a Ágata punto por punto los pormenores de mi relación con Ian y quitarle esa idea de la cabeza de que tiene que sentirse culpable por querer acostarse con él.

Por mí como si se casan después de mi divorcio. O el mismo día. Me da igual.

Hasta sería su maldita dama de honor —cosa que sé que seré para Ágata en algún momento de su vida, de todas formas.

—Tú déjamelo a mí —le digo a Ian, resuelta y firme—, que yo lo arreglo todo.

3



Ágata

Teresa se ha vuelto majara.

No hay otra explicación posible.

Cuando llegan las cuatro menos dos minutos de la tarde y bajo del bus cerca del café *Dulce de Leche* —imposible aparcar en el centro en coche si no quieres dejarte un riñón en el proceso—, soy una maraña de nervios convencida de que la conversación que he mantenido con ella horas antes es todo producto de mi imaginación y consecuencia de la falta de sueño.

Teresa ya está allí cuando me acerco, en la mesa que, cuando está libre, solemos compartir con Nerea y con Ian—, y que ahora se ve un poco vacía sin ellos.

Me tiemblan las manos mientras me acerco y me digo a mí misma que estoy siendo estúpida; que es solo Teresa.

Pero estoy más nerviosa que nunca antes en la vida.

Más nerviosa que durante mi primera entrevista de trabajo. O que en mi primer beso. O que durante las visitas sorpresas de mi madre.

Teresa alza la vista de su teléfono cuando me oye saludarla y me sonríe como si nada, y yo suspiro de alivio y siento la tensión de mi pecho disminuir un poco.

Tal vez sí que era una broma pesada. La primera de su vida.

—Hola, guapa —me saluda con un beso en la mejilla cuando me siento a su lado—. ¿Quieres un té o un trozo de tarta o algo?

Niego con la cabeza. Aunque la tarta de limón me llama, como siempre, no tengo ningunas ganas de comer nada. Mi estómago sigue revuelto desde esta mañana.

Al menos, esta vez, no me he saltado la dieta como hago cada vez que vengo aquí, me consuelo.

—Entonces espera a que pida que me pongan esto para llevar y podemos irnos —dice Teresa, y se levanta llevándose la bandeja de madera con la tarta de frutos rojos que tiene sin tocar hacia el mostrador, sin darme tiempo a responder.

Oh, Dios. ¿Ir a dónde?

Me entra el pánico de nuevo.

Es Teresa, me digo para calmarme. *Es casi como una hermana para ti.*

Es la mujer que, cuando se enteró de que Miguel te había puesto los cuernos y te acusaba a ti de ser la culpable de su infidelidad por no haberlo hecho feliz, y además se negaba a largarse de tu apartamento, le dijo tales cosas que lo hizo llorar y lo echó de tu casa y te aguantó todas las lágrimas después, pese a que ella y Nerea te habían advertido de antemano que Miguel era un cerdo.

Es Teresa. Es tu mejor amiga. Es tu prima. Os habéis criado juntas.

No va a partirte la cara o a dejar de hablarte o algo peor solo porque sabe que estás colada por su marido y sospeche que piensas en él mientras te duchas.

Dios, suena peor cuando lo pongo en esos términos. Tengo unas ganas inmensas de que la tierra me trague y no tener que afrontar el día. Ni a Teresa ni, peor aún, a Ian.

Pero cuadro los hombros haciendo acopio de una fuerza interior que no tengo y me digo que debo ser valiente y que me lo he buscado.

Y que la curiosidad y el horror me reconcomen a partes iguales después de lo que ha dicho Teresa por teléfono esta mañana.

¿Realmente quiere que me acueste con Ian?

¿Realmente Ian quiere acostarse conmigo?

Los calores sustituyen de repente a la vergüenza y la ansiedad. Y no porque sea verano, haga treinta y cinco grados a la sombra y el poniente esté horrible hoy.

—¿Nos vamos? —Teresa aparece de repente a mi lado con una cajita de cartón en la mano y el bolso en la otra.

Hoy lleva puesto un minivestido que seguramente cueste más de lo que yo gano en dos o tres años y carga un bolso de Louis Vuitton a juego. Lleva los labios pintados, el pelo cuidadosamente ondulado, la manicura perfecta y unas gafas de sol de Prada.

Suelto un suspiro, resignándome a tener que afrontar esta situación me guste o no, y me levanto.

—¿A dónde vamos?

—A hablar, por supuesto. ¿No querrás que lo hagamos aquí? —Alza una ceja, señalando al resto de la clientela con un gesto de la mano.

Hay un par de señoras sentadas en la mesa de al lado que nos miran —o, más concretamente, observan a Teresa y su bolso de lujo— con abierta curiosidad, y que ciertamente prefiero que no sean testigos de lo que quiera que Teresa tenga que decirme que, conociéndola, será brusco, directo, más que escandaloso y sin pelos en la lengua.

Allá vamos, pienso mientras la sigo calle abajo en mis zapatillas del Primark, camiseta del Stradivarius y pantalones del Zara. Todo comprado en rebajas.

Y rezo en silencio a los cielos para que la locura se le haya pasado ya.

4



Ágata

Pues no se le ha pasado.

En absoluto.

Estamos en el apartamento que Teresa tiene en Marqués de Dos Aguas; el que renovó hace un par de años y al que sé, por confesiones entre amigas que se suelen compartir a altas horas de la noche con un par de copas encima o, en el caso de Teresa, cuando le viene en gana —aunque sea en mitad de la tarde mientras os coméis una paella en casa de tu madre—, que suele traer a sus amantes.

Ian me dijo hace unos años, rompiéndome el corazón, que se lleva a las suyas a un ático dúplex que tiene él con vistas al Museo de las Artes y las Ciencias.

Picaderos separados, pero ambos decorados por Teresa. Ja.

Sé que ambos tienen un matrimonio «abierto», como lo llama ella, y esa es una de las cosas que me descolocan de todo esto. No porque no entienda lo que significa, sino por lo del divorcio.

Si Teresa necesita que él le sea infiel, ¿no bastaría simplemente con que Ian se llevase a una de sus muchas amantes a conocer a sus padres o les dijese a éstos que tiene una amante, o algo así? Aunque me duela pensar en ello, me parece mucho menos lío que lo que está planeando hacer conmigo y con Ian. Sea lo que sea.

Pero ella siempre hace las cosas complicadas, aunque luego diga que no, así que esto debe de ser parte de algún plan suyo de los que suele hacer cuando quiere conseguir algo.

Algún objetivo o lo que sea.

Como hizo con su negocio de venta *online* de sujetadores y ropa interior a medida. O como cuando se casó con Ian y tenía una lista de pros y contras —con más pros que contras, todo hay que decirlo— en el escritorio del apartamento que compartíamos en aquel entonces, y que solía comentar conmigo para que le diese segundas opiniones respecto a sus argumentos. Aunque ya hubiese tomado una decisión de antemano.

«Perfeccionista» es una palabra que se le queda corta.

—Vale. Pues iré al grano —anuncia tras dejar la tarta y el bolso sobre la mesa de centro y señalarme el sofá, ese que sé que compró en Maisons du Monde por un pastón porque me pasé dos meses visitando tiendas de decoración con ella cuando le dio por redecorar el lugar.

—¡Lo siento! —chilla mi boca antes de que mi cerebro pueda procesar mis pensamientos, más allá del súbito incremento del perpetuo estado de pánico en el que estoy desde hace unas horas.

Pero Teresa desestima mi disculpa con un elegante ademán de su hermosa mano de manicura perfecta.

—Chist, no me interrumpas —me acalla—. Tengo algo importante que aclararte.

Y yo me ofusco, porque ella sabe que odio que me haga eso. Que me haga callar con uno de sus «chist». Y el pánico se convierte en cabreo una vez más como si fuese un interruptor y alguien lo hubiera pulsado hacia el otro lado.

—No me hagas «chist» —le suelto, encrespada, interrumpiendo lo que quiera que fuera a decir—. Sabes que odio que me hagas eso.

Y ella se quita las gafas y me mira con irritación.

—Ágata… —Empieza a hablar con ese tono de voz maternal y condescendiente que usa alguna que otra vez y que, cuando lo hace, de normal ignoro o protesto poniendo los ojos en blanco y dejo pasar, pero que ahora mismo me pone de los nervios.

—Que no me hables así —vuelvo a interrumpir—. No soy una niña, Teresa.

Ella me mira con impaciencia y con exasperación y yo le devuelvo la mirada, desafiante.

—No te me pongas a la defensiva. Sé que no eres una niña. Sabes que te quiero y que no voy a malas. Solo quiero hablar contigo y explicarte las cosas —me aclara, soltando un suspiro y dejándose caer a mi lado en el sofá.

A mí se me pasa por la cabeza que este sofá probablemente ha visto más acción que yo en toda mi vida y que Teresa lo eligió amplio y cómodo por un motivo.

De repente, me dan ganas de reírme. Es como si la situación se hubiera vuelto absurda.

Estoy en su picadero mientras ella me regaña y sé que me va a intentar convencer de que me acueste con su marido.

Nunca me habría imaginado que el día iba a ser así cuando me he levantado esta mañana.

—Vale —accedo, aunque siga más nerviosa que nunca antes—. Pues explícame las cosas.

Y eso hace.

Y, cuando acaba, cierro los ojos y me llevo las manos a la cara, evitando la súbita urgencia de echarme a reír histéricamente por la extrañeza del momento y de la situación que Teresa ha montado y por, en fin, todo y nada a la vez.

—¿Estás segura de que Ian te dijo, con sus propias palabras y de manera literal, que siente

algo por mí? —Es lo que logro preguntar de entre todas las cosas que me rondan por la cabeza, que son muchas, después de que ella me contara lo que ella llama El Plan. Con mayúsculas, por supuesto.

Ella suspira otra vez y pone los ojos en blanco.

—Pues claro que sí. Hay que ser idiota para no verlo.

—*Teresa*.

—Dios, qué desconfiada eres —protesta ella, cruzando las piernas y cogiendo el mando del aire acondicionado—. Que te digo que sí. Que te quiere. Y que le parece bien lo de El Plan.

Me cuesta creer que Ian esté de acuerdo con todo esto, pero la verdad es que no me sorprende tanto como debería.

Sé que Ian tiene sus amantes, y que aceptó este matrimonio conociendo a Teresa. Y nadie que conozca a Teresa se sorprendería de que, llegado el día en el que quisiera divorciarse, se le ocurriera algo así.

—El Plan —repito, haciendo énfasis, como hace ella, en ambas sílabas, y mi tono sale más monótono y tranquilo de lo que realmente me siento por dentro, porque mi mente es un caos ahora mismo.

Estoy en *shock*, lo reconozco. Es un estado que conozco bien y que casi siempre está relacionado con mi prima del alma.

Tereshock, lo llama Nerea entre risas cuando nuestra mutua amiga nos sorprende con alguna nueva chifladura *perfectamente lógica*.

Lógica, al menos, para ella.

—Exactamente —responde ella, repantigándose en el sofá y disfrutando del frescor del aire acondicionado—. Así que, ¿te parece bien?

—¿Que si me parece bien? —Teresa me mira con alarma cuando mi pregunta empieza de manera calma y acaba en un tono histérico y con una carcajada ahogada de incredulidad—. ¿Pero se puede saber qué se te pasa por la cabeza?

Ella alza una ceja depilada con maestría, impertérrita ante mi arrebato.

—Deja de preguntar eso en ese tono, y ya te lo he dicho —me responde, cruzándose de brazos—, quiero divorciarme. Y también quiero el dinero que me merezco.

—¿Que te mereces? —repito como una idiota.

Ella se encoge de hombros.

—El dinero que quiero, me da igual. Son *diez millones*, Ágata —me dice, como si eso lo explicase todo.

Y lo hace.

La cifra me deja mareada.

Diez millones.

Joder.

Sabía que Ian y su familia estaban podridos de dinero, pero de ahí a darle diez millones a una nuera como compensación por una infidelidad…

No puedo ni imaginarlo.

Como si fuese calderilla.

¿Que mi hijo se ha acostado con otra? Pues, hale, toma, diez millones para ti por el mal trago.

—Y quieres que… que me acueste con Ian. —Trago saliva y me ruborizo cuando mi voz sale más chillona de lo que pretendía.

—Sí.

—Y que sus padres lo vean. —Esa es la parte de la que, he de admitir, me cuesta más hacerme a la idea.

Lo del divorcio y lo de Martín, al que no he conocido todavía, pero del que Teresa nos ha hablado en un par de ocasiones a mí y a Nerea, eso lo pillo. Porque Teresa enamorada es de armas tomar.

Bueno, Teresa es de armas tomar siempre. Pero enamorada es de las que se vuelcan en la relación, las raras veces en las que lo ha estado. Dos, si contamos a Vanessa, la terrible ex.

Y lo del dinero también lo entiendo. Porque se trata de Teresa y porque, si yo me llevase diez millones por un divorcio y mi marido estuviese más que contento con la idea de ayudarme a conseguirlos, no soy tan ilusa como para pensar que no los querría.

Soy pobre, pero no idiota.

Lo de que a Ian le gusto, lo suficiente, al menos, como para acceder a acostarse conmigo, eso me cuesta un poco más; pero dadas las reacciones de mi cuerpo, sé que acabaría liándome con él si Teresa me da el visto bueno, dinero o no dinero de por medio.

Es lo de los padres lo que más me cuesta entender.

Más concretamente, eso de que tengan que verlo *con sus propios ojos.*

No le hago ascos a un poco de excitación en el dormitorio, pero pensar en los padres de Ian mirándome mientras me acuesto con su hijo…, pues como que me quita las ganas.

Bueno, no, mentira, no del todo, porque Ian es mucho Ian y yo estoy patéticamente enamorada de él.

Pero casi todas.

—No es necesario que os miren mientras lo hacéis. Solo que os pillen —me aclara Teresa con una sonrisa que dice a las claras que se cree victoriosa. Que asume que me ha convencido.

Y yo abro la boca para decirle que es una locura y que piense en otro Plan, o como quiera llamarlo, y que si quiere divorciarse es cosa suya pero que no me implique a mí en sus maquinaciones…, pero la cierro, dándome cuenta de que, en realidad, sí que ha ganado.

De que quiero estar con Ian, aunque sea así. Aunque me avergüence admitirlo.

Lo quiero tanto que el hecho de que se haya abierto la puerta de la posibilidad de estar con él me deja atontada de la anticipación.

Y también quiero que mi exasperante mejor amiga, a la que quiero hasta la muerte pero que a veces sacudiría para ver si le quedan dos neuronas juntas, obtenga sus malditos millones y viva feliz con su Martín y su divorcio.

—Madre mía —me escucho a mí misma decir—. Me he vuelto loca yo también.

Teresa se ríe con alegría, sabiéndose victoriosa, y se levanta de un salto del sofá.

—¡Bien! —exclama, satisfecha—. Y ahora vamos a celebrarlo. Voy a sacar el vino y a llamar a Nerea para contárselo.

Y así, sin más, El Plan se pone en marcha.



Ian

No puedo dejar de mirar la pantalla del móvil, sonriendo como un idiota.

faircompany 17:47 pm 83 %

Soon to be divorcee

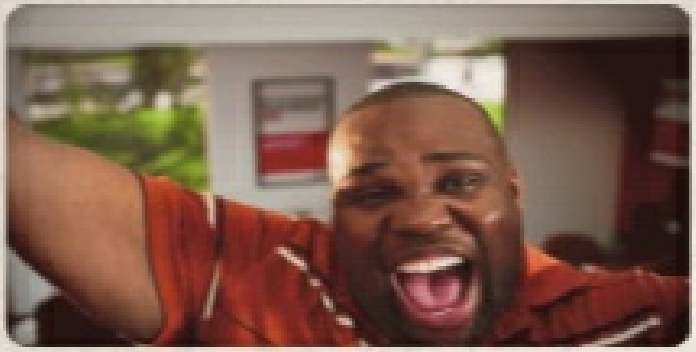
Tere future ex-wifey

online



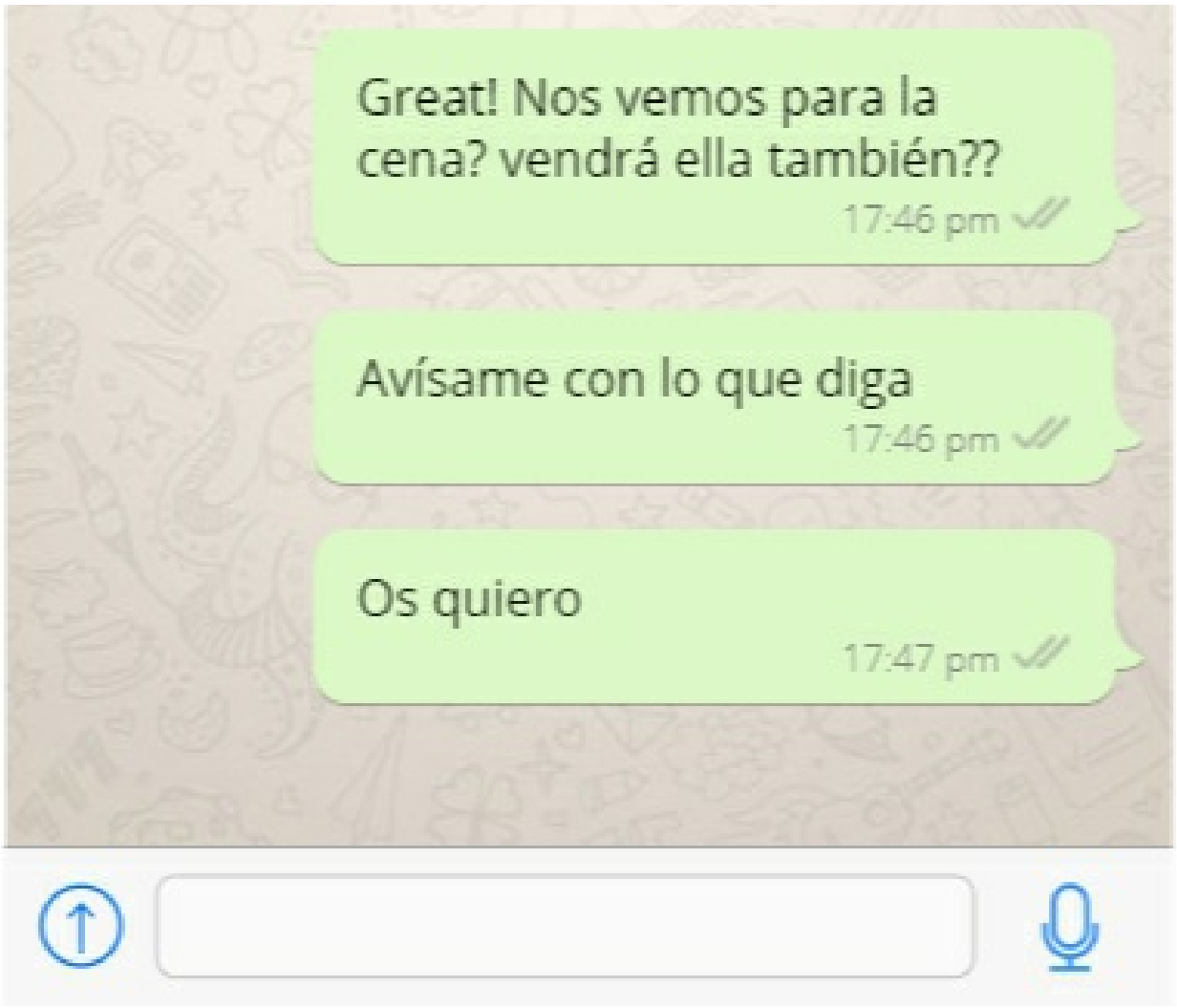
Cómo va? Se lo ha tomado bien? Está bien?

17:32 pm



Ha dicho que sí. ¿Lo ves? Te dije que lo haría. Te veo luego, love ya.

17:43 pm



Ha dicho que sí.

Teresa tenía razón. A Ágata le gusto y quiere acostarse conmigo.

Aunque lo de la atracción ya lo sospechaba, dada la manera en la que me miraba ese día en la playa el año pasado, cuando *casualmente* me quité la camiseta y me senté junto a ella en su toalla, exigiéndole juguetonamente que me hiciese sitio a su lado para tomar el sol y que me pusiese crema en la espalda.

Si no hubiese sabido que a ella le horrorizaría que el *marido* de su mejor amiga le hiciese un pase e intentara seducirla, me la habría comido a besos ese día.

Ese maldito bañador le marcaba todas sus generosas curvas.

Y esos pechos. Joder. Esos pechos, ese escote y esos muslos fueron tema de fantasía durante semanas y lo son aún, cuando miro las fotos que nos hicimos ese día o cuando la imagino desnuda junto a mí en la cama.

Soy un cerdo cuando se trata de ella, y me hace sentir algo mal, pero no puedo evitarlo.

Me late el corazón de manera frenética cuando pienso en besarla. Y me pongo peor cuando pienso en hacer algo más que simplemente besarla.

Pero, aunque el sexo con ella sería genial, es lo que me inspira cuando pienso en ella y en una posible vida juntos lo que me hace ver el mundo con una sonrisa en la boca. Como ahora.

Antes de Ágata, la vida era sencilla: disfrutar de lo que el dinero y las mujeres podían ofrecerme y no pensar en nada más que en mi próxima amante, a la que sabía que dejaría cuando me aburriese de ella; o en el próximo viaje, o en el siguiente entreno y en un rato pasado entre cervezas con los amigos, o en las cenas semanales con Teresa para ponernos al día.

La primera vez que la vi, no pensé mucho de ella, aparte de que era la prima algo regordeta de Teresa y que tenía una sonrisa bonita, unos ojos expresivos y unas curvas tentadoras.

Pero Ágata se ha ido metiendo bajo mi piel poco a poco, casi de manera sutil, para quedarse. Se ha hecho un hueco en mí como nadie lo ha hecho nunca ni lo hará jamás.

Al principio, eran cenas o quedadas junto a Teresa en las que a veces se unía también su amiga Nerea. Los cuatro disfrutando de una tarde o una noche juntos o de alguna salida a un *pub* o una discoteca.

Pero después, ni siquiera sé cómo, empezaron a ser charlas hasta pasada la madrugada mientras los demás tomaban algo y bailaban o reían a nuestro alrededor, como si estuviésemos en nuestro propio mundo; ya fuese en casa o en una discoteca o en un bar. No importaba dónde una vez empezábamos a hablar.

Era como si no hubiese nadie más para mí que ella. Hasta mis ligues empezaron a quejarse de que, en cuanto Ágata aparecía en escena, yo era incapaz de prestar atención a nadie que no fuese ella. Y sus sonrisas. Y la calidez de sus ojos. Y la manera tan cómoda en la que me hace sentir siempre.

Conocerla fue como sentir el tirón de la gravedad: como haber estado cayendo en picado sin saberlo y, de repente, darte cuenta de que tus pies están por fin plantados sobre tierra firme y que puedes empezar a respirar con tranquilidad. Que tienes a alguien a tu lado para ayudarte a caminar cuando las cosas se hacen difíciles y para estar ahí contigo en las buenas y en las malas. Alguien que conecta contigo a un nivel que va más allá de lo físico.

Pero todo ha sido, hasta ahora, muy inocente. Muy de amigos.

Amigos que se sienten atraídos el uno por el otro. Amigos que comparten momentos íntimos; pero no de los sexuales, sino de esos que te dejan el alma al descubierto y sintiéndote en paz contigo mismo. Aceptado. Comprendido. En sintonía.

Como el encontrar un hogar después de haber estado vagando y plantarte y decir: sí, este es el lugar, el momento y la persona con la que quiero estar, con la que quiero pasar el resto de mis días.

Momentos compartidos de esos que te tocan el corazón y se quedan grabados en tu mente como recuerdos que forman parte de ti; que se quedan dentro de ti y que no se desvanecen con el viento y te dejan vacío como lo hacen otros.

Días pasados juntos, ya sea sentados bajo el sol en una terraza o en un día de lluvia en casa, ignorando al resto del mundo a pesar de estar rodeados de amigos; no porque lo hiciésemos a propósito, sino porque nuestros ojos, nuestras mentes y nuestras almas se llamaban los unos a los otros como cantos de sirena imposibles de ignorar.

Luego vino el llevarla en coche de vuelta a casa cuando no se quedaba a dormir con Teresa en el piso que compartimos sobre el papel, aunque en realidad cada uno viva en su propio apartamento.

O el acompañarla al restaurante favorito de Nerea y Teresa, que no tiene servicio a domicilio, mientras los demás se quedaban en el piso y nos «tocaba» a nosotros ir a por la cena.

Y después, lentamente y como si fuese lo más natural del mundo, quedadas juntos que se fueron haciendo más comunes; que se sentían naturales y cómodas, como si fuese el siguiente paso lógico y normal en nuestra relación.

Una invitación para ir a una exposición de Monet a la que Teresa no había querido ir conmigo, primero. Y unos días después a visitar el Jardín Botánico porque Ágata siempre había sentido curiosidad por él, pero ni Teresa ni Nerea querían ir con ella.

Días juntos a los que le siguieron paseos por el parque del río, visitas a las playas y tardes paseando por las calles de la ciudad, sin nada más que hacer que hablar o disfrutar de nuestros silencios cómodos en compañía.

O, simplemente, sentarnos en la terraza de mi apartamento a tomar algo y a disfrutar de un día de verano, a pesar de que mi mujer no estaba presente.

Poco a poco, habíamos empezado a pasar más tiempo a solas. A hablar de cosas mucho más privadas que simplemente gustos de libros, películas y series: de nuestros padres y expectativas para la vida, de valores e ideas, de recuerdos de la infancia, y cosas que nos alegraban o nos entristecían. Solos y juntos, rodeados de la tensión sexual que está siempre presente entre nosotros, y sin que nada ocurriera, porque mi relación con Teresa era una perpetua sombra entre ambos.

Es tan fácil hablar con ella, tan cómodo… Se siente tan natural estar a su alrededor…

Conocerla ha sido como darse cuenta de que hay algo más en la vida, algo más profundo, que simplemente divertirse sin pensar en nada más hasta el día de mi muerte, que había sido mi mentalidad antes de ella.

Es como haber encontrado a una persona con la que comparto una conexión especial y única.

A una mejor amiga. Pero también más que eso.

Mucho más.

Un alma gemela, aunque suene estúpido y cursi y jamás vaya a decirlo en voz alta. O quizá solo se lo diga a ella, porque sé que lo entenderá.

Desde que la conocí, pero durante este último año en especial, no hay semana que no la

vea y, cuando no estoy con ella, la echo de menos como si me faltara algo. Un trozo de mí.

Pensar en ella como parte de mi vida se ha convertido en algo normal para mí. Como el respirar. Algo sin lo que no me imagino viviendo.

No me imaginaba que pudiera llegar a sentirme tan conectado con alguien. A alguien. Y no quiero dejarla ir. No quiero que nuestra relación sea solo una de amistad y nada más, por muy profunda que sea. Y el saber que eso es lo que ella también quiere, que me quiere en su vida tanto como yo la quiero a ella en la mía, me hace sonreír todo el maldito día como un idiota enamorado.

Reviso el móvil otra vez sin poder evitarlo. Son las seis y treinta y seis de la tarde y tengo que salir de casa en nada hacia el gimnasio, pero no puedo evitar estar pendiente del chat con Teresa como nunca antes lo había estado.

Nada, todavía. Sé que debe de haber dejado el móvil a un lado mientras está con las amigas, como suele hacer, pero aun así me siento algo decepcionado.

No es propio de mí el obsesionarme con los mensajes de alguien, pero siento que este momento es un momento de grandes cambios en mi vida.

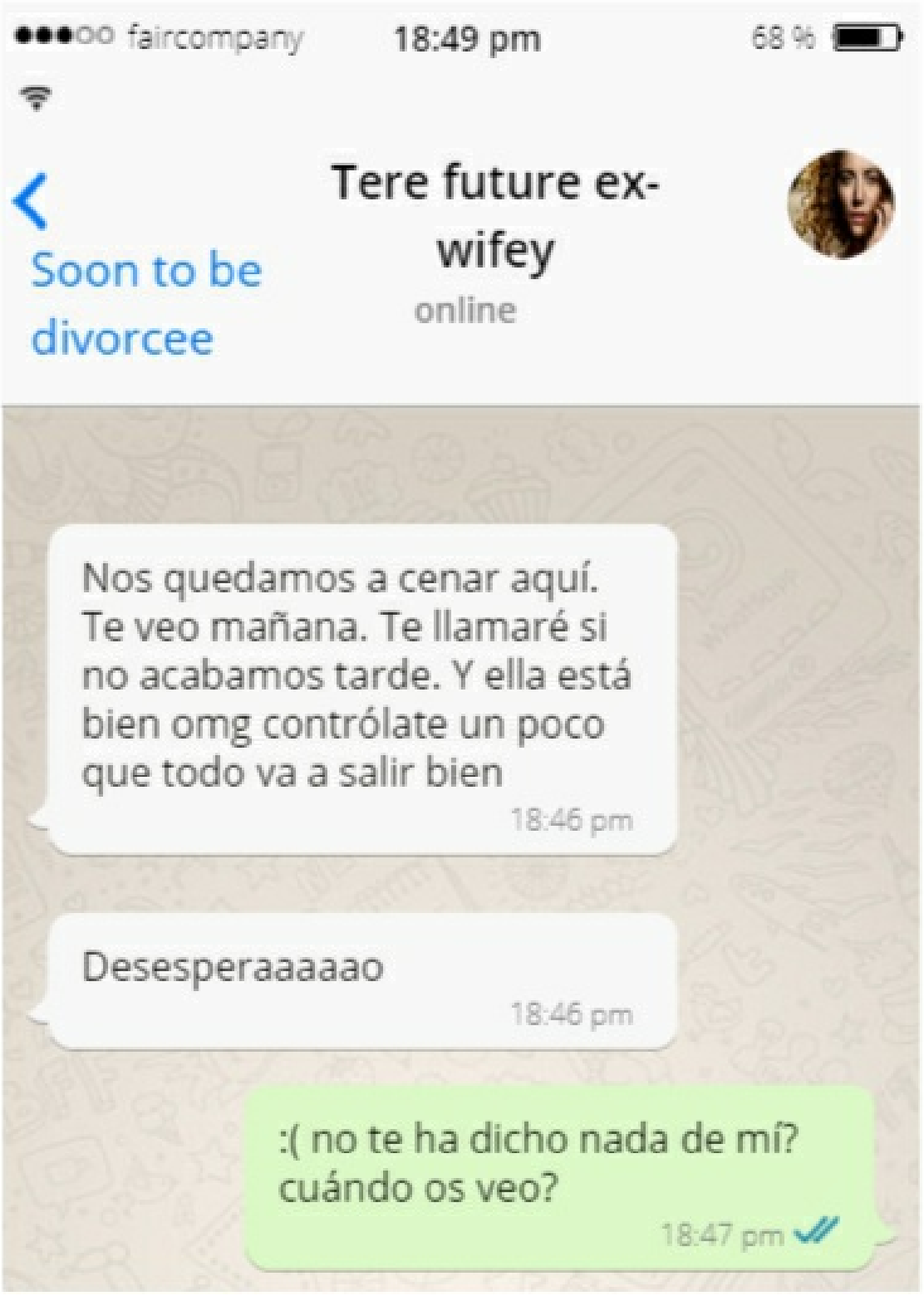
Eso, y que llevo más de un año sin acostarme con nadie porque, la última vez que me llevé a un ligue de Instagram al dúplex donde normalmente invito a mis amantes, le tuve que pedir disculpas y llevarla de vuelta a su hotel porque no dejaba de pensar en Ágata y en lo mucho que me gustaría que fuese ella la que estuviese allí conmigo, desabrochándose el top y besando mis labios; en vez de la chica, preciosa, pero de la que no recuerdo ni el nombre. Y de sentirme mal y decepcionado y triste de que no fuese así. De que no fuese Ágata la que me estaba besando.

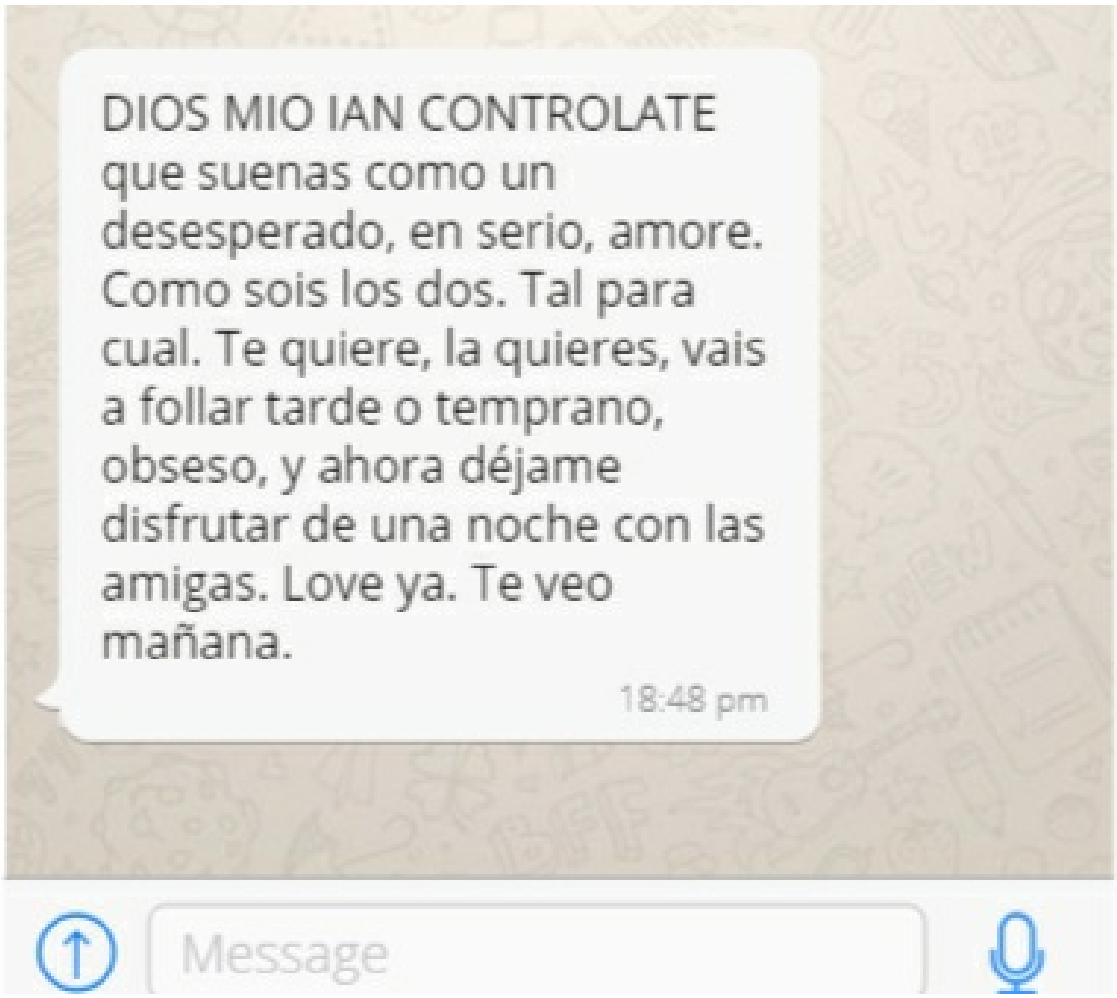
Soy patético, y he llegado al punto en el que me da igual, siempre y cuando Ágata esté en mi vida; ya sea como amante o como amiga, o como algo más.

Siempre y cuando ella esté ahí conmigo, y yo con ella, el resto me da lo mismo.

Miro el móvil de nuevo y veo que Teresa ha respondido a mis mensajes.

Por fin.


faircompany
18:49 pm
68 %
Soon to be divorcee
Tere future ex-wifey
online
Nos quedamos a cenar aquí. Te veo mañana. Te llamaré si no acabamos tarde. Y ella está bien omg contrólate un poco que todo va a salir bien
18:46 pm
Desesperaaaaao
18:46 pm
:(no te ha dicho nada de mí? cuándo os veo?
18:47 pm



Suelto un resoplido cuando los leo y tengo la tentación de mandarle un rápido: «no es eso, la obsesa eres tú, que solo piensas en sexo. Solo estoy preocupado, eso es todo», pero borro el mensaje y cierro el chat.

Teresa ya lo sabe. Esta es su manera de tocarme las narices porque, si soy sincero, yo he estado tocándoselas a ella desde que me di cuenta de que estoy más enamorado de Ágata que Adonis de su reflejo en el agua, y de que me estoy ahogando en toda esa maldita tensión sexual.

«Mira quién fue a hablar. Por cierto, ¿se lo has dicho ya a Martín?», le escribo de nuevo por el chat, pero luego borro el mensaje otra vez y, con un gruñido frustrado conmigo mismo, meto el móvil en el bolsillo de los pantalones y salgo de casa en dirección al gimnasio.

Martín es un tema espinoso para ella desde que él le dijo que no quería continuar una relación con una mujer casada si no tenían un futuro juntos. Que él quería algo *serio*.

Ja. Como si Teresa no fuese en serio en todo lo que hace en la vida.

Aunque no me quejo, Martín es un buen tío y, a pesar de que estar casado con Tere está muy bien, a diferencia de él, yo no la amo. Nunca lo he hecho. Es una buena amiga y, en su

momento, fue una buena amante, antes de que ambos pasáramos a otros intereses, pero nada más.

Ágata, en cambio… Ella es otro asunto. Ella es especial.

Malditamente especial.

Y quiero poder demostrarle cuánto el resto de mi vida.

6



Nerea

Ambas están como una cabra, pero me alegro por ellas. Y por Ian, que es un buen chico.

Al menos las cosas están avanzando con esos dos.

—¡Ya era hora! —grito por enésima vez esa noche mientras me repantigo en la butaca de Teresa, disfrutando de la comodidad de sus muchos cojines—. En serio, me alegro un montón por vosotros. Así podremos rebajar el nivel de drama de todo este asunto.

—¿Lo ves? —le señala Teresa a Ágata con una sonrisa—. Hasta Nerea se había dado cuenta de lo tuyo con Ian.

Yo suelto un resoplido y bebo un sorbo de mi excelente vino rojo, cortesía de la indecente bodega del indecente apartamento de mi indecente amiga.

—Como para no darse cuenta. Pero si hasta se fueron juntos a un *museo*, por favor. ¿Y todas esas tardes de quedadas de «solo amigos que hablan»? Ja. —Me río—. De verdad que si hubiese sido otra persona, y no Ágata, pensaría que estaban liándose en el sex-dúplex ese de Ian.

Teresa suelta una risotada y Ágata protesta, pero es ignorada por ambas, aunque le lanzo un beso con cariño por encima del borde de mi copa de vino.

—Eso digo yo. Si es que no pueden ser más evidentes —añade Tere rellenando su copa. Está algo achispada y es superdivertido verla así. Los ojos le brillan—. Confieso que fingir que no sabía nada de lo que sentían el uno por el otro es una de las cosas más difíciles que he hecho nunca.

—Te creo —le digo, riéndome y elevando la mano en un gesto de brindis.

Ágata nos ignora, soltando un bufido, y coge un trozo de *pizza*, pero Teresa se inclina y le da un mordisco rápido justo cuando su prima se lo iba a llevar a la boca. Siempre hace eso, nunca coge un trozo para sí misma.

Manías suyas. Dice que no le gusta la *pizza*, pero siempre nos roba bocados.

—Te juro que a veces quería cogerlos a ambos y zarandearlos. O encerrarlos en alguna habitación hasta que lo dejaran salir —confiesa Tere tras masticar y tragar, sacándole la lengua a Ágata con una sonrisa—. O ambas cosas, la verdad. Era frustrante verlos bailar el uno alrededor del otro sin admitir sus sentimientos. Tanta tensión sexual flotando en el aire no podía ser buena para nadie. Hasta a mí me ponía nerviosa.

No puedo dejar de notar que se la ve complacida y satisfecha. Como si se hubiese quitado un peso de encima. O como si hubiese añadido mentalmente diez millones a su cuenta bancaria, para ser precisos. Qué envidia de la sana me da, y cómo voy a disfrutar dejando que me invite a las Bahamas en un viaje solo de chicas, como el año pasado.

—Exageradas. —Se ruboriza Ágata, cogiendo otro trozo de *pizza* tras hacer un trabajo rápido con el primero, *minus* mordisco de Teresa de nuevo. Es como un pajarillo. No me extraña que nunca engorde.

Todas sabemos que Tere tiene razón, y yo me río porque, en fin, el vino es bueno y ya llevo tres copas y la cara de Ágata es un circo —llena de emociones caóticas que ofrecen un gran espectáculo para la vista—, aunque se le note que está contenta y a la vez anonadada consigo misma por haber aceptado El Plan de Teresa, que además ya está casi tan piripi como yo, y estoy sentada en un lujoso apartamento y disfrutando de pinchar un poco a una adorada amiga.

Cosa que siempre es una buena idea.

La vida es buena en estos instantes, pero siempre suele serlo cuando estamos juntas así, simplemente charlando y poniéndonos al día, riéndonos de todo y nada y haciendo planes para viajar juntas y celebrar lo que Tere llama Despedida de Casada.

—Así que —digo casualmente con una sonrisa lenta y ladina, como la del gato de Cheshire de *Alicia en el País de las Maravillas*—, ¿cuándo es el Gran Día?

Ágata me mira con confusión y Tere se ríe, con las mejillas enrojecidas y su poca tolerancia para el alcohol haciendo mella tras su segunda copa.

—Se refiere a que cuándo te vas a acostar con mi marido —le aclara Tere a Ágata en tono inusualmente alegre, y yo me vuelvo a reír, porque todo esto es divertidísimo y la cara de Ágata todavía lo es más.

Ágata se atraganta y se pone todavía más roja, y Tere le palmea la espalda mientras yo voy a buscar más vino, porque se nos ha acabado la botella otra vez.

Cuando vuelvo, Ágata está protestando por la manera que tiene Tere de decir las cosas, y yo pongo la atención en *off* porque la suya es una discusión usual que se repite en ciclos, como las estaciones. Solo que con mayor frecuencia.

—No seas tan mojigata —le regaña Tere a nuestra mutua y, evidentemente, avergonzada amiga.

—No es ser *mojigata*, Teresa. ¡Es que es tu marido!

—Futuro ex —rectifico yo, rellenando mi copa y dejando la botella abierta sobre la mesa de centro.

—Ya lo tengo todo planeado, no os preocupéis —anuncia Tere con la seguridad que la caracteriza.

Y me lo creo. Como todo lo que hace, seguro que lo tiene todo bien planeado hasta el más mínimo detalle en alguna libreta en la que ponga Planes de Futuro:

a) Hacer que Ágata se acueste (por fin) con mi marido.
b) Conseguir que mis suegros los pillen *in fraganti*.
c) Obtener un divorcio que me haga estar (más) podrida de dinero.

Me río para mí misma.

Puedo visualizarlo totalmente. Seguro que hasta ha usado esos subrayadores permanentes en tonos pastel que le gustan tanto, y pegatinas y *washi-tape* y todo eso que colecciona ella de Ale Hop y AliExpress por toneladas.

Me mata la curiosidad por saber qué es exactamente lo que tiene «planeado» y, por la cara que está poniendo Ágata, a ella también.

—¿Qué vas a hacer? —pregunta Ágata con una risa nerviosa—. ¿Invitar a tus suegros a un hotel y llevarlos a la habitación en la que Ian y yo estaremos…? En fin, ya sabéis.

—Follando —finalizo yo.

—No ayudas, Nerea —bufa Ágata, acalorada de nuevo y al borde de un ataque de risa nerviosa.

Si es que es tan fácil hacer que se ruborice… Es demasiado adorable.

—No pretendía ayudar —sonrío yo, divirtiéndome de lo lindo.

—Más o menos sí. Esa es la idea general —interrumpe Teresa.

Las tres nos quedamos en silencio.

—¿«Más o menos sí» el qué? —pregunta la futura amante del marido, mirando a su prima con sospecha y trepidación—. ¿No valdría con unas fotos? ¿Estás segura?

Tere ignora sus últimas preguntas.

Pobre Ágata, esto la supera.

—Que sí. Que ese es más o menos El Plan —aclara la susodicha prima con toda tranquilidad—. Hay una reunión familiar, de esas que hacen anualmente, planeada para dentro de una semana —nos cuenta, como si no nos lo dijera cada año, quejándose de ello entre copa y copa—. Se celebra en uno de los hoteles de Benidorm en los que el padre de Ian tiene acciones. Y planeo llevaros a ambas conmigo con la excusa del cumpleaños de Nerea, si alguien pregunta.

—Pero si no es mi cumpleaños hasta dentro de dos meses. —Ah, me doy cuenta cuando ella hace un gesto con la mano.

Qué lista es.

—Eso da igual, es solo una excusa por si alguien pregunta. Por si os reconocen de la boda como mis amigas y eso —esclarece mi maquiavélica amiga—. Les diré que la fecha este año ha coincidido con tu cumpleaños, y que habéis venido a celebrarlo conmigo.

—¿Y por qué no fingimos que es el mío? —pregunta Ágata con curiosidad, y Teresa suspira.

—Porque, si tú e Ian os volvéis más serios en vuestra relación de lo que ya lo sois, cosa que dudo posible dado que parecéis pegados con cola, entonces, tarde o temprano acabarán descubriendo que era una mentira, ¿no crees? —explica—. No es que Ian y su familia se vean mucho, pero dudo que no quieran conocer formalmente a la mujer a la que ama, tarde o temprano.

»Y, por supuesto, siempre están esas dichosas reuniones anuales que hacen, a las que si sales con él en plan «quizá me case con este algún día» y eso, tendrás que asistir en un futuro, imagino.

Ágata asiente, intentando aguantarse la sonrisa de boba enamorada que le nace en la cara cuando Tere menciona lo de «casarse con él» y yo suelto un «oooh» impresionado.

Teresa lo cuenta todo como si hablara del clima en vez de estar pensando en llevarse a su marido, a sus mejores amigas y a los padres del mencionado marido, todos a un hotel, y luego crear una situación en la que dichos padres pillen a su esposo poniéndole los cuernos a ella activamente con su mejor amiga.

Típico de Teresa.

La verdad es que, cuando me contó lo de El Plan hace un par de días, ni siquiera me sorprendió que se le hubiese ocurrido hacer algo así.

Es muy propio de ella.

Quiero decir, Ian podría haberse acostado con cualquiera y ya está —hasta el vecino sabe que el tío está para morirse de guapo, así que no le sería difícil ligar—, aunque convencer a Ágata, sabiendo que lleva *años* colada por él pero que aun así, bueno, es *Ágata* —es difícil hacer que deje la culpa y ese código de moral suyo y sus inhibiciones a un lado—, para que lo haga ella, en vez de elegir a una de esas modelos con las que él solía salir, he de admitir que es la parte que más me sorprendió del asunto.

No lo de El Plan para quedarse con parte del dinero de la familia de su futuro ex, porque yo también lo haría, si soy honesta. Quizá por eso nos llevamos tan bien. Ambas somos ambiciosas y tenemos las ideas claras.

En fin, que hubiese sido menos complicado lo de la modelo.

Pero Teresa quiere que dos de sus personas más importantes sean felices. Así es ella. Así que su Plan consiste en, cómo no, juntarlos y proveerles de la excusa necesaria para que dejen de bailar el uno alrededor del otro, usándola a ella como pretexto para sortear esas dichosas inhibiciones que hay entre ambos.

Ambos usan su nombre como una especie de estado de *coitus interruptus* perpetuo, a

pesar de lo del «matrimonio abierto». O, más acertadamente, de *interruptus* antes de que nada pase. Es triste y patético verlos así, eternamente en vilo.

Apuesto a que ni siquiera se han dado un maldito beso. Porque, estoy segura, conociendo como conozco a nuestra mutua y maravillosa, pero tímida, amiga, que Ágata no ha hecho nada *inapropiado* con Ian, por mucho que haya deseado hacerlo.

Y la quiero muchísimo, incluyendo esa moral suya, que es tan parte de ella como el resto, pero a veces me exaspera.

El Plan de Tere es simple y sencillo sobre el papel —bueno, no, seguro que no tanto. Apuesto que hasta tiene subcategorías—, pero bastante complicado en la realidad, considerando que la dulce y buena de Ágata debe de estar, muy probablemente, sintiéndose terrible de ser parte del divorcio de su prima —tan culpable como se ha estado sintiendo por estar enamorada del marido de la misma. Si es que es más transparente que el cristal—, y que todavía está la cuestión de los padres de Ian y del dinero.

Dos pájaros de un tiro, como en el dicho.

Práctica y astuta hasta la médula, mi adorada Teresa.

La amo. De una manera muy platónica, eso sí.

Ya probamos a salir juntas cuando ella descubrió su bisexualidad y yo decidí probar nuevas cosas en mi vida sexual tras una mala ruptura, y lo que descubrí de ese breve romance es que las vaginas no son lo mío.

Mi propio chichi es el único que quiero presente en mi cama, muchas gracias.

—¿Y cómo…? ¿De verdad vas a…? ¿De verdad *voy* a…? —Ágata, que por fin ha recuperado su voz, se vuelve a llevar las manos a la cara y empieza a respirar pausada y profundamente de manera dramática, y Tere y yo compartimos una mirada alegre por encima de su cabeza y nos aguantamos la risa.

La queremos muchísimo, pero sus rubores son demasiado divertidos. Es adorable. Quiero abrazarla, así que me levanto y lo hago, dándole un beso en el pelo, porque todavía tiene la cara escondida entre sus manos.

—Yo esto no me lo pierdo por nada del mundo —les informo.

Oh, cómo estoy deseando que llegue el Gran Día.

Ya me lo estoy pasando en grande de solo imaginarlo.

7



Ágata

Todavía no me puedo creer que yo haya accedido a hacer algo así.

Cuando lo pienso, no sé si dejarme llevar por la anticipación, que me recorre las venas como una corriente eléctrica, y los calores y la emoción que me produce el saber que Ian siente algo por mí, que quiere acostarse conmigo; o la incredulidad de pensar que he dejado, una vez más, que Teresa me involucre en una de sus chifladuras.

—¿Ágata?

Ahí está él. Tan guapo como siempre, con su amplia y bella sonrisa en su rostro de Adonis, que me hace sentir como si mis rodillas fuesen de gelatina.

Y yo me pregunto cómo he podido convencerme a mí misma de que mi amor por él podía ser ocultado a ojos de los demás. Especialmente de Teresa y Nerea. Porque hasta yo me siento ridículamente evidente y expuesta cada vez que lo miro. Como si estuviese desnudando mi alma a través de mis ojos y gritándole a Ian con la mirada: «estoy perdida por ti. En ti. Y no quiero dejar de estarlo».

Es ridículo, lo sé, pero yo *soy* ridícula. Y he aprendido a aceptarme como soy durante estos últimos años.

—Hola —respondo, y me enorgullezco cuando mi voz sale sin quebrarse y no tartamudeo o me ruborizo hasta que mi piel arde en llamas.

Ahora que sé que él ha accedido a acostarse conmigo y que, según Teresa, de hecho, cuando ella le habló de lo de El Plan, él le dijo que no pensaba acostarse con nadie que no fuese yo —el solo imaginarlo me hace sentir mareada de la felicidad. Como si estuviese en un sueño —, no puedo dejar de pensar en ello.

En él.

En tener sexo con él, más concretamente, porque en él pienso constantemente. Hasta cuando duermo o cuando trabajo.

Me siento como una guarra cuando le miro los bíceps y me noto tan mojada que las bragas se me pegan a las partes privadas. Uuuf. Tengo que controlarme.

Menos mal que no soy un hombre, pienso mientras él besa mis mejillas saludándome, como suele hacer, y yo noto el olor de su colonia y su champú y el roce de su piel sobre la mía, porque si lo fuera tendría problemas ahora mismo para ocultar mi excitación, considerando el cauce que han tomado mis pensamientos nada más verlo.

La dirección que, si soy sincera, han tomado desde que dije sí, y lo de estar con él empezó a ser más una realidad potencial que una fantasía. La de las hormonas, vamos.

Y antes de eso también, porque los pensamientos subidos de tono respecto a él siempre han estado ahí, escondidos, pero ese es otro tema que tiene demasiado que ver con haber comprado ese Satisfyer del que una de las *youtubers* a la que sigo habló tanto y tan bien, y que últimamente uso casi todas las mañanas antes de irme a trabajar para darme una alegría matutina.

Desde que conocí a Ian, mis duchas se han incrementado en cantidad y duración, a pesar de lo terrible que me sentía al verlo luego cuando quedábamos, al pensar que estaba sexualizando a un amigo y que él no se merecía que yo pensase en él durante esos momentos y de esa forma.

No tengo perdón. Solo me consuela el pensar que, tal vez, él haya hecho lo mismo. Y que llevo años intentando dejar de estar enamorada de él, diciéndome que no está bien, aunque sin lograrlo, y esperando a que superase el enamoramiento, sabiendo cada vez que pasábamos un tiempo juntos e iba conociéndolo mejor que eso no iba a ocurrir. Conociendo al maravilloso hombre que hay detrás de esa sonrisa asesina de neuronas femeninas.

Dios, soy patética. Y una pervertida.

Y ahora mismo me da un poco igual.

—¿Nos vamos? —sonríe él de oreja a oreja, con los ojos más brillantes e intensos de lo habitual, y a mí me late el corazón como un loco en el pecho y tengo que hacer un esfuerzo para hilar dos pensamientos juntos, porque esa puerta que se ha abierto entre nosotros no me ha dejado dormir, y no solo estoy repentinamente cachonda nada más verlo, sino que además me pasé anoche con el vino.

—Sí. Claro.

Ha venido a recogerme al apartamento de Teresa, ese donde lleva ella a sus ligues —solo a Martín, ahora—, y en el que anoche nos emborrachamos y dormimos tendidas, unas encima de las otras, en la gran cama del dormitorio principal; ese que Nerea suele llamar el Nido del Amor y que anoche nos pareció un nombre hilarante que nos hizo reír durante horas.

Le he cogido unas gafas de sol prestadas a Teresa porque el sol ha decidido ser mi enemigo esta mañana, así que, cuando nos subimos al coche de Ian, agradezco que no me dé tanto en la cara y el malestar, que por suerte no es mucho porque no soy de las que tienen resacas, se desvanece casi por completo.

—¿A dónde vamos? —pregunto, logrando encontrar mi voz habitual cuando él se sube al coche en el asiento del conductor.

Hoy ha decidido conducir el BMW negro con los cristales tintados, ese que siempre hace que Nerea bromee sobre ser el presidente de Estados Unidos cuando se sienta atrás, pero que a Ian le gusta, así que se limita a ignorar las bromas al respecto.

—¿Te apetece ir a la playa?

Hace un buen día para visitar el mar y el paseo (caluroso, aunque no bochornoso), pero la verdad es que lo que me apetece es sentarme en un rincón con él en el que pueda hablar con tranquilidad de todo este lío, aunque la idea me ponga más nerviosa de lo que lo he estado nunca jamás.

Es Ian. A él le puedo confiar hasta mis emociones más ridículas, eso lo sé. Sé que puedo hablar con él de todo sin tener miedo.

Pero, aun así, tengo algo de miedo. Porque él es una de las personas más importantes de mi vida y no quiero cagarla.

—¿Podemos…? Ah, ¿podemos ir a un lugar en el que hablar? ¿Solos los dos? ¿Sin gente alrededor?

Las palabras «sobre lo de Teresa, el divorcio y El Plan» se me atragantan, así que no las digo, pero él me mira de reojo y se humedece los labios y sé que lo sabe. Sé que está pensando en ello, en la parte de acostarnos juntos, tan intensamente como lo hago yo.

Se me acelera la respiración.

—Claro. ¿Mi apartamento en la avenida te parece bien?

Mi pulso se vuelve errático mientras asiento.

—Vale.

Oh, Dios, susurra mi mente de manera histérica. Me va a llevar a su picadero, y yo llevo ropa interior de algodón del Primark, porque es lo que me puse ayer para ir a hablar con Teresa. Y no me he duchado desde ayer por la mañana, porque no pensaba pasar la noche fuera, pero él ha llamado diciendo que estaba abajo justo cuando acababa de despertarme y no me ha dado tiempo a ello.

Mierda, necesito hacer algo al respecto.

—¿Te importa parar en esa esquina? Solo necesito recoger algo, tardo unos segundos —le pido cuando veo una tienda de ropa interior de encaje bastante conocida en la acera de mi lado del coche, mientras estamos parados en un semáforo.

—Claro.

Ian para el coche en segunda fila, y yo me bajo con un escueto y nervioso «ahora vuelvo» y me meto de lleno en la avenida llena de tiendas, en dirección a la tienda de ropa interior, pensando que él seguramente me está viendo y que de todas maneras es Ian, que le dará igual si mi ropa interior no es de Victoria’s Secret, y que tal vez ni siquiera vayamos a liarnos, pero queriendo que, por si acaso, la primera vez que me desnudo ante él no lleve mis bragas del Primark, cómodas pero viejas y descosidas de un lado.

Cojo un conjunto de ropa interior sin ni siquiera pararme a mirar el precio y a observar el diseño durante minutos eternos, cosa que suelo hacer, y al pasar en dirección a la caja veo un camisón de satén y una bata a juego y, en un impulso, los cojo también.

El precio me deja horrorizada, pero pago con la tarjeta sin pensarlo demasiado, sabiendo, aun así, que luego me voy a arrepentir de no haber entrado en una tienda más barata, y sonriéndole a la chica de la caja mientras mi cabeza no deja de dar vueltas a lo que estoy a punto de hacer. O a lo que sospecho que estoy a punto de hacer con él.

Cuando vuelvo al coche cargando con las bolsas, Ian me está esperando con una sonrisa que no puede ocultar en esa boca suya tan sensual.

—¿Lista?

—Sí. —Le sonrío, sintiendo unas súbitas ganas de reírme de mí misma y de toda esta extraña situación—. Ya está.

Pone en marcha el coche, y hablamos de Teresa y Martín y la conversación vuelve a fluir de manera natural entre nosotros, a pesar de la tensión que hay en el aire.

Pero le pillo varias veces mirando el tirante del sujetador de encaje, que asoma por el borde de una de las bolsas apoyadas en mi regazo, con expresión curiosa y tan llena de anticipación y de hambre como la mía.



Ágata

—¿No te molesta que, ya sabes, Teresa vaya a por el dinero?

Ian encoge sus anchos hombros y me abre la puerta para que pase, cerrándola tras de mí una vez estamos dentro del apartamento.

—Lo paga mi familia, no yo, y además Tere es una buena amiga —me dice con una sonrisa honesta—. Y no quiero que lo pase mal, sabiendo que necesita el dinero. Para mis padres ese dinero no significa mucho, pero para ella sí —añade, dejando sus llaves sobre el mueble de la entrada y caminando hacia el salón.

—¿Entonces de verdad te da igual?

—Si no querían que las cosas acabaran así, entonces no deberían haberla obligado a firmar el contrato en primer lugar. Les dije que no lo hicieran.

Yo me pregunto cómo es posible que un hombre como él exista en un mundo como este, por cliché que eso suene.

—Entiendo —sonrío.

Estoy menos nerviosa que antes, aunque el hecho de que estamos parados en mitad de su picadero y el que llevo un par de bolsas de ropa interior en la mano no se nos escapa a ninguno de los dos, por las miradas que él me dirige.

Quizá porque pasar tiempo con él se siente tan natural que no puedo permanecer nerviosa a su alrededor durante mucho tiempo, sin importar el qué.

—¿Quieres tomar algo? —me pregunta.

—No, estoy bien. Gracias.

Nos miramos y nos echamos a reír.

—¿Quieres echar un vistazo al lugar? —pregunta él, conociendo mi curiosidad innata.

—¿Te importa?

—En absoluto. Adelante.

Dejo las bolsas sobre el sofá y fisgoneo a mi alrededor con abierta curiosidad. Siempre me he preguntado cómo sería este lugar. Si tendría una decoración decadente o lujosa, uno de esos minibares o espejos en el techo y ese tipo de cosas. Si parecería un hotel: opulento, pero frío y distante.

Pero, aparte de que es enorme y de que, evidentemente, Teresa ha formado parte de su redecoración, es un espacio bastante más normal de lo que yo había imaginado.

La planta baja tiene un concepto abierto, con la moderna cocina de muebles en color gris suave, encimera de mármol blanco y una isla central más grande que mi propia cocina, a un lado, y el salón comedor al otro, frente a los inmensos ventanales que dejan entrar la luz del sol a raudales.

Las paredes son blancas, excepto por los lugares donde hay papel pintado en tonos blancos y grises, con dibujos de altos y frondosos árboles de bosques tropicales, y los muebles son también blancos o en madera natural, con ligeros toques de color aquí y allá.

Todo muy abierto y diáfano, como una de esas casas ibicencas que siempre me han gustado tanto.

Hay un baño exquisitamente reformado en la planta baja, con una ducha que es más grande que mi propio baño, y también un despacho al que se accede a través de unas puertas dobles de cristal, situado al otro lado del salón, aunque no parece que se use mucho.

Todo el lado que da a la terraza — hermosamente amueblada y llena de altas plantas y buganvillas trepadoras por toda la barandilla—, está acristalado y tiene una maravillosa vista de pájaro de la Ciudad de las Artes y las Ciencias y del parque del río, que se extiende como una serpiente verde a nuestros pies, dividiendo la ciudad en dos.

Es un espacio precioso y lleno de buen gusto, digno de esas casas que salen en la revista *El Mueble*, pero se nota que no vive aquí. No hay nada personal: ni fotos, ni objetos personales, ni nada que indique que es su residencia permanente; cosa que tiene sentido porque sé que de normal vive en el apartamento que hay al otro lado de la avenida de Francia, que comparte con Teresa la mayor parte del tiempo, aunque ella en realidad pasa muchos de sus días en su apartamento de Dos Aguas con Martín, o con Nerea y conmigo.

—¿Quieres echar un vistazo arriba?

—¿De verdad no te importa?

—De verdad que no —me señala las escaleras con un ademán—, adelante.

Asiento, y subo las escaleras preguntándome si tendrá algún tipo de habitación secreta estilo *Cincuenta sombras de Grey*, pero arriba solo hay cuatro dormitorios, dos baños y un vestidor, en el que solo hay ropa en uno de los armarios abiertos que ocupan ambas paredes de suelo a techo. Toda ella masculina.

—¿Dónde guardas las cosas *interesantes*? —le pregunto en tono de chanza, moviendo mis cejas con una expresión de exagerada lujuria, y él se ríe.

Extrañamente, por primera vez desde que todo esto empezó, me siento más yo otra vez. Menos insegura, sacudida y ansiosa.

Él sonríe de manera juguetona y pícara, extiende una mano de dedos largos y elegantes que yo cojo sin pensar y me lleva hasta el dormitorio principal de nuevo, donde señala el baúl de madera que hay a los pies de la cama y me mira alzando una ceja.

—Siéntete libre de cotillear todo lo que quieras —me ofrece, y yo me muerdo los labios y lo miro de reojo, dudando, pero al ver su expresión, abierta, divertida y llena de evidente afecto, me acerco y abro la tapa con trepidación, incapaz de resistir mis impulsos fisgones.

No es Christian Grey, y yo lo agradezco.

Pero sí que hay una amplia variedad de objetos sexuales cuidadosamente ordenados y limpios.

Algunos los reconozco por haberlos visto en webs o en vídeos. Otros no.

—¿Lo has usado todo? —inquiero, sacando un consolador que tiene la anchura de mi puño y es casi tan largo como mi antebrazo.

—Algunos —admite, encogiéndose de hombros—. La mayoría solo los compro por curiosidad o porque me resultan graciosos.

Yo me río, comprendiendo lo que quiere decir cuando saco otro consolador del baúl, cuyo mango del extremo tiene la cabeza de Mickey Mouse, terriblemente mal hecha pero todavía reconocible.

—Ese lo compré en un viaje a Taiwán —me cuenta, divertido, y se acerca a sacar otro objeto que enseñarme.

Su cuerpo está tan cerca que puedo sentir el calor que emana de su piel, y su brazo roza el mío cuando se inclina.

—Esto —añade, alzando un objeto lleno de cadenas y tiras de lo que parece cuero o imitación del mismo— es un arnés. Hay diferentes diseños, pero este es uno de mis favoritos.

—Un arnés —repito con voz afectada y tragando saliva, con la garganta repentinamente seca y la piel demasiado caliente.

Soy tan consciente de su cercanía que apenas puedo pensar en nada más. Siento su respiración sobre mi cuello cuando se inclina para mirarme a los ojos y enseñarme mejor el arnés y sus cadenas, desenredándolo para mostrármelo con más detalle.

Sus labios se curvan en una sonrisa de medio lado y sus pupilas se agrandan, oscureciendo sus iris todavía más.

El corazón se me va a salir del pecho de lo fuerte que palpita.

—Tiene diferentes usos, pero uno de mis favoritos es atar las manos de mi amante a sus tobillos. —Su voz es grave y ronca cuando me señala las cuatro esposas de cuero con hebillas, forradas en el interior con lo que parece suave satén acolchado.

—Son cadenas bastante cortas —señalo sin aliento, y veo como su sonrisa se hace más amplia, más depredadora.

—Exacto.

—Oh.

Me imagino atada con eso y me doy cuenta de que, aunque alargase los brazos todo lo posible, tendría que mantener los tobillos arriba y las piernas bien abiertas porque las cadenas no dan para más.

Me pregunto si soy tan flexible como para mantener esa postura.

—Tengo otros juguetes favoritos que suelo usar más a menudo. —El tono de él es un susurro ronco, y sus ojos están fijos en mi boca antes de empezar a descender hacia mis pechos, cubiertos por una camiseta blanca con un dibujo de flores en el frente bastante modesta, pero aun así se siente como si no llevara nada puesto encima.

—¿Otros arneses? —pregunto con la voz débil y afectada, la cara roja y el sexo palpitando y húmedo, más cachonda de lo que lo he estado jamás en la vida.

—Sí. Y otras cosas.

—Te gusta el sexo duro. —Es más una afirmación que una pregunta.

Él sonríe con esa sonrisa suya de medio lado que usa cuando está siendo pícaro y lo está disfrutando.

—Me gusta el sexo —me contesta—. Y, sí, a veces me gusta algo de jugueteo en el dormitorio, pero nada que sea demasiado extremo y nada que no sea disfrutado por ambas partes.

—Ajá. —Me relamo los labios porque están tan resecos como mi garganta.

No dejo de imaginarme atada con ese arnés, inmovilizada y con Ian sobre mí, penetrándome rápida, fuerte y posesivamente.

—¿Y a ti?

—¿Eh? —Ni siquiera sé qué ha preguntado.

—Que si te gusta y cómo te gusta el sexo.

—Oh. No sé. ¿Lo normal? Bastante, quiero decir —me corrijo, y me maldigo por sonar tan nerviosa y tan infantil.

Céntrate, Ágata, me ordeno. Y fallo cuando él deja caer el arnés en el baúl y me quita el consolador de Mickey y el del pene gigante de las manos, lanzándolos sin miramientos dentro del cofre antes de entrelazar nuestros dedos y girarme hacia él con suavidad.

—¿Te estoy poniendo incómoda? —pregunta con súbita preocupación, jugueteos olvidados en pro de mirarme con inquietud en los ojos, súbitamente serio.

—No, Dios. No, Ian. En absoluto —me apresuro a decirle, sorprendida por su pregunta.

—¿En serio? Puedes decírmelo. Puedes contarme cualquier cosa, lo sabes. Lo que te gusta y lo que no. Y si no quieres esto, si no quieres que demos este paso, ni ahora ni nunca, entonces no lo mencionaré nunca más —me dice con tanta sinceridad que duele verlo—. Ágata, te quiero. Y quiero que seas parte de mi vida, permanentemente. De la manera en la que tú prefieras, pero quiero que estemos juntos, ¿entiendes?

Madre mía. ¿Acaba de pedirme matrimonio?

Bueno, no creo. Pero casi ha sonado como eso.

¿Qué le digo?

—Ian —le contesto, todavía procesando todo lo que acaba de ocurrir. Lo que acaba de decir—, de verdad, no es eso. —Y, en un arranque de valentía, añado—: Solo me estaba imaginando cómo sería estar atada en ese arnés tuyo mientras me montas. Eso es todo.

—Ah. —Se relaja él, sonriendo de nuevo—. Y, ¿te gusta la idea?

—Sí —me apresuro a afirmar, con más intensidad de la que planeaba, y me aclaro la garganta y vuelvo a hablar, diciéndome que el sexo ya no es un tabú entre nosotros; que ya no tengo que callarme mis fantasías ni obligarme a no tenerlas o a sentirme culpable por ellas—: Mucho. Me gusta mucho.

Su sonrisa lobuna se amplía, lenta y sensualmente. La preocupación va desapareciendo de su mirada y el jugueteo pícaro hace acto de presencia de nuevo.

—Entonces, ¿quieres probarlo?

9



Ágata

Este arnés, decido mientras recupero la respiración, se acaba de convertir también en uno de mis objetos favoritos.

Mis músculos arden y protestan por haber sido estirados más allá de lo que creía posible, dada mi falta de flexibilidad, e Ian, que ha recuperado el aliento más rápidamente que yo —imagino que todo ese ejercicio y todos esos músculos sirven para más que ser un regalo a la vista —, desabrocha las hebillas de mis tobillos y muñecas y frota la piel roja con afecto y con una sonrisa satisfecha bailando en los labios.

—¿Estás bien? —me pregunta, y yo me río, todavía presa de la euforia y de las endorfinas de mi último orgasmo.

He tenido tres.

Tres.

Ni siquiera sabía que eso fuera posible.

Y, al parecer, tampoco sabía que el sexo estando maniatada era lo mío. O que podía llegar a disfrutar tanto del sexo oral.

Pues lo es.

Y no entiendo por qué no lo he probado antes.

—Tenemos que repetir esto. Ha sido increíble —le informo cuando se recuesta a mi lado, gloriosamente desnudo y maravillosamente perfecto, y me besa, acariciándome el rostro con ternura.

Él se ríe contra mi boca.

—Podemos probar todo lo que quieras. Lo que te apetezca.

—¿Y no salir de la cama jamás?

—Nunca —dice él, fingiendo seriedad antes de sonreír de nuevo, como si no pudiera evitarlo—. Me daba miedo el haber empezado con algo demasiado fuerte —confiesa, apoyando

su frente contra la mía.

—Entiendo —me río—. Supongo que hubiese sido, no sé, más clásico hacer el misionero lenta y sensualmente, ¿no? Aunque a mí me ha gustado más esto.

—Supongo —responde él—. La verdad es que había planeado este momento de otra forma.

—Espera. Espera. —Le miro con curiosidad, pero me detengo para besarle, porque sus labios son preciosos y me encanta lo sensual que es su arco de cupido y ahora *puedo* besarlos—. ¿Habías hecho planes para nuestra primera vez? —logro preguntarle al fin entre beso y beso.

—Mmm…, sí —murmura él, mordisqueando mi labio inferior antes de apartarse para frotar su nariz contra la mía—. Alguna que otra vez me lo había imaginado. Al detalle, lo confieso.

—¿Y cómo lo imaginabas?

Él se encoge de hombros y besa mis muñecas enrojecidas con ojos distraídos. Su mirada desciende hacia mis pechos una y otra vez, como atraído por un imán.

—Eres preciosa —me susurra con emoción en la voz, y yo me río sin motivo alguno más que el que, en estos momentos, soy absurdamente feliz y estoy absurdamente satisfecha con la vida.

Y con mis orgasmos.

—En serio, ¿cómo lo habías imaginado? —insisto, porque me fascina que él haya tenido fantasías conmigo, como las mías con él, que le contaré algún día.

Y yo sin saberlo. Pensando que Ian no quería nada más que amistad, y riñéndome a mí misma por ser indulgente en una fantasía que creía poco saludable y demasiado vergonzosa.

Yo sé cómo lo he imaginado yo: en diferentes escenarios y contextos (en mi apartamento, en mitad de la calle, en una discoteca, en el coche…), y en diferentes posturas, cuando estaba siendo imaginativa y mi mente vagaba por esos caminos, pero no algo como esto.

No algo tan inusualmente perfecto, porque esto es tal y como somos nosotros, supongo, ya que no parece que hagamos esto del amor como la gente normal y en el orden esperado. Y por ello no lo cambiaría por nada.

—No sé —murmura, descendiendo su boca hacia mis pezones y haciéndome gemir—. Con pétalos de rosa —jadea contra mis pechos antes de alzar la cabeza de nuevo para mirarme —. Y besos lentos. Y tras una cena a la luz de las velas. Lo típico.

—Qué romántico —suspiro.

—Tú mereces romance.

No sé qué responder a eso, porque lo dice de manera tan sincera, tan llena de amor, que no sé cómo he sido capaz de no verlo antes. Esto que compartimos y que es tan grande, tan honesto y tan profundo no es como nada que haya vivido antes.

—A mí me basta contigo —le confieso—. No necesito que nada sea como en las películas. Y esto ha estado genial —reitero.

Él sonríe de nuevo, porque, como yo, no parece poder dejar de hacerlo, y me besa de nuevo porque, como yo, tampoco parece capaz de parar.

Nunca tendré suficiente de su sabor.

De su sonrisa.

O de su cuerpo pegado al mío.

—¿Entonces quieres repetir? ¿Con el arnés?

—No ahora, pero sí. Cuando dejen de arderme los músculos.

Definitivamente sí.

Tal vez tenga que retomar lo de hacer yoga. Llevaba tiempo queriendo, pero nunca me animo, así que esta es una excusa tan buena como cualquier otra.

—¿Puedo hacerte ahora el amor lentamente, como planeaba hacer? —pregunta él, apartándome con dulzura el mechón que se me ha caído sobre el rostro y que me hace cosquillas en la nariz, colocándomelo tras la oreja.

—Sí —suspiro contra su boca—. Claro que sí.

—Y tal vez luego puedas ponerte esa ropa interior de encaje que has comprado —tantea.

—Tal vez, si tú me haces la comida. Me encanta cuando cocinas —bromeo con los párpados caídos y una sonrisilla pícara en la boca.

—Dalo por hecho. Tenemos un trato.

Me río, pero mi risa se corta súbitamente cuando su boca desciende sobre mi piel y captura un pezón otra vez, y todo sonido se convierte en un gemido ahogado.

—Trato hecho —logro decir antes de perder la voz y la habilidad de juntar dos palabras de manera coherente.

Una hora y media más tarde, todavía sin poder dejar de tocarnos, pedimos comida a domicilio porque mi estómago no deja de protestar por el ayuno, pero aun así me pongo lo que me he comprado, porque me apetece y porque adoro la forma en la que él me mira cuando me ve cubierta con encaje y satén.

Y, después de comer, él me sienta en uno de los sillones del salón y se arrodilla entre mis piernas abiertas, completamente desnudo y hermosamente iluminado por la luz del sol que entra a raudales por los ventanales, como un dios del sexo dorado y sublime, y vuelve a enseñarme las cosas que es capaz de hacer con esa lengua suya, tan habilidosa.

—Te amo —le revelo, jadeante y agotada, pero feliz y con la mente en los cielos.

Y él me dice que también me ama y me lleva escaleras arriba, me desnuda y me mete en

la ducha, trazando mi cuerpo con la esponja enjabonada mientras me sostiene y murmurando lo hermosa que soy y lo feliz que es de que esté con él, antes de secarme y cargarme de nuevo hasta la cama.

Me hace sentir como si fuese una reina.

Me duermo a su lado, piel contra piel y piernas enredadas, con su vello haciéndome cosquillas en las pantorrillas, y pienso que no puedo esperar a vivir una vida entera con él, antes de que el sueño me haga cerrar los párpados, a pesar de que la luz del sol todavía ilumina nuestros cuerpos con sus rayos vespertinos.

Estar entre sus brazos se siente como haber vuelto a casa después de un largo viaje. No quiero irme nunca de aquí.

10



Teresa

Estoy nerviosa.

No dejo de darle vueltas a la taza de café que hay entre mis manos, ya fría y al que no he dado ni un sorbo, y mis uñas de porcelana hacen ruido sobre la loza de manera rítmica.

Nerea se ha ido hace un rato, Ágata e Ian, si los conozco, estarán ocupados teniendo sexo —por fin—, y Martín me ha dicho hace veinte minutos que si podía venir a verme.

Y aquí estoy, en el apartamento que hemos estado compartiendo —más o menos— hasta hace un par de semanas, antes de la discusión que nos separó. Esperándole.

Y no sé qué hacer. No sé si ha venido a por sus cosas, o si va a querer hablar; si va a dejarme explicarle lo de El Plan, sobre el que le envié un mensaje ayer, o viene a decirme que las cosas se han acabado definitivamente entre nosotros; o que el tiempo que pidió para pensar no ha sido suficiente para tomar una decisión definitiva.

No lo sé. Y me asusta no saberlo. Me asusta la incertidumbre.

Me asusta quererle tanto y que el mero pensamiento de que me deje duela tantísimo.

—En menudos líos me meto yo sola —le protesto a la nada, y dejo el café sin tocar dentro de la pila de la cocina, sintiendo el estómago revuelto.

Vago descalza por la casa como un fantasma inquieto; la madera del suelo está fría bajo mis pies desnudos, creando un agradable contraste con el calor del aire que entra por las ventanas abiertas.

El moverme siempre me ayuda a dejar de estar tan nerviosa, así que paseo de arriba abajo por los pasillos, recolocando cuadros que están ligeramente ladeados o moviendo figurillas de aquí para allá y reordenando espacios.

Cuando Martín llama al telefonillo, he logrado calmarme lo suficiente como para abrirle la puerta con manos que no tiemblan y el semblante tranquilo.

Sigo estando tensa, pero al menos tengo la mente centrada y las ideas claras.

Si Martín me deja, ello no me destruirá.

Me dolerá, sí. Lloraré y maldeciré y se me romperá el corazón, sí.

Pero sé que mi corazón es lo suficientemente fuerte como para capear el temporal y que, si me rompo por amor una vez más, puedo volver a juntar las piezas y rehacerme a mí misma de nuevo. Más fuerte que antes. Más dispuesta a vivir la vida que nunca.

Me conozco a mí misma y sé que soy capaz de ello.

No soy una persona enamoradiza, pero cuando el amor me pilla, siempre lo hace de manera desprevenida y fuerte, muy fuerte. Como lo hizo con Vanessa. O como lo hace cada día con Ágata y Nerea, aunque ese que compartimos sea un tipo diferente de amor. Uno que no es romántico ni sexual, pero que no por ello es mucho menos intenso o relevante que los demás.

Todo lo contrario.

Sin importar lo que suceda y la gente que vaya y venga de mi vida, sé que siempre las tendré a ellas como ellas me tienen a mí, y eso, en parte, me da fuerzas para afrontarlo todo. Aunque sé que soy capaz de hacerlo sola.

Siempre lo hace.

—Martín… Hola —saludo, sin saber si besarlo o no, cuando llama a la puerta del apartamento y la abro.

Él se inclina para besarme, aunque no mucho, porque apenas es un par de centímetros más alto que yo, y yo le devuelvo el beso sintiendo mi corazón aletear de la esperanza.

—Te he echado de menos. ¿Podemos hablar? —me pregunta con rostro serio y expresión tentativa, y yo le sonrío y le hago pasar, cerrando la puerta tras de él con un nudo en la garganta.

Deja sus cosas en el armario de la entrada. Siempre tan ordenado, mi Martín. Lleva la chaqueta de Armani que le compré a juego con los pantalones y unas deportivas, porque él siempre lleva deportivas, incluso para trabajar en la oficina; los rizos de su pelo están despeinados y me hacen querer enredar mis dedos en su suavidad, como suelo hacer. O como solía hacerlo, más bien.

—¿Quieres tomar algo? —ofrezco.

—No. Acabo de tomarme un café. ¿Te importa si nos sentamos? —Me señala el sofá y yo asiento, abriendo el camino y sentándome junto a él entre los cojines que Nerea adora tanto—. Vale —empieza a hablar nerviosamente, frotando sus palmas contra sus muslos en un gesto que le he visto hacer decenas de veces desde que nos conocimos hace seis meses, cuando fui a su gestoría con una consulta sobre mi negocio—. ¿Cómo has estado? ¿Has estado bien?

—Como siempre —miento—. ¿Y tú?

«No he dejado de pensar en ti y en tu ultimátum», quiero decirle, pero me lo callo, porque suena como una acusación y no lo es. Porque sé que, por mucho que a mí no me guste la situación en la que estamos, él tiene tanto derecho como yo a decidir y a expresar qué partes de nuestra relación le estresan.

Qué partes le causan dolor.

Y mi matrimonio ha sido una espina clavada en el costado para él desde que empezamos a

salir. A pesar de mis continuas afirmaciones y reafirmaciones de que entre Ian y yo no hay nada más que una amistad mutuamente beneficiosa, y de que mi marido y yo llevamos años sin acostarnos juntos y está enamorado de otra, a él le atormenta.

—Me alegra —sonríe él, y veo que es cierto, que se alegra, aunque también que le duele un poco, eso de que yo esté tan aparentemente bien—. Yo no he estado muy bien —confiesa mirándome, antes de desviar sus ojos hacia la mesa de centro, como si le costara verme. Como si quisiera tocarme y estuviese haciendo un esfuerzo para no hacerlo.

Me relajo un poco más.

—¿Has leído mi mensaje? ¿El que te mandé ayer?

Él se ríe, pero es una risa sin humor.

—¿Lo de El Plan ese? ¿Vas en serio?

—Sí —afirmo con rotundidad, y él se sorprende, pero se ríe de nuevo, esta vez menos tenso.

—¿De verdad has convencido a tu amiga para que lo haga? —me pregunta, y aclara sin necesidad—: ¿Para que se acueste con Ian?

Cruzo los brazos sobre el regazo y me recuesto sobre el respaldo del sofá, fingiendo una calma que ahora mismo no siento.

—Están enamorados —le explico sin entrar en más detalles, no queriendo hablar sobre el romance entre Ágata e Ian porque ahora mismo cualquier cosa relacionada con Ian es un tema espinoso para él. Y porque no entiende del todo lo que sucede entre Ágata y mi marido.

Ni por qué sigo casada con él, tampoco.

—Ah. Eso está bien, supongo —responde él con el rostro lleno de dudas—. ¿Y no te molesta? —inquiere—. Es tu marido, al fin y al cabo.

—¿Molestarme?

—¿Está bien que tu mejor amiga esté enamorada de tu esposo?

La palabra «esposo» la dice como quien diría «cáncer»; como una enfermedad de la que se habla con delicadeza, con miedo y con disgusto. Como siempre y como lo esperaba, es un tema difícil para él.

—No —le contesto con sinceridad, y le digo, como le he dicho más de una vez—: Ya sabes que Ian y yo no tenemos esa clase de relación. Que no somos un matrimonio tradicional.

—Sí, ya me lo has dicho. ¿Así que no vas a cambiar de idea y divorciarte sin mayores líos? —Y luego, tras un par de segundos de vacilación, añade en un tono lleno de ansiedad, aunque intente fingir que le da igual mi respuesta—: ¿De verdad te importa tanto el dinero?

Aprieto los labios, porque este es otro tema sobre el que hemos discutido. Él no comprende mi miedo a la pobreza o mi pasión por los lujos y la buena vida.

Mi Martín tiene unos padres normales. Una vida normal. Una existencia con la que se conforma; con la que está a gusto.

Yo no. A mí me cuesta conformarme con esa idea de sobrevivir, en vez de vivir por lo alto, si una puede hacerlo.

La tía Amelia, madre de Ágata, suele bromear diciendo que mi obsesión con las listas de cosas que hacer, las agendas y la planificación seguramente nació debido a mi madre.

Y probablemente tiene razón.

Mi madre, Natalia, su hermana menor, me tuvo a los diecisiete porque se empeñó en ello cuando se enteró del embarazo, y luego se dio cuenta de que tener una hija era demasiado trabajo y responsabilidad para ella, cosa natural para una adolescente; así que mi tía, que es bastante mayor que ella, acabó criándome junto a su propia hija mientras que su hermana decidió desaparecer unos meses después de dejarme en su casa, sin avisar, con el novio de turno, y venía a verme, si tenía suerte, una vez al año.

Es comprensible, debido a su edad, el que quisiera vivir su vida y ser una adolescente normal, pero lo que vino después, no lo fue.

Mis abuelos murieron poco después de que naciera yo, en un accidente de coche, y no tenían herencia o propiedades, así que mi tía se encargó de todo, manteniendo dos trabajos hasta que tuvo que jubilarse de manera anticipada por los constantes dolores de sus articulaciones, que empezaron a ser insoportables cuando apenas tenía cincuenta y cuatro años.

Ahora la tía está mejor, pero vive con una persona que cuida de ella las veinticuatro horas del día y Ágata y yo vamos a verla todos los fines de semana. Y, cada vez que la veo, pienso con rabia que Amelia merecía una vida mejor. Que el dinero no es nada más que una mierda social que clasifica a las personas según tengan más o menos en su cuenta bancaria y les concede mejor o peor calidad de vida. Mejores o peores expectativas para la misma.

Lo queramos o no, es uno de los factores de la vida que influyen en que haya mayor o menor sufrimiento en ciertas situaciones o circunstancias.

Desde que lo tengo, le pago a la tía el fisioterapeuta y el tratamiento médico y Ágata, con su trabajo, paga a su cuidadora. Cosas que no podríamos tener sin dinero. Cosas que mucha gente que no puede permitírselo no puede tener.

¿Y en cuanto a mi madre? Normalmente Natalia volvía solo para pedirle a su hermana mayor que la ayudase a pagar sus deudas de juego, y nada más. No venía por mí, y jamás volvió a mirarme dos veces hasta que me hice adulta. Era como si fuésemos extrañas, ella y yo. Ni siquiera hablamos más de una hora seguida hasta que yo cumplí los diecinueve, y solo porque nos reencontramos en frente de una parada de autobús y tuvimos que esperar juntas a que viniese el de una de las dos.

Apenas tengo relación con ella. Hoy en día suele llamarme solo para pedirme dinero, y me llora o me amenaza y me insulta, e incluso me suplica cuando le digo que no y le pido que me deje en paz de una vez.

Su vida ha sido, y es, un caos; un conjunto de malas decisiones y compañías

irresponsables unas detrás de otras, y yo siempre he tenido miedo a ser como ella.

A descontrolarme de esa forma.

Sé que no soy ella y que nunca lo seré, pero saberlo no es lo mismo que aceptar la realidad tal y como es: tengo una madre que solo se acuerda de mí cuando me llama para que costee sus numerosas adicciones o sus fiestas, o sus alquileres atrasados, y que solo usa la palabra «madre» para intentar manipularme emocionalmente.

A mi padre biológico lo conocí cuando cumplí los trece, y desearía no haberlo conocido nunca. Es igual de egoísta y manipulador que ella y logré cortar toda relación con él hace unos años, cosa que me llenó de alivio.

Así que, sí. El dinero y, más que eso, la seguridad que el dinero me aporta son importantes para mí y lo serán siempre.

—Sí —le digo con rotundidad, porque por mucho que lo quiera, no voy a tirar por la borda un arreglo como este. Ni voy a disculparme por querer esos millones y por hacer lo posible, dentro de unos límites, por conseguirlos. Él lo sabe porque ya lo hemos hablado. Pero ello siempre le sorprende, de todas formas, como si no acabara de creérselo—. Me importa.

Martín se remueve incómodo sobre su asiento.

—Entiendo —murmura sin mirarme, y me dan ganas de llorar.

Porque que sea fuerte y que sepa que puedo vivir sin él no significa que quiera hacerlo.

—¿De verdad te vas a divorciar?

—Acabo de decirte que sí —le respondo. Y luego suavizo un poco mi tono cuando noto que las palabras me han salido demasiado duras—. Me pediste que tomara una decisión y la he tomado, cariño.

Él asiente y se gira a mirarme con una sonrisa resignada.

—Eso has hecho. Pero no esperaba que fuese todo tan… complicado.

Sé lo que quiere decir, pero así son las cosas conmigo. Complicadas. Él lo sabe también. Y lo ha aceptado siempre, aunque ahora le cueste.

Él tampoco es fácil.

Tiene sus cosas, mi Martín, y, aunque de normal está dispuesto a escuchar y comprender, lo de mi matrimonio le puede. Mucho. Aunque siempre haya sido cordial, las pocas veces que ha coincidido con Ian, le reconcome que Ian sea mi marido sobre el papel.

No está en su carácter odiar o ser malicioso, y le sienta mal sentirse así, aunque lo haga. Esa es una de las cosas que más me gustan de él, lo sincero y bonito que es por dentro.

—Bueno —dice al cabo de un rato de silencio—. La verdad es que siento curiosidad, ¿te importaría contarme lo del Plan ese que tienes? No me ha quedado muy claro en tu mensaje. ¿Y por qué lo pones en mayúscula? —se ríe entre dientes.

Claro que no te he contado mucho, pienso, *porque te conozco y solo te he dicho lo suficiente para que vinieras a verme y a preguntarme sobre ello. Porque sé que eres de los que prefieren hablar y aclarar las cosas cara a cara, y a veces me aprovecho un poco porque quiero verte y oír tu voz en persona, y no a través del móvil.*

La tarde se hace larga y, al mismo tiempo, demasiado corta, mientras hablamos.

Mientras le cuento lo de Ágata e Ian y lo del hotel y él, incrédulo pero empezando a ver, como siempre hace, el lado divertido de las cosas —aunque esta vez le cueste un poco más que de costumbre—, me hace preguntas y luego me cuenta lo que ha estado haciendo estos días, y hablamos sobre su madre y la operación de cáncer de mama que va a tener en unos días y, al final, se queda a dormir en el apartamento cuando el día se acaba y, aun así, seguimos hablando.

Tenemos semanas de silencio que contarnos.

Lo he echado muchísimo de menos. Tantísimo…

Lo agarro con fuerza cuando se queda dormido y enredo los dedos en sus rizos, y me dejo a mí misma soltar algunas de las lágrimas que he estado conteniendo.

Lágrimas de alivio.

Porque lo conozco. Lo conozco como a mi propia alma.

Y sé que todo va a salir bien. Sé lo que significa para él que haya decidido quedarse.

Sé que, al final, no voy a tener que vivir sin él.

Aunque pueda.



Ágata

El Gran Día llega antes de que nos demos cuenta.

Ian y yo nos hemos estado quedando en su dúplex después de que yo llamara al trabajo para decirles que cogía vacaciones. Y eso tras tener una discusión con mi jefe en la que las vacaciones acumuladas año tras año (que nunca he podido coger porque él se negaba a contratar a más gente y yo siempre estaba saturada de trabajo triplicado), las incontables horas extra impagadas y demás putadas que me había hecho habían salido a relucir cuando me las había negado y él, indignado y acusándome de ser una mala trabajadora (el muy hijo de perra desagradecido), colgara el teléfono después de decir «ya hablaremos cuando vuelvas» en tono amenazador.

En fin, que he estado teniendo unos días maravillosos, de esos que casi no se sienten reales. Llenos de risas y sexo, de desayunos en la cama, de maratones de nuestras series favoritas y conversaciones de esas que te dejan el alma al descubierto, como siempre me pasa con él.

Ian ha pasado de ser mi mejor amigo a ser mi amante, y menudo amante está hecho. Creo que jamás había tenido sexo en tantas posturas como ahora.

De hecho, creo que jamás había tenido tanto sexo en toda mi vida como en estos últimos días con él.

Él siempre ha estado abierto a escuchar mis ideas, ya sea sobre las cosas más disparatadas, o sobre política y derechos humanos, o, como he descubierto recientemente, sobre sexualidad.

Con él, no tengo miedo de expresar mis más oscuras fantasías. O las más repipis.

Si hasta me ha dicho que, si quiero vestirme de Cenicienta y hacerlo en un carruaje, que él se viste de príncipe y todo, que sabe de alguien que tiene uno de esos carros tirados por caballos y que sus padres tienen una finca en Inglaterra que nunca usan, por si quiero algo más de ambiente.

Que nunca ha probado con ese tipo de fantasías, pero que parecen divertidas. Y todo porque le he confesado que una vez tuve un sueño como ese con nosotros como protagonistas después de ver la película en el cine una tarde con él, Nerea y Teresa.

Y creo que va en serio.

Él ciertamente no tiene reparos en contarme las suyas, que me dejan acalorada y cachonda perdida y con ganas de hacer cosas que nunca he probado jamás pero que sé que con él disfrutaré, porque sé lo mucho que le importa mi comodidad y bienestar y que disfrute de las cosas que pasan entre nosotros.

Con la misma intensidad que a mí me importan él y su confort y su felicidad.

—Ágata, deja de soñar despierta, tortolita. Que nos tenemos que ir ya —chilla Nerea, asomándose por la ventana del coche.

Lleva puestas unas gafas de sol y, al ver que íbamos a hacer el viaje en el BMW de Ian, hasta ha empezado a imitar a Trump antes de subirse, diciendo que iba a pintarse la piel de naranja y poniéndose el bolso de una irritada pero divertida —muy a su pesar— Teresa en la cabeza a modo de peluquín, ya que es dorado, a falta de otra cosa.

Es como una niña, a veces. Y la quiero a rabiar, aunque en ocasiones me den ganas de lanzarle algo a la cabeza para que pare.

—¿Seguro que no queréis hacer el viaje solitos? —bromea Nerea, elevando las cejas varias veces en una expresión cómica.

—De eso ni hablar. No quiero que se entretengan parando en algún hotel en mitad del camino o deteniendo el coche en algún sitio para follar —contesta Teresa en tono seco mientras Ian se abrocha el cinturón, y él y yo nos miramos de reojo y ponemos los ojos en blanco, sintiendo lo mismo.

El viaje va a ser largo.

Nerea se echa a reír a carcajadas.

—¿Te imaginas que los detiene la policía por estar haciéndolo a un lado de la carretera? Sería épico.

—Silencio, vosotras dos. U os vais en tren —amenaza Ian, pero su media sonrisa resignada desmiente la dureza de sus palabras.

Teresa, que se ha sentado en el asiento de atrás y ha insistido en que yo me siente delante en vez de hacerlo ella, suelta un resoplido y le quita sus gafas de sol y su bolso a Nerea, que se queja con un terrible acento americano de que está «agrediendo al presidente» y que va a mandar a los federales a detenerla.

—¿Lo lleváis todo? —pregunto yo, colocándome el bolso sobre las rodillas e ignorando a Nerea.

Mis partes privadas están un poquitín sensibles después de lo de esta mañana, pero no pienso hacer comentario alguno o no oiría el final de las bromas jamás.

—Mira quién fue a hablar. Fuiste tú la que nos hizo volver a mitad de camino la última vez, cuando te olvidaste tu portátil, adicta al trabajo —se burla Nerea, volviendo por fin a su voz normal.

—No fue a mitad de camino, solo llevábamos diez minutos de viaje —corrijo—. Y por eso mismo pregunto y vuelvo a preguntar: seguro que lo lleváis todo, ¿no?

Teresa ya está haciendo recuento de su lista mental. Es la que más maletas lleva de todas, pero eso es habitual.

—Yo sí —anuncia al cabo de un rato en tono seguro.

Pero la que me preocupa es Nerea, no ella.

—Yo también —contesta la susodicha sin pensarlo mucho—. No es como si nos fuésemos fuera del país o algo, así que no he cogido mucho, de todas formas. Si necesito algo, ya lo compraré allí.

Es lo que siempre dice, pienso encogiéndome de hombros, y luego siempre acabamos prestándole cosas. Ropa y maquillaje, crema solar, o un poco de todo.

Menos mal que he cogido prendas extras tras pasar por mi apartamento esta mañana, justo antes de que Ian viniese a buscarme y nos entretuviésemos un poco.

Y luego un mucho, porque al parecer él siempre ha querido hacerlo en mi cama.

—Vale, pues en marcha. —Ian se pone en camino y, una hora y media y numerosos comentarios bromistas de amigos bienintencionados pero muy pesados después, llegamos a nuestro destino.

El hotel, cómo no, es una modernidad enorme y lujosa de cinco estrellas, con piscina, *spa* y gimnasio y todo lo demás. Que por suerte no tenemos que pagar, ya que Teresa e Ian lo han arreglado todo, porque si no ni Nerea ni yo nos lo podríamos permitir.

Y el pensamiento de que voy a tener que presentarme ante los padres de Ian teniendo sexo con su hijo no deja de darme vueltas en la cabeza.

Estoy cada vez más nerviosa y no dejo de pensar en que es una muy mala idea.

Sobre todo, cuando lo que quiero es un futuro junto a dicho hijo y no quiero empezar con mal pie con su familia.

Voy a ser «la amante». De hecho, *ya lo soy*.

Se me hace todo tan extraño…

Cuando salgo del coche, estoy hasta el gorro de mi querida Nerea y de las sutiles pullas de Teresa, y a Ian no se lo ve mejor, así que separarnos para ir a nuestras habitaciones es un alivio.

Ian y Teresa están registrados en una juntos, porque se supone que aún están casados, aunque Ian me ha dicho que no piensa quedarse ahí realmente, de todas formas. Yo en otra, para que mi nuevo y guapo novio pueda quedarse conmigo sin Nerea de por medio.

Y Nerea en la última, contenta de tener su propio espacio y hablando de cómo piensa ligarse al primer tío bueno que vea en la piscina.

—¿Cuándo llegan tus padres? —le pregunto a Ian cuando nos quedamos a solas en mi

habitación, cada vez más al borde de un ataque de histeria o algo parecido.

No dejo de pensar que, a pesar de que cuando Teresa me contó lo de su plan parecía todo muy surrealista y lejano, ahora mismo se siente muy cercano, muy real y muy estresante.

—Ey —dice Ian, dejando la maleta sobre el diván que hay en el cuarto anexo y acercándose a mí para abrazarme—. No tienes por qué hacerlo si no quieres.

Yo suelto una risotada histérica.

—Teresa no va a aceptar una respuesta como esa.

—Teresa te quiere —me replica él en tono firme—. Y aceptará que no puedes, ni debes, hacer cosas que no estén bien para ti. Ya encontraremos otra solución para que obtenga el divorcio que quiere —insiste—. Y, si no, pues entonces siempre puedo pagarle yo y no involucrar a mis padres.

—¿En serio? —pregunto con un hilo de voz, porque me estoy dando cuenta de que realmente no quiero que sus padres nos «pillen» en mitad del acto.

No quiero conocerlos así. Ni que me conozcan así.

Puede que Ian diga que no los ve mucho y que no forman parte de su día a día, pero siguen siendo sus padres. Sigue siendo su familia. Y no quiero que la familia de mi novio piense mal de mí.

Sé que son muy tradicionales. Eso Ian y Teresa lo han comentado más de una vez.

Así que no creo que esto vaya a ir bien para mí, por mucho que Teresa lo haya pintado todo de color de rosa. Pero tampoco quiero dejarla a ella sin esos millones.

No cuando sé lo importante que es para ella ese dinero.

Así que no sé qué hacer. Estoy hecha un lío.

—Por supuesto. —Ian besa mi coronilla y yo dejo que su calma me envuelva, como lo hacen sus brazos—. Tú, tranquila, que no tienes por qué preocuparte.

—¿Crees que se conformaría con un vídeo? ¿Uno en el que no se me viera la cara? ¿O fotos? —inquiero, con la mente a mil por hora y el estómago lleno de nudos.

Él duda antes de hablar, pero sé que, aunque intente ser suave, no me va a mentir.

—No lo creo. Conozco a mis padres, e insistirían en ir a juicio y tener las fotos y los vídeos revisados por expertos, para ver si pueden probar que son falsos y no pagar, y «encontrar» a la «amante» para corroborar las cosas —me explica.

El estómago se me hace un nudo aún mayor de la ansiedad cuando me lo imagino.

—Montarían un lío horrible y pospondrían las cosas durante años, si es que no pueden librarse de todo ello primero. Quizá intentarían hacer un trato con ella, pero no le darán lo que ella quiere ni de lejos.

—Oh. Pues vaya. —No sé qué más decir.

Supongo que diez millones vuelven paranoica a la gente. Es normal, imagino. Es mucho dinero, incluso para gente que es tan rica que no sabe ni lo rica que es.

—Lo sé —musita él, pasando sus manos por mi espalda y deteniendo sus palmas en mis anchas caderas—. De ahí lo de la idea de Teresa de ser pillados. Así no podrán negarlo.

—¿Y a ti no te molesta? ¿Lo de que tus padres te pillen desnudo con tu novia en la cama?

Él se encoge de hombros.

—Sí. Pero no sería la primera vez, por eso mi madre no entra en mi habitación sin permiso desde que cumplí los dieciséis y, además, para mí un poco de incomodidad no es para tanto si además con ello ayudo a mi ex. —Y entonces añade, como si se hubiera dado cuenta de cómo puedo interpretar yo sus palabras—: Aunque por supuesto que comprendo por qué a ti te resulta tan incómodo, y lo valoro. Yo tampoco estoy como para tirar cohetes con la idea. No es lo que se dice mi mayor ilusión, eso de presentarte de esta forma.

Apoyo la frente entre sus pectorales con un gemido, sin saber qué hacer.

—Supongo que voy a tener que decidirme. —Me resigno en silencio.

Los sacrificios que una hace por la gente a la que quiere, suspiro.

De una manera u otra, el Plan de Teresa me va a meter en líos. Como suele pasar con todos sus planes.

Ian me coge la cara entre sus grandes manos y la eleva para que pueda mirarle a los ojos. Desde este ángulo y bajo la luz del sol que entra por las puertas del balcón, sus bellos ojos caramelo están llenos de cálidas motas doradas.

—Decidas lo que decidas, estoy contigo. —Veo la sinceridad en su mirada y ello me relaja, haciendo que gran parte de la ansiedad desaparezca—. Siempre.

Y entonces me besa, y todos los pensamientos desaparecen de mi cabeza durante un buen rato.

12



Nerea

Tal y como sospechaba, la piscina está llenita de tíos buenos.

Bueno, hay también algún que otro abuelete y algún tío de esos que van por ahí con su tripa cervecera y peluda al aire, mirándote como si fuesen *sex-symbols* y esperasen que cayeras a sus pies, pero la mayoría de los presentes están de muy buen ver.

¿El problema? Muchos de esos tíos buenos están acompañados de mujeres que harían ver a Irina Shayk como una tía normal y, muchos de los que no lo están, miran a otros hombres con un interés que no es nada inocente o están flirteando con otros tíos buenos, así que he acabado sola en la barra del bar con una cerveza en la mano, lamentándome de mi mala suerte.

El lugar es precioso, claro que lo es. Lo han decorado al estilo árabe, con enormes piscinas, zona de hidromasajes y hamacas para tomar el sol a un lado, y una terraza llena de arcos tallados, con mesas bajas, cojines en el suelo y alfombras coloridas en el otro, junto al bar.

El mismo bar en el que algunas bebidas cuestan casi la mitad de mi sueldo mensual en el bazar chino del barrio; que tampoco es mucho, para empezar.

Y yo que creía que «todo incluido» significaría que esto también lo estaría. Menudo sablazo me han dado con la cervecita. Y eso que la que me han servido es de las que cuestan cincuenta céntimos en el Mercadona. Solo que le han añadido una rodajita de limón en la boca de la botella y otra en el vaso.

Serán cabritos…

—Creo que te conozco —escucho decir a una voz masculina con un ligero acento escocés, que reconozco porque de vez en cuando, aunque muy rara vez, Ian deja salir el suyo, y cuando me giro veo que el hombre me está hablando a mí—. O al menos creo que nos hemos visto antes.

Es una forma terrible de ligar, pienso, pero estoy bailando una conga en mi interior. Una conga que apunta directamente hacia mis partes íntimas, porque el tío —hombre, realmente. Nada de epítetos juveniles para este— está buenísimo.

Es un poco más mayor de lo que estoy acostumbrada. Bueno, bastante más. Tendrá, calculo, unos cuarenta y muchos, pero es tan atractivo que la edad me importa un pito.

Es alto, pero no excesivamente; tiene la piel tostada por el sol y es ancho de hombros, con una figura tal que se le nota que va al gimnasio regularmente. Su cabello es negro y corto y bien arreglado, con unas canas en las sienes que lo hacen interesante y le dan un aire de madurito buenorro.

Y tiene unos ojazos azules impresionantes.

Me tiene conquistada en cuanto lo miro. O, como mínimo, ha conquistado a mi zona más necesitada, que baila esa conga silenciosa al ver a este pedazo de ejemplar masculino.

Le sonrío, coqueta y traviesa, y veo cómo él se sorprende, pero sus ojos miran el escote de mi bikini con interés cuando me inclino hacia él y le doy un trago a mi cerveza fría, directamente de la botella, sin dejar de mirarlo, y relamo la abertura cuando acabo de tragar.

No me va lo de ser sutil.

—¿Ah, sí? —ronroneo—. ¿Me conociste en un sueño, tal vez?

Él se ríe, mostrando sus dientes blancos, rectos y parejos de dentista de los caros —más de lo habitual, al menos—, y yo decido en ese momento que me encanta el sonido de su risa, aunque suene algo incómodo con mi acto de gata salvaje, el pobre.

Quizá debería rebajar el nivel de zorrilla un poco. No parece que, a pesar de su aspecto, sea de los que están acostumbrados a que se les echen encima con ahínco.

—Soy Devon —se presenta, tendiéndome una mano morena que cojo con una de las mías —. Encantado.

—Nerea. El *placer* es mío —le respondo, alargando la palabra «placer», y veo cómo se ruboriza ligeramente. Adorable.

Me dan ganas de ver de qué otras formas y en qué otros lugares de ese delicioso cuerpo suyo puedo hacer que se ruborice.

Estoy a punto de abrir la boca de nuevo para invitarlo a subir a mi habitación cuando mi teléfono suena, sobresaltándonos a ambos. Miro la pantalla y veo que es Teresa, que seguramente estará buscándome para revisar alguna parte de ese Plan suyo, neuróticamente perfeccionista como es, por enésima vez, pero lo pongo en silencio y lo ignoro.

Ahora estoy centrada en mí.

Bueno, en el buenorro madurito, más bien. Que es lo mismo, porque es un regalo para mi vista y espero que pronto lo sea para otras partes de mi persona.

Llevo más de seis meses sin llevarme a nadie a la cama, aunque no por falta de intentos, y a estas alturas ya estaba convencida de que alguien me había echado un mal de ojo o puesto unas velas negras o algo.

Seguramente mi ex, que es un capullo.

—¿No vas a cogerlo? —me pregunta él mientras el camarero le sirve un vaso de vino.

—No era importante —miento cruzándome de piernas, y veo con deleite cómo sus ojos siguen el movimiento.

Noto que tiene unas manos preciosas, no sé por qué, pero lo noto. De dedos largos y fuertes e *interesantes*. Con una marca blanca que contrasta con el moreno de su piel.

Una marca en forma de anillo.

Joder.

Si es que el universo me la tiene jurada.

—¿Estás casado? —pregunto con un suspiro, sintiéndome decepcionada y esperando que no sea uno de esos capullos infieles, como mi ex, o que al menos me diga que tiene uno de esos matrimonios «abiertos», como Ian y Tere, para no sentirme tan mal.

—Lo estaba —me explica él, sonriendo cuando ve mi alivio, evidente en mi expresión y mi lenguaje no verbal, supongo—. Hasta hace un mes.

—Lo siento —le digo cuando veo que parece un poco triste por el tema.

—No. Está bien. —Luego se corrige—: Quiero decir, que no funcionaba, y llevaba tiempo sin querer verlo, así que no lo sientas. Yo no lo siento.

—Oh. Bueno, entonces no lo siento. En absoluto —le respondo, capturando las gotitas frías de la superficie de cristal de mi botellín con la yema del dedo.

Él se ríe y yo me río y hay complicidad. Y atracción mutua. Sé que la hay. Y canto victoria para mí misma.

—Tu español es muy bueno, por cierto —comento. Tiene un acento de lo más… no sé. No es como si fuese el argentino, bonito por excelencia, pero lo encuentro seductor.

O quizá es que estoy más cachonda que Teresa con un nuevo par de zapatos de alta costura y él es tan atractivo que lo veo todo un poco de color de rosa.

Pero de verdad me gusta. Aparte de su atractivo evidente, el hombre tiene un *algo* que te hace fijarte en él y ser incapaz de apartar la mirada. Como un aura. Y yo creo mucho en las auras.

Me pregunto qué signo del zodíaco será y si seremos compatibles.

—Gracias —me sonríe—. Mi cuñada es española y mi sobrino se crio aquí, en España. Así que aprendí un poco por ellos.

—Ooooh.

El tío acaba de subir sus puntos hasta alcanzar la estratosfera. Y yo que pensaba que no podría querer llevármelo a la cama más de lo que ya lo hacía. Qué equivocada estaba.

¡Qué mono es!

—¿Y tú? ¿Sabes hablar inglés?

—Se me da fatal, lo siento. *Sorry*. —Mi inglés se compone mayoritariamente de palabras sueltas mal pronunciadas y letras de canciones o frases que he escuchado por internet. O de insultos. Admito que la mayoría son insultos.

Así que «fatal» es, como diría la intelectual de Ágata, un eufemismo.

—Si quieres, puedo enseñarte —dice él, luego duda y a mí me dan ganas de reír, porque se le nota que está intentando ligar conmigo pero que no se le da muy bien y ello me hace feliz por algún motivo.

Es guapo y encantador y está soltero. ¿Qué más puede pedir una chica?

—¿Quieres subir a mi habitación y darme mi primera *lección*? —pregunto, juguetona, con mi sonrisa de loba en la boca, y él me mira con los ojos como platos antes de controlar su expresión y asentir.

—Si te parece bien.

Sus pómulos tienen un ligero rubor que hace que me entren ganas de besarle.

—Me parece *great*. —Es una palabra que le he escuchado a Ian decir de vez en cuando, cuando se le escapa el inglés, sobre todo en el WhatsApp, pero que a mí me sale como un montón de sílabas apiladas malamente unas encimas de otras. Pero me da igual. A él parece encantarle y a mí me encanta él—. Así que, ¿tu habitación o la mía?

Yeah, baby, canto para mí misma unos minutos después mientras caminamos hacia la zona de los ascensores, rumbo a su habitación, *you rock!*

Que le jodan a las velas negras de mi ex.

1 3



Teresa

¿Dónde diablos se ha metido Nerea?

No es que su presencia sea absolutamente indispensable para mis planes, pero por una vez me gustaría que no desapareciera cuando le diera la gana sin decir nada.

Ha dicho que iba a la piscina, pero he bajado a la terraza y allí no está. Ni en el *spa* interior ni en la sala de masajes, que también ha insistido durante el trayecto en coche que quería probar.

Si es que esta chica es imposible de predecir.

—¡Teresa! —exclama Núria, mi suegra, saludándome desde el otro lado del *hall*.

Mierda, ya están todos aquí, entonces. Núria siempre llega la última, ya que no le gusta esperar. Ni siquiera por su madre, que es la que organiza estas cosas y a la que veo mirándome con su eterno ceño fruncido, cogida del brazo de su hija mediana y con su amenazador bastón en la otra mano, como siempre.

La abuela Agustina es de armas tomar. Una matriarca con mano de hierro que controla las finanzas de sus tres hijas y sus nietos —o, al menos, su parte de las mismas, ya que el padre de Ian no responde ante ella y ni siquiera se llevan muy bien— y las obliga a comportarse según sus estándares si no quieren acabar en su lista negra.

Y, sí, esa lista existe. Literalmente. Me la enseñó una vez. Y uno de los sujetos de la misma lleva ahí desde que, en los años cincuenta, se atrevió a hacer un comentario poco agradable sobre ella y su aguileña nariz.

—¡Abuela Agustina, Núria, queridas! ¡Qué placer veros de nuevo! —saludo en tono afectado con un nudo de ansiedad en la garganta.

Les doy dos besos a cada una en las mejillas. O, más bien, en el aire alrededor de sus mejillas, y ellas hacen lo propio, y nos pasamos diez largos minutos que se me hacen eternos charlando.

Diez minutos en los que no dejo de pensar en Ágata y en que estoy empezando a sentirme un poco mal respecto a haberla puesto en esta situación en cuanto veo la cara sonriente de Núria y ella empieza, como siempre, a preguntarme por futuros nietos.

Un tema con el que la mujer lleva obsesionada varios años.

Estoy empezando a tener serias dudas sobre todo este maldito Plan. Que sí, que las había tenido antes, pero, antes de que Ian y Ágata por fin dieran el paso que llevaban posponiendo ya años, principalmente me centraba en pensar que me parecía un intercambio justo: su felicidad por mi dinero.

Pero ahora estoy sintiéndome como una jodida egoísta.

Siempre he ido a por lo que he querido, pero hasta ahora ello nunca había implicado pedirle a nadie, y menos a la gente a la que amo con todo mi corazón, que se sacrificara por mí. O que hiciese algo que los hiciera sentirse incómodos o violentados.

En cuanto Núria y Agustina desaparecen, rumbo al restaurante de la última planta a almorzar algo ligero y a vigilar que el reservado de la familia esté en perfecto orden para la comida de más tarde, llamo a Ágata, presa de un impulso culpable. Pero no me coge el teléfono.

Maldita sea. Estoy en mitad de una crisis de conciencia y mis dos mejores amigas han desaparecido del mapa.

Considerando que he dejado a Ian y a Ágata en una habitación de hotel, el que no den señales de vida es predecible. Dudo que hayan podido quitarse las manos de encima el uno al otro, esos dos. Demasiada tensión sexual acumulada.

Pero ¿dónde leñes se ha metido Nerea?

—¡Teresa! ¡Qué bien verte de nuevo! —La voz acentuada del padre de Ian, Duncan, me hace girar sobre mis propios pies y elevar la cabeza para poder mirar al rostro del gigante escocés.

Duncan mide casi dos metros y tiene una voz que hace que los truenos se parezcan a los maullidos de un gatito y que las cabezas de todo el *hall* se giren para mirarlo, aunque al hombre le importa un carajo; está acostumbrado a que lo miren. Y con razón.

Su pelo rojo fuego sigue tan abundante como siempre y sus abrazos igual de fuertes. De esos que te dejan sin aliento por falta de aire y te presionan las costillas contra los pulmones.

—Duncan —saludo con voz estrangulada, respirando hondo cuando me suelta y puedo volver a colocar mis pies en el suelo y mis vértebras en su sitio—. Qué placer volver a verte, ¿cómo has estado?

—Bien. Bien. Maravilloso —afirma con su fuerte acento—. ¿Y tú? ¿Y dónde está mi hijo, por cierto? —inquiere, mirando a su alrededor y buscando a Ian con los ojos—. Lleva meses sin venir a visitarnos, *that rascal*.

—Estaba…, uh, cansado. Así que está durmiendo un poco después del viaje.

—¿«Cansado»? —repite en tono sorprendido, con las cejas elevadas hasta casi alcanzar la raíz del pelo.

El hombre no es tonto, pero yo tengo un rostro tan inexpresivo como el de su mujer cuando me lo propongo.

—Sí —le digo con una sonrisa inocente, consciente de que, cuando «pillen» a su hijo con otra mujer, voy a tener que aparentar sorpresa si quiero ser vista como la «víctima» en el asunto —. Se ha subido a dormir un poco. Pero no te preocupes, seguro que baja en un rato.

Espero que el que no sospechen que soy yo la que está detrás de todo El Plan para poder quedarme con parte de su dinero ayude para que se lo traguen.

Eso y que, por algún extraño motivo, parecen creer que Ian y yo somos la pareja más feliz y enamorada del mundo. Quizá porque nos llevamos bien y somos buenos amigos. Y tal vez también porque me han dicho, más de una vez, que a pesar de tener la personalidad de un titán tengo cara de dulce e inocente.

El hecho de que sigo sin sentirme ni un poco culpable por querer esos millones no se me escapa. La familia de Ian no es mala gente, pero, tal y como dice el mismo Ian, tampoco son precisamente los más tolerantes y generosos del mundo. Ni de lejos.

Sé que, si intentara divorciarme de él sin más, Núria y, especialmente, Agustina se encargarían de hacerme la vida imposible, tanto social como económicamente.

Cuando me casé con Ian, supe que nunca sería libre del todo de su familia y de la conducta que estos esperaban de mí, y lo acepté. Y se lo he contado a Ágata más de una vez, así que, si ella está dispuesta a aceptar el riesgo y la presión de salir o incluso casarse con Ian algún día, está advertida al respecto y es decisión suya.

Yo ya estoy harta de ellos y de sus normas de conducta y de la manera en la que intentan controlarlo todo y a todos a través del dinero; especialmente a su hijo o, últimamente, mi vientre.

Duncan puede parecer un gigante inocentón y bonachón, pero el hombre puede llegar a ser tan frío y amenazador como Agustina en uno de sus días malos, si se lo propone.

Y, por mucho que él diga que Ian es libre de hacer lo que quiere, sé que espera que su único hijo siga tanto las tradiciones y creencias de su propia familia y clan como las de su mujer sin rechistar, y que acepte y haga lo que sus padres le pidan y cuando se lo pidan.

Incluyendo el tener hijos, un tema que sale cada vez más a menudo en cada reunión anual, y que no me extrañaría que acabaran exigiendo con la amenaza de cortar las finanzas de su hijo tarde o temprano. Son muy capaces de ello.

Ágata también sabe eso último porque lo he compartido con ella durante nuestras noches de charlas y vino, pero tal vez tenga que recordárselo, porque dudo que haya pensado de manera realista en lo que supone formar parte de esta familia; o, al menos, no con calma y no recientemente, dado lo colgada que está por Ian y lo ocupada que está teniendo sexo con él ahora mismo.

Además, la familia de él apenas sale en los temas de conversación entre nosotras y de normal Ian solo los ve dos o tres veces al año, como mucho. Sus padres se mudaron a Escocia hace un par de años y rara vez vuelven a España, a pesar de que Ian creció aquí y decidió quedarse en el país y no marcharse a Escocia con ellos, como ellos deseaban que hiciéramos él y yo y como de vez en cuando nos recuerdan que les gustaría que hiciéramos.

Ni en broma vivo yo en otro país con estos dos como constantes guardias de mi vida

privada.

—Subo a comer en un rato, voy a ver cómo está Ian, ¿vale? —le anuncio a Duncan cuando me pregunta si voy a subir a almorzar con ellos al restaurante.

Estoy tentada de pedirle que suba conmigo, porque sospecho que Ian y Ágata están liándose y que por ello mi futuro exmarido no ha bajado para saludar a sus padres conmigo, tal y como lo acordamos, pero mi conciencia escoge ese momento para golpearme de nuevo y mi lengua se detiene antes de poder formar las sílabas.

—Ah, no te preocupes. Deja al chico descansar —responde Duncan encogiendo sus anchos hombros. Y el momento pasa sin más como una oportunidad perdida—. De todas maneras, todavía tengo que encontrar a mi hermano. No lo habrás visto, ¿verdad? Se supone que debía estar ya aquí, pero no responde a su teléfono.

—¿Colin?

—No. Ese no. —Niega él con la cabeza—. Devon, el pequeño.

Ah, el divorciado.

Me extraña que Agustina haya tolerado su presencia aquí, dado lo estricta que es ella con eso de los matrimonios y su supuesto «para siempre».

Pero es más lógico que el esperar la presencia de Colin, que hace poco se casó con una exestrella del porno, siendo objeto de un escándalo que salió en todos los medios internacionales, dado que la familia MacFarlane es bastante famosa en Escocia por ser los descendientes de un *laird* históricamente relevante en la historia de su país.

Y Agustina no se lo ha perdonado. Y no dudo de que Duncan tampoco. Se llevarán tan mal como quieran, pero tienen opiniones similares en ese sentido.

No me acordaba de eso. He estado demasiado pendiente de mis cosas.

—No, no lo he visto. Lo siento.

Él parece decepcionado. Quiere mucho a sus hermanos, Duncan, aunque discuta con ellos todo el tiempo y tengan valores y estilos de vida muy diferentes.

Nos despedimos y él se va, seguramente a seguir buscando a Devon, y yo me doy por vencida y me presento directamente en la puerta de la habitación de Ágata, porque mi cabeza no deja de dar vueltas y necesito hablar con ella.

Necesito asegurarme de que ella va a estar bien con todo lo que he planeado y, si no, entonces pensar en una nueva estrategia para conseguir esos millones. Y hacerlo rápido.

Pero no están dentro. Ni ella ni Ian. Y no hay ni un solo sonido cuando apoyo la oreja en la puerta para ver si es que no pueden escuchar el timbre del móvil o mis golpes en la puerta por estar haciendo demasiado ruido ellos mismos.

¿Dónde demonios se ha metido todo el mundo?



Ian

Está preciosa. Pero ella siempre está preciosa.

Lleva un vestido de algodón trenzado en blanco que deja entrever los fragmentos de su piel que no están cubiertos por el bañador que lleva debajo, también blanco, y mis ojos se desvían una y otra vez hacia esos tentadores retazos de piel desnuda y húmeda por el baño que nos hemos dado hace unos minutos, saltando entre las olas con mis brazos sosteniéndola por encima del vaivén del mar.

—¿Seguro que no tenemos que volver aún?

Yo llevo el móvil en silencio, y a ella se le ha olvidado el suyo en la habitación del hotel, así que estamos pasando un rato tranquilos, solos ella y yo, como a mí más me gusta.

Y la verdad es que ahora mismo no me apetece volver, familia o no familia. Pueden esperar un rato más.

Todo puede esperar si es por ella.

—No te preocupes, basta con estar allí a la hora de comer.

Si les parece mal, pueden quejarse todo lo que quieran. Y sé que mis padres y la abuela Agustina —y posiblemente Teresa también—, van a tener un montón de quejas sobre mi tardanza, pero ahora mismo no encuentro las ganas de que me importe una mierda lo que digan o piensen de mí.

Si Teresa quiere esos diez millones, puede lidiar con mi familia un rato por mí. Sé que se le da bien.

—Vale —sonríe ella, y mis propios labios se curvan como los del tonto enamorado que soy.

Nos sentamos a tomar algo en uno de los muchos bares del paseo. Un lugar pequeño y acogedor donde sirven margaritas a todas horas del día y donde disfrutamos de unas tapas y unos cócteles mientras charlamos.

Son mis momentos favoritos con ella. Esos en los que hablamos de todo un poco, a veces cosas serias y profundas y otras no tanto, sacando todo lo que llevamos dentro, sabiendo que el otro nos acepta tal y como somos.

El sexo está bien. El sexo es genial. Y me encanta.

Pero estos momentos son preciosos y no los cambiaría por nada del mundo.

—¿Ian?

—¿Tío Colin? —Me sorprendo al verle y me levanto para darle un abrazo cuando me sonríe—. ¿Cómo estás? —pregunto, pasando al inglés para hablar con él, y le presento a Ágata, a la que el tío le guiña un ojo y le dice con un acento que hace sus palabras en español apenas inteligibles que está encantado de conocerla.

Nunca se le ha dado bien el idioma.

—Carol y yo estamos de viaje por el país —me cuenta, presentándome a su mujer cuando ésta se levanta de su asiento para venir a saludar.

Ah, la actriz porno, recuerdo. Y entonces recuerdo también que he visto algunas de sus películas y procuro no sentirme incómodo y no ser un hipócrita.

La mujer parece encantadora. Y es preciosa. Y se les nota que están enamorados cuando se miran. Mi tío siempre ha sido de esos a los que les importa un carajo lo que opine la gente y hace lo que le place en su vida privada.

A diferencia de mis padres, no se somete ante los deseos de sus propios progenitores o a la cadena de su dinero, siempre tan corta y estricta, y administra las propiedades que heredó de la bisabuela Georgetta con cabeza, a pesar de lo mucho que solía gustarle ir de fiesta en fiesta cuando era joven. Y yo siempre le he admirado por ello. Es muy valiente. Siempre lo ha sido.

Nos sentamos juntos a charlar y tomar algo y, antes de darme cuenta, la hora de la comida ha llegado y, cuando miro el móvil, veo que tengo diecisiete llamadas perdidas, la mayoría de mi madre y de Teresa, y suspiro sabiendo que ambas van a estar histéricas, a su manera tan diferente, cuando vuelva.

Y eso que todavía no le he dicho a mamá que el tío Colin ha decidido «viajar» justamente en esta época del año al lugar donde, hasta el año pasado, solía venir todos los veranos a la reunión familiar a la que este año no ha sido invitado.

Cuando se entere le va a dar algo.

Eso si mi padre no se entera antes. No sé cómo va a reaccionar Duncan. Siempre ha sido una figura autoritaria y algo distante y no lo conozco bien, a pesar de ser su hijo.

Pero sí lo conozco lo suficiente como para saber que no va a ser una reacción positiva.

—¿Sabe mi padre que estás aquí? —le pregunto al tío mientras Ágata y Carol van al baño juntas, charlando animadamente entre ellas sobre tiendas de moda que encontrar en la zona.

Él se encoge de hombros y le da un trago a su sangría.

—Ni lo sé ni me importa —contesta con cierta agresividad.

Sí que le importa, sí. No es difícil de ver que está herido.

—Ah. —No tengo ni idea de qué responder a eso.

A veces me alegra ser hijo único porque, si tuviera un hermano, mis padres serían capaces de ponernos el uno contra el otro en una extraña competitividad tóxica, como mi abuela materna intenta hacer siempre con mamá y sus hermanas, o mis abuelos paternos con mi padre y los suyos. Es muy triste.

—Si Duncan quiere decirme algo, que lo haga a la cara como un hombre, en vez de esconderse tras las faldas de su mujer y esa lengua viperina que tiene tu madre a veces. Con perdón, porque a ti no quiero ofenderte.

—No me ofendes, tío.

Lo sé muy bien.

Uh. Así que el tío además de herido está cabreado. Es comprensible.

—Puedes decirle a mi hermano de mi parte que, si sigue siendo así de esnob, puede irse a la mierda.

—Se lo diré cuando lo vea, entonces —le contesto a Colin, riéndome entre dientes al imaginarme la expresión que pondría mi padre, y mi tío suelta una carcajada y me palmea el hombro.

Aunque dudo que se lo diga, si soy honesto. Si quieren arreglar las cosas o pelearse prefiero no estar en medio ni ser el portador de sus mensajes. Padre ya se enterará de su presencia si Colin decide visitarlos. Cosa que no creo que haga, ya que me ha dicho que se van esta tarde a Ibiza.

—Me alegra que seas mejor hombre que tu padre, chico. Siempre estuve preocupado por ti, con esos dos encima de ti todo el tiempo, pero eres al que más aprecio en esta familia, la verdad —me suelta Colin de repente, emocionándome—. He intentado hablar con Duncan, ¿sabes?, pero está obcecado con sus malditas tradiciones moribundas, como siempre.

»Debería subir un puto vídeo a internet yo mismo mandándolos a todos a la mierda. A veces me apetece, en serio, con tanta basura que van diciendo de mí o, peor, de mi mujer, a través de sus amiguitos de la prensa. Me tienen harto.

Vale, pienso, *nos estamos metiendo en un territorio de feudos familiares que prefiero no cruzar*.

Ni responder.

Hago lo que puedo por cambiar de tema.

—Carol parece increíble. —Cosa que es cierta. La mujer es divertida y se nota que está enamoradísima del tío.

—Lo es —me dice con una ancha sonrisa de enamorado—. Así que, ¿qué hay de Teresa? ¿Seguís casados? —inquiere él, alzando las cejas con expresión curiosa, y no sé si mi deseo de que cambiase de tema es algo que agradecer—. Ágata parece encantadora. Y también muy guapa…, si eres de esos a los que les van las curvas, claro.

—Lo soy —contesto con un poco de agresividad antes de poder morderme la lengua, porque me jode que la gente haga comentarios insidiosos, sobre todo si son sobre Ágata—. Y, sí, es preciosa. Lo sé.

Él alza las manos a la defensiva al oír mi tono de voz.

—Tranquilo, muchacho. Solo era un mero comentario —se ríe—. Ya veo que esa chica te gusta. Solo hay que ver cómo la miras. ¿Se lo has dicho ya a tu mujer?

No tengo ni idea de qué responderle. Venir con Ágata al paseo, donde cualquiera puede vernos, no ha sido una muy buena idea.

O tal vez sí, reflexiono. Teresa está obsesionada con lo de que mis padres nos pillen en el acto «casualmente» a Ágata y a mí, para que no puedan negarse a darle el dinero sí o sí según las cláusulas del contrato, pero hay otras formas de probar que le soy «infiel» sin recurrir a esos extremos.

—Estoy en ello. —Me decanto por mentir al final—. Es complicado.

Él asiente, comprensivo.

—La vida es complicada. Lo entiendo, chico. Solo procura no hacerle daño a tu mujer, esa chica me gusta. Tiene los ovarios bien puestos.

Nos despedimos poco después, ellos a seguir con su paseo y nosotros rumbo al hotel y, justo cuando llegamos a los ascensores sin que nadie nos pille, escucho una voz llamarme por mi nombre.

—Ian MacFarlane-Estévez, ¿se puede saber de dónde vienes? —pregunta mi padre en tono arisco, acercándosenos con el ceño fruncido y los ojos endurecidos y clavados en la mano de Ágata, que sostengo con los dedos entrelazados con la mía y que he cogido mientras caminábamos sin darme cuenta—. ¿Y por qué vas de la mano con la amiga de Teresa? ¿Qué significa esto, muchacho?

15



Ágata

Teresa nos va a matar.

La hemos cagado.

El padre de Ian nos ha echado un vistazo y nos ha ordenado subir con él hasta la *suite* que él y su mujer ocupan cuando vienen al hotel; y, durante todo el viaje en ascensor, ha permanecido tenso, frío y en silencio.

Es la segunda vez que lo veo —la primera fue durante la boda de Teresa e Ian—, pero parece que se acuerda muy bien de mí.

Y que le ha bastado una mirada para saber lo que está ocurriendo entre su hijo y yo.

—Sentaos.

Nos señala los sofás que hay cerca de los ventanales con voz autoritaria y siento a Ian tensarse a mi lado, pero aprieto su mano, que no me ha soltado ni cuando su padre nos ha mirado con ira desde su impresionante altura, y él se relaja un poco y me aprieta los dedos con cuidado a su vez.

—Vais a contarme qué está ocurriendo aquí ahora mismo.

Yo me siento donde Duncan me ha indicado, nerviosa, pero Ian permanece de pie unos segundos —haciendo que mi brazo se estire de manera muy incómoda—, antes de apretar la mandíbula y sentarse a mi lado, frente a su padre.

—Con todo el respeto, señor. No es asunto suyo —le contesta a Duncan con animosidad, y yo abro los ojos como platos al oírlo.

Nunca le he visto hablarle con ese tono a nadie. Y, por la cara de su padre, él tampoco se lo esperaba.

—Ian… —habla Duncan con una voz baja llena de advertencias.

—Estoy enamorado de Ágata y quiero divorciarme de Teresa —le suelta Ian así, como si nada. Dejándolo caer como una bomba y sin previo aviso.

Nos quedamos todos en silencio durante unos segundos mientras sus palabras parecen hacer eco en la habitación.

Duncan se pone mortalmente serio —más de lo que estaba antes—, y mira a su hijo con ojos inescrutables.

—Hijo —dice, rompiendo el pesado silencio—, comprendo que todos los matrimonios atraviesan ciertas… crisis, de vez en cuando. Pero el matrimonio es un vínculo sagrado, y te hemos educado para ser mejor persona que esto —añade, señalándome a mí cuando dice «esto».

Me siento herida por su obvia opinión sobre mi persona, pero trago saliva y contengo mis palabras dolidas, porque no quiero estropear las cosas entre Ian y su padre todavía más, ni quiero joderle los planes a Teresa más de lo que ya lo hemos hecho y, además, entiendo y respeto su punto de vista.

El que considere el matrimonio un vínculo digno de respeto y no tolere la infidelidad dice algo muy bueno, en mi opinión, de él como persona y como hombre. Aunque lo de señalarme con repugnancia me sobra.

Ian, en cambio, no se muerde la lengua en absoluto, claramente ofendido en mi nombre.

—No hables de Ágata así —sisea rechinando los dientes, con su ira apenas contenida—. Comparto esas creencias hasta cierto punto, porque no toleraría quedarme atrapado en una relación que se vuelva tóxica solo para aparentar, como lo harías tú —afirma sin tapujos—, pero ella es la mujer a la que amo y exijo que le tengas respeto, padre.

—La mujer a la que amas se llama Teresa —le recrimina Duncan—. Le hiciste un juramento ante un altar y firmaste un contrato de matrimonio, y tu madre y yo esperamos que cumplas con ambas cosas, como todo hombre de bien.

—Padre, te estás pasando. —Se nota que Ian está intentando permanecer en calma—. Entiendo de dónde vienes, y ya te digo que yo también valoro el matrimonio, pero esto que ves no es lo que tú te piensas y, además, ¡no soy un maldito niño como para que me hables así! Puedo tomar mis propias decisiones, ¿sabes? Soy muy capaz de ello.

—¡Eso no significa que no debas tener respeto por tu mujer y por tus votos! —grita Duncan en inglés, sobresaltándome cuando su voz como truenos y su imponente presencia parecen ocupar toda la habitación de repente—. ¡Los MacFarlane somos mejor que *esto*! —Vuelve a señalarme con cara de asco.

—¡Te he dicho que no hables de ella así! —le exige Ian en el mismo idioma y con la misma rabia—. ¡No la señales de esa forma! ¡Las cosas no son como tú crees y Ágata no tiene la culpa!

—Una mujer que no tiene respeto por sí misma, ni por su supuesta amiga, no merece otra cosa que ser llamada…

—No te atrevas —interrumpe Ian, levantándose de su asiento y arrastrándome consigo en el proceso—. Ni se te ocurra acabar esa jodida frase, te lo advierto. Estás haciendo suposiciones sobre nosotros y sobre cosas que no entiendes. Ágata no es así.

—Cuando trajiste a Teresa a casa —habla Duncan en tono más calmado, tras aspirar una bocanada de aire, ignorando a su hijo y optando por cambiar su aproximación—, te permitimos casarte con ella, a pesar de su falta de contactos y de linaje, porque vuestro afecto parecía genuino.

—Y la quiero —le contesta Ian en el mismo tono forzosamente calmo, haciendo que me dé un pinchazo el corazón—, pero como amiga. Ágata es la mujer a la que amo. La he amado durante *años*, sir, y me lo he callado hasta ahora. Y no pienso hacerlo más. Voy a divorciarme de Teresa, ya te lo he dicho.

Duncan alza las cejas, escandalizado.

—¿Habéis sido amantes durante *años*? —pregunta con desaprobación—. ¿Así que no es cosa de solo una noche o dos? ¿Lo sabe Teresa?

—Pretendo casarme con Ágata algún día, con tu aprobación o sin ella, padre —prosigue Ian, como si no lo hubieran interrumpido—. Y si me conocieras un poco, aunque fuera un mínimo, sabrías qué clase de hombre soy, en vez de acusarme de ser tan cerdo y tan cabrón como, aparentemente, te crees que soy.

Ay, mi madre. No sé qué decir ni qué hacer. Me siento como un espantapájaros, allí plantada y enmudecida.

Matrimonio.

No es que no lo haya pensado, o imaginado, pero es un poco pronto para ello, considerando que, además, él todavía está técnicamente casado con Teresa.

Y, además, esta no es la mejor forma de enterarme.

Esa es una de esas cosas que se hablan con tranquilidad tras unos años o, al menos, unos meses de relación. Pero Ian siempre ha sido como Teresa en el fondo, por eso se llevan tan bien, porque sabe lo que quiere y lo da todo por ello.

Y, al parecer, ya ha decidido que lo que quiere es a mí. El resto de nuestras vidas. Y no sé si estoy en pánico o absolutamente exaltada de felicidad de que vayamos *tan* en serio y de darme cuenta de que íbamos en esa dirección.

Yo ya tengo claro que lo quiero, y sé que él me quiere después de lo que me dijo en su dúplex y después de esta semana de ensueño juntos, pero sigue siendo un poco pronto para hablar de casarnos todavía.

Toda esta situación es incómoda y absolutamente horrible.

Ya sé que debería hacerme feliz de que él se encare con su padre por mí, aunque no le esté contando lo de El Plan (comprensiblemente) cosa que aclararía bastante las cosas, pero la verdad es que solo me hace sentir fatal.

Es mucho más divertido cuando ves dramas como estos en una telenovela de lo que es vivirlo en la vida real, decido en este instante. No me gusta nada estar en medio de algo así.

—Ya estás casado —le recuerda Duncan a su hijo de manera tajante—. Y firmaste un

contrato.

—Olvídate del puto contrato —se exaspera Ian—. Tú y mamá nos obligasteis a firmar esa idiotez para poder casarnos y así yo poder recibir parte de mi herencia antes de la muerte de la abuela. Fue puro chantaje, y lo sabes. Solo queríais que me casara y que os diera nietos, y no os importó cómo me sintiera yo al respecto.

—¡Podrías haber dicho que no!

—¡Y me hubierais hecho la vida imposible! ¿O crees que no lo sé? —replica Ian con furia —. No solo me hubierais desheredado y descartado como si fuese mierda pegada en la suela de vuestros zapatos, sino que también hubierais usado toda vuestra influencia, y ambos sabemos que es mucha.

»Todo para que a mí no me aceptaran como trabajador en ninguna parte y no tuviera más remedio que volver a casa, con vosotros, con el rabo entre las piernas y depender otra vez de vuestro maldito dinero. Como siempre —espeta Ian—. ¿Qué otras opciones tenía?

»Sé honesto conmigo —demanda—. Mi título universitario no me sirve de nada si vosotros influís para que yo no pueda usarlo en ninguna parte y, al menos, con ese dinero que me llevaba al bolsillo tenía cierta libertad y ya no tendría que tener miedo de no poder trabajar en lo que quisiera, si a mí me diera la gana hacerlo, o depender el resto de mis días de vuestra aprobación para tener un techo sobre mi maldita cabeza y poder vivir en paz.

»Lo usabais para controlarme. El puto dinero siempre ha sido vuestra herramienta manipulativa favorita, ¡admítelo!

Duncan, observo, aprieta la mandíbula haciendo el mismo gesto de tozudez que hace su hijo cuando está enfadado y ofendido, pero sus ojos delatan culpabilidad. Ambos se parecen tanto físicamente que nadie podría dudar de que son padre e hijo, aunque difieran tanto en opiniones y maneras de ver la vida.

—¿Así que todo esto es por dinero? ¿Te casaste con Teresa por la herencia anticipada que te prometimos? —brama Duncan.

—Me casé porque quería libertad. ¿Acaso no has escuchado lo que te he dicho? ¡Quería vivir mi propia vida, lejos de vuestras cadenas! Y para ello necesitaba ese puto dinero, me gustase o no.

Pero Duncan le ignora, con el rostro rojo de la rabia y de una vergüenza que no quiere admitir, aunque se note que la está sintiendo.

No sabía que hubieran amenazado a Ian con echarlo a la calle e impedirle que se ganase el pan con su influencia para que se casara, pero ello es lo que deduzco, acertadamente, de su discusión. Y me parece muy cruel.

Si al menos lo hubieran dejado ir, sin más, simplemente negándole acceso al dinero familiar, quizá él podría haberse ganado la vida con su título universitario. Pero si ellos están dispuestos a llegar a todo para controlarlo, siendo realistas, con el poder que tienen pueden destruir a cualquiera fácilmente.

Lo que, la verdad, da bastante miedo al pensarlo.

—¿Has usado a esa pobre mujer hasta ahora y luego has decidido liarte con la puta de su amiga? ¿Acaso no tienes vergüenza? —insiste Duncan, como un sabueso tras un hueso.

Ahora soy yo la que está sumamente cabreada.

Porque sí, vale, tiene razón en lo de que Ian y Teresa se casaron por el dinero, pero fue algo mutuo. Teresa no es, ni será jamás, una «pobre» mujer desamparada. Ni de coña. Ese término no le va ni le irá jamás. Y yo tampoco soy una puta, o cualquier otro término con intención misógina que quiera emplear en mí.

Que, vale, puede que visto desde su perspectiva yo sea una mujer despreciable que se acuesta con el marido de su prima y mejor amiga, pero es que esto se nos está yendo de las manos y, honestamente, me estoy cansando de que finja que no existo y solo me use como arma contra su hijo, señalándome con desprecio y asco cuando le interesa recriminárselo a Ian.

—Con todo el respeto, señor MacFarlane —interrumpo su conversación, hablando con un inglés fuertemente acentuado y con toda la calma de la que soy capaz—, las cosas no son como usted cree que son, aunque sea difícil de entender. Quiero y respeto a mi prima y no le haría algo así, e Ian tampoco. Comprendo su interpretación de las cosas, pero la situación no es tan simple como parece, se lo prometo.

Él suelta un bufido de desprecio que yo decido ignorar, porque no puedo soltarle a la cara lo del maldito Plan, aunque quiera, dado que Teresa aún quiere esos millones y no puedo arruinarlo todo abriendo la boca.

—Tú te callas, no eres más que una…

—¡No le des órdenes ni la insultes, maldita sea, padre! —gruñe Ian—. Y ella está muy presente en esta conversación, no es un maldito muñeco, así que hablará si le da la gana porque tiene derecho a ello y porque, ya que no paras de insultarla, también tiene derecho a defenderse.

Ya está. Por la mirada que me está lanzando el padre de Ian, acabo de ganarme su odio eterno. Y no es que le cayese bien antes, por cómo me ha estado mirando con desprecio desde que nos ha pillado frente a los ascensores, pero aun así que te miren así duele, y mucho.

Al menos me he quedado a gusto, aunque no haya dicho todo lo que quiero decir porque el hombre me intimida y no quiero meter la pata aún más y hacer las cosas más difíciles para Ian y Teresa. Y porque esta discusión, aunque yo esté delante, es más profunda de lo que aparenta ser, y yo soy solo la punta del iceberg.

—¿Desde cuándo sois amantes? —demanda saber Duncan en español, dirigiéndome una mirada nada amigable una vez más, y haciendo caso omiso de mis palabras y de las de su hijo.

Como si yo no existiera.

—Solo unos días —le respondo, incapaz de mentir, y él parpadea anonadado, como si no se hubiese esperado esa respuesta.

—¿No has dicho que la has querido durante *años*? —le pregunta a su hijo, y yo me

muerdo los labios porque tengo el absurdo impulso de sonreír y esta no es una situación en la que una deba sonreír, aunque le digan algo así.

—Sí. Pero solo accedió a acostarse conmigo hace unos días —revela Ian, sin vergüenza alguna en su lenguaje corporal o en sus palabras.

¡Hala! Otra bomba.

Como si no fuera poco el que su padre ya se imagine que tenemos sexo, él va y se lo suelta, así a lo loco.

Me dejo caer en el sofá, ruborizada, muy a mi pesar, por la mirada que me acaba de dirigir Duncan, que me hace sentir como la *femme fatale* que no soy, y me aguanto las ganas súbitas de ponerme a reír histéricamente por lo ridículo de la situación cuando Ian se deja caer a mi lado al perder el equilibrio.

Nuestras manos todavía están cogidas con fuerza.

—Entiendo —responde Duncan, pensativo y tan inescrutable como antes, recuperando algo de su calma anterior—. ¿Así que no vas a dejarla?

Entiendo que se refiere a mí, y ello me quita las ganas de reírme de golpe. Admiro sus valores de lealtad hacia el matrimonio, de verdad que lo hago, y me enternecen el corazón, porque no es fácil encontrar a un hombre así, siendo honesta, pero esta situación, y la manera en la que los usa como un arma contra mí, como si yo fuese basura humana, me duele bastante, aunque comprenda su punto de vista y me haga preguntarme, si yo estuviese en su lugar, cómo reaccionaría a una infidelidad por parte de un hijo.

—No —asevera Ian con una fiereza que me hace querer besarlo con ganas.

Y entonces Duncan se gira hacia mí.

—¿Y tú a él? —me pregunta con una mueca de aversión.

—Nunca —le respondo, sintiéndome romántica y enamorada, pero también un poco asustada del hombre con voz como trueno y mirada calculadora nada amigable que hay sentado frente a mí.

Pero quiero demasiado a Ian como para amedrentarme.

—Muy bien, ¿cuánto quieres por dejarlo, entonces? ¿Un millón? ¿Dos? Dime el precio.

Lo dice de tal manera, tan en serio y como si fuese solo una mera y molesta transacción, que me deja con la boca abierta.

A mi lado, Ian se levanta de nuevo, esta vez soltando mi mano, y temo que vaya a darle un puñetazo a su padre por lo furioso y ofendido que se le ve.

Esta situación ha pasado de surrealista a inadmisible de un plumazo.

—¡¿Cómo coño te atreves?! —le grita a su padre, más furioso de lo que le he visto jamás —. ¡¿Pero qué mierda se te pasa por la cabeza para preguntarle algo así?! ¡Y en mi cara, además!

—Soy tu padre —le responde Duncan con rabia—. Y protejo tus intereses y los de la familia.

—¡Y una mierda! ¡Solo te importan la reputación y el qué dirán en ese círculo de amigos esnobs tuyos!

—Vigila tu lenguaje, muchacho.

—¡Que te den, padre! No puedo creer que acabes de hacer esto. No puedo creerlo. ¡Estoy aquí sentado, maldita sea, y te he dicho que la amo! ¿Es que eso no significa nada para ti?

—Me lo agradecerás en unos años. Ella no es buena para ti, y punto.

Eso hace que Ian se detenga en seco antes de volver a hablar, y lo veo coger aire mirando a su padre con silenciosa rabia con mis propios ojos llenos de lágrimas de ira, por él y por mí, y el corazón en la garganta.

—No te agradeceré nada, sir. Eso te lo aseguro —le promete a Duncan y, por primera vez, veo miedo y algo de arrepentimiento en los ojos del hombre escocés, como si se acabase de dar cuenta de que ha metido la pata hasta el fondo y de que su hijo va en serio—. Has cruzado una línea que no deberías haber cruzado conmigo.

—Ian…

—Voy a callarme, sir. Voy a callarme porque si abro la boca otra vez y te digo lo que quiero decirte ahora mismo, no volveré a verte en la vida, ¿lo entiendes? —sisea Ian, temblando de ira reprimida.

»Esta discusión se ha acabado. Mi vida es mi vida, te guste o no te guste. Así que será mejor que pienses seriamente en si quieres formar parte de ella o no, porque Ágata se queda. De ti, ahora mismo, no estoy tan seguro.

Y, dicho eso, me coge de la mano de nuevo y caminamos hacia la entrada a paso rápido.

Giro la cabeza para mirar por última vez a mis espaldas, donde Duncan mira su hijo con la cara pálida como el papel y la mirada de un padre asustado.

Ian cierra la puerta con fuerza tras nosotros sin mirar atrás.

16



Nerea

Me he enamorado.

Ya está, lo he decidido. Y no me ha sido difícil, la verdad.

Devon no solo es guapo, listo y adorable, también es bueno en la cama y la tiene casi tan grande como un actor porno.

Es como haber encontrado el Santo Grial, solo que en forma de pene. Y, bueno, también la de un hombre escocés con acento *sexy* y bella sonrisa.

—He decidido que te quiero —le informo entre jadeos después de nuestra última ronda.

Él alza la cabeza de donde la tiene apoyada entre mis pechos y parpadea, mirándome con esos preciosos ojos suyos.

—¿Me he perdido algo?

Me río, porque el hombre es divertido, aunque no se lo proponga, y no lo sabe.

O quizá son todas esas endorfinas producidas por los orgasmos. No lo sé y no me importa.

El caso es que le quiero.

—Que me he enamorado —le aclaro entre risas—. De ti.

Será bobo. Si es que me dan ganas de comérmelo a besos otra vez.

—Oh. —Él tiene tal expresión de pasmo en la cara que me echo a reír de nuevo sin poder evitarlo. Es graciosísimo—. Vaya… ¿Gracias?

Se ha ruborizado. Si es que de verdad que es tan mono…

—De nada —le digo, y las carcajadas me salen solas de nuevo.

Al cabo de unos segundos de confusión, sus risas se suman a las mías y yo lo beso otra vez, porque puedo y quiero y porque estoy contenta de nuevo tras no haber tenido sexo del bueno

en años. Antes del imbécil de Raúl, mi ex, al que no sé cómo dejé entrar en mi vida y que se hizo un hueco en ella durante demasiado tiempo, como la comadreja que es.

Todavía me escuece un poco lo de ese idiota. Pero ahora mismo tengo a un hombre increíble entre mis brazos, o yo entre los suyos, lo que sea, y no quiero pensar en Raúl, quiero pensar en Devon y en lo mucho que he decidido que lo quiero.

—Cena conmigo esta noche —me pide entre besos, con sus manos vagando por mi cintura y sus piernas enredadas en las mías entre las sábanas revueltas de su cama de hotel.

Una de las *suites* del hotel, debo añadir. Con *jacuzzi* y todo. Y yo no me voy de aquí sin probarlo, que mi baño de aquí solo tiene bañera normal, a pesar de que este es un hotel de cinco estrellas.

Tacaños.

—Pero nada de marisco —le indico sonriendo—, que me sienta mal.

—Lo que quieras. Donde quieras. Me da igual, tú eliges.

Si es que cada vez que abre esa boca suya me gusta más.

¿Dónde ha estado este hombre toda mi vida?

—Entonces cenamos aquí en tu habitación y así no tenemos que vestirnos.

Él se ríe de nuevo, echando la cabeza atrás, y yo aprovecho para morderle el cuello y pasar mis manos por esos pectorales suyos tan sexis, salpicados de un vello oscuro que me hace cosquillas en los dedos.

—Me parece una idea perfecta. —Y entonces me remata añadiendo—: Creo que nos hemos saltado la comida. ¿Quieres pedir algo del servicio de habitaciones? Yo invito.

Si es que no se puede ser más perfecto, grita mi cerebro por enésima vez, extasiado.

—Me parece una idea maravillosa —le anuncio con entusiasmo—. ¿Podemos pedir también un vino?

—Podemos pedir lo que quieras.

Y así es como, una hora después, estoy sentada en la terraza de su *suite* vestida con un albornoz de baño, comiendo un poco de aquí y allá de todas las delicias que nos han subido después de que Devon pidiera una *picaeta* de tapas, y bebiéndome una copa del mejor vino tinto que he probado nunca.

Y dicen que los sueños no se hacen realidad.

Ja. Ya quisiera una princesa Disney ser yo hoy.

Hasta Blancanieves me tendría envidia cochina ahora mismo.

—Espera. Espera. ¿Esto es caviar? Hazme una foto para el Instagram, anda, que esto hay que inmortalizarlo —le pido a Devon, levantándome y buscando mi móvil, que encuentro junto a

mis bragas, detrás de uno de los sillones de la sala de estar que hay a la entrada del dormitorio, tras un buen rato de búsqueda.

Pero, en cuanto lo desbloqueo, se me pasa la diversión de un plumazo. Tengo doce llamadas perdidas de Teresa y dos de Ágata y otros tantos mensajes en nuestro grupo de WhatsApp.

En cuanto lo abro, gimo y me tengo que morder la lengua para no soltar una maldición.

—¿Todo bien? —pregunta Devon, preocupado, que está sentado en la terraza y sirviendo más vino cuando me oye.

—Sí. Sí. Tranquilo —le sonrío por encima del hombro y, ya de paso, me como con los ojos la uve de piel salpicada de vello que deja a la vista su propia bata de baño. Bueno, la del hotel, pero da lo mismo—. Solo tengo que hablar con unas amigas unos segundos, ¿vale? Ahora mismo vuelvo —le prometo, señalando al dormitorio.

Más les vale a estas dos que estemos a punto de sufrir el Ragnarok o la que va a montar un drama esta vez seré yo.

Si es que una está tan solicitada que ni unas cuantas horas puede estar sin dar señales de vida, que si no se me estresan.

Ay, qué harían sin mí estas dos.

Leo los mensajes por encima a ver qué es lo que les pasa.

Ajá, Teresa ha tenido una crisis de conciencia y a Ágata y a Ian los ha pillado el padre de éste y los planes esos de Tere no están saliendo como ella quiere. Si es que ya sabía yo que nada podía salir tan bien como ella decía que iba a salir.

Nunca lo hace. Y a estas alturas ya debería haber aprendido, pero ¿acaso hace caso de mis advertencias? No. Tiene que ser tan cabezota como siempre. Y Ágata más de lo mismo.

—Pero, a ver, mis cariños, ¿qué es lo que está pasando con tanta llamada perdida y tanto mensaje? —les pregunto en una nota de voz—. Ni que se estuviese acabando el mundo. Que sí, que los ha pillado Duncan, pues ya está, no pasa nada. Seguro que se os ocurre algo para solucionarlo —les digo.

»Yo ahora mismo estoy ocupada con un tío bueno que he conocido en la piscina. Creo que es el amor de mi vida. Ya os contaré.

»Pero si de verdad necesitáis mi maravillosa presencia, le diré que me voy y que lo veré luego con todo el dolor de mi *cuore*, o como se diga. —Las cosas que se hacen por las amigas, suspiro—. Pero más os vale estar seguras, porque si no voy a enfadarme, y de verdad.

»Y ahora dejad de ser tan dramáticas y hablad las cosas, leñes, que los problemas se solucionan hablando —las riño—. Nerea *out*. Os quiero.

Y me meto en la aplicación para hacer fotos y le llevo el móvil a Devon.

—¿Lista para esa foto de Instagram? —me pregunta, tendiéndome mi copa de vino,

rellenada una vez más.

—¡Listísima! —le contesto, tendiéndole el teléfono y colocándome la bata para que se vea bien mientras estoy sentada en la silla y no enseñe nada que haga que Instagram me bloquee la cuenta otra vez.

Hay curiosidad en los azules ojos de Devon, pero no pregunta y, si ha oído mi nota de voz, no dice nada al respecto.

Bien, me gustan los hombres que no cotillean las conversaciones de los demás.

Si es que debí de haberme enrollado con un madurito antes. O quizá el destino estaba esperando para liarme con Devon y por eso no se me había ocurrido hasta ahora.

Sea lo que sea, ya he decidido que quiero algo más que solo un día tórrido con él. Aunque el día no ha estado nada mal. El hombre es un paquete completo y sería tonta si lo dejara ir sin mirar atrás, como hago a veces.

Teresa y Ágata pueden solucionar solas sus problemas unas cuantas horas más. El mundo no se va a acabar, sin importar lo que ellas opinen al respecto.

17



Teresa

Creo que me va a dar algo.

Ian y Ágata ya me han contado lo de Duncan y, conociéndolos a él y a su mujer, ahora mismo deben de estar haciendo planes sobre cómo librarse de tener que pagarme los diez millones. Hablando con sus abogados y gestores; revisando el contrato prematrimonial que nos obligaron a firmar a Ian y a mí; buscando lagunas.

Viendo cómo pueden volverlo a su favor.

Lo único bueno es que ahora Duncan, al menos, sabe que Ian es infiel y que ello le obligaría a pagarme, aunque fuese parte de la compensación que acordamos, separación de bienes aparte.

¿Lo malo? Que esta gente siempre se sale con la suya, y que el contrato, que yo he revisado mil y una veces hasta cansarme la vista, especifica que las pruebas de infidelidad deben ser «comprobables», «fiables» y «explícitas».

Lo suficientemente explícitas como para que se vean obligados a pagarme. Como para que no puedan negarlo ni puedan escaquearse con medias verdades, demagogia y lagunas legales.

Y eso es algo muy difícil, porque al fin y al cabo un contrato es algo que debe interpretar un juez. Y la familia MacFarlane-Estévez es amiga de muchos jueces.

—Vale. —Aspiro una bocanada de aire, imitando el método que Ágata tiene para calmarse a sí misma en situaciones de estrés.

A ella parece funcionarle.

—Te daré el apartamento de Marqués de Dos Aguas si se niegan a pagarte. Y la casa del lago Como —me dice Ian en tono conciliatorio.

Y me hace sentir culpable. Porque una cosa es sacarles dinero a sus padres, que ni siquiera parpadean al gastarse veinte millones en una mansión en Los Hamptons o al pagar cincuenta millones de euros renovando su viejo castillo en las Highlands escocesas, y otra es sacarle dinero al bueno de Ian que, aunque tiene de sobra, está muy controlado por dichos padres. Y que lo estará más si se divorcia, sabiendo lo prejuiciosos y chapados a la antigua que son, tanto ellos como la abuela Agustina. Nunca le perdonarían un divorcio. Hasta dejaron de hablarle a su tío

cuando comunicó que iba a divorciarse de su esposa, que le había puesto los cuernos con varios mientras él estaba de viaje y se había quedado embarazada de otro hombre.

—Y además todavía te quedan tres mil al mes, según el acuerdo de divorcio.

Sí, es verdad. Pero después de haber vivido teniendo acceso a mucho más que eso, tres mil se me hace poco. Por ridículo que sea.

Ian está, como siempre, siendo muy generoso con su dinero.

Pero yo no quiero *su* dinero, quiero los diez millones que sus padres escribieron en una cláusula que me pertenecerían si su hijo me ponía los cuernos. Por muy hipócrita que sea eso.

Lo de la hipocresía me da igual. Puedo vivir siendo una hipócrita, pero prefiero no hacerlo si no puedo comprarme un bolso de alta costura si me sale de los ovarios o viajar a donde me dé la gana y cuando me dé la gana y quedarme en hoteles o apartamentos de lujo.

Me da igual que la gran mayoría de la gente considere que un divorcio como el que propone Ian sería un regalo del cielo, especialmente dado que yo empecé sin nada.

No voy a conformarme solo con eso si puedo aspirar a más, aunque ello me convierta en una zorra interesada. Si soy una zorra interesada, al menos planeo sacar provecho de esa cualidad al máximo.

—Lo siento, Tere. Ni siquiera nos habíamos dado cuenta de que Duncan estaba allí —se disculpa por enésima vez con cara contrita.

Ni siquiera llama a su padre «papá» con frecuencia, cosa que siempre me ha resultado curiosa. De normal, lo llama «señor», «padre» o «sir», y Duncan está muy a gusto con eso.

—Lo siento muchísimo, es culpa nuestra. Hemos estropeado El Plan.

Las palabras de Ágata me producen un pinchazo de culpa y vergüenza mucho mayor que las de Ian. Porque una cosa es que Ian me ofrezca dinero, y otra muy diferente es que la mujer a la que quiero como a una hermana se sienta avergonzada y culpable de algo que no es su culpa cuando, en primer lugar, soy yo la que la ha metido en esto.

Ágata es demasiado buena para su propio bien.

—No es culpa tuya —le digo—. Vuestra —me corrijo—. Aunque, si soy honesta, hubiera preferido que no fuerais tan evidentes tan pronto. Simplemente tengo que pensar en qué hacer ahora.

Podríais haber tenido un poco de cuidado, leñes, pienso para mí misma.

Ian se recuesta en el cabecero de la cama. Nos hemos reunido en la habitación que comparte con Ágata y están ambos sentados en la cama mientras yo ocupo la silla del escritorio.

—Tal vez no debamos hacer nada. Ahora ya sabe lo nuestro, así que tendrá que pagar sí o sí —reflexiona mi futuro exesposo, pero ambos sabemos cómo son sus padres—. Si no lo hace, y vais a juicio, yo mismo testificaré en su contra.

Y, si lo hace, sus padres le harán la vida imposible el resto de sus días. Que lo deshereden sería el menor de sus problemas.

Además, no van a soltar un duro si encuentran la manera de evitarlo, aunque tengan que mentir para ello. Sus palabras son más para beneficio de la pobre Ágata, que está muy estresada por todo esto, que nada más. Hasta serían capaces de desprestigiar públicamente a su hijo por venganza. Así es como son.

Tenemos que andar con pies de plomo en esto. Es una situación delicada.

Mi móvil elige este momento para sonar, indicándome que tengo un mensaje de WhatsApp. Es, cómo no, de Nerea, que al fin se ha dignado a contestar y que lo ha hecho a través del grupo, noto, ya que el móvil de Ágata, que todavía está en la mesita donde se lo ha dejado hace horas, también suena.

Pongo la nota de voz en manos libres y suelto un resoplido mientras la escucho. Al menos sus palabras han animado a Ágata, a la que se la ve un poco menos pálida.

El que Duncan se haya atrevido a tratarla así me hace querer despedazarle. No han dicho mucho, ella e Ian, pero puedo intuirlo dada la manera en la que se comportan.

Aprieto el móvil en las manos hasta que los delgados lados de la carcasa se me clavan en las palmas, dejando marcas de un rojo furioso sobre la piel.

Tengo la mente a mil por hora, pero soy incapaz de concentrarme.

—Sí que ha sido rápida —comenta Ian, elevando las cejas cuando la nota acaba y la voz de Nerea se corta.

—Nerea es una experta en el ligue exprés —sonríe Ágata con la cabeza apoyada sobre su hombro.

—¿Y eso de que se ha enamorado? —inquiere Ian.

Ágata y yo nos miramos y nos encogemos de hombros. Sucede con frecuencia.

—Es Nerea —dice ella a modo de explicación.

Y lo es. Nerea es inexplicable e impredecible, como los desastres naturales. Y también lo es la manera en la que se enamora: tan rápida y súbita como un volcán, e igual de explosiva, cambiándolo todo de manera permanente en su vida y en la de los que la rodean.

Así es ella.

Espero que esta vez sea un buen hombre. Su último enamoramiento era con un capullo que le sacó dinero hasta de donde no tenía y la dejó de deudas y malas experiencias hasta el cuello.

Tendré que ocuparme de investigarlo un poco, una vez haya lidiado con mis propios problemas, y asegurarme de que él es lo suficientemente bueno para ella. Ya veremos.

—Muy bien. Pensemos en posibles acciones que tus padres pueden tomar, Ian. ¿Crees que

habrán llamado ya a sus abogados? —Me centro en el tema que nos ocupa, dejando lo de Nerea para otra ocasión.

—Puedes contar con ello. Seguramente lo estén hablando ahora mismo, si es que pueden librarse de la abuela Agustina el tiempo suficiente.

Algo de lo que dice hace *clic* en mi mente.

La abuela Agustina. La matriarca que controla las finanzas del lado maternal, y que es todavía más obcecada en cuanto a mantener las apariencias en un matrimonio que Duncan y Núria. La mujer que desheredó a una de sus propias hijas cuando ésta se divorció de su marido hace tres años y les dijo a sus nietas que o se iban a vivir con ella, su abuela, o las desheredaba a ellas también si se ponían del lado de su madre.

La mujer cuya fortuna puede compararse fácilmente a la de Duncan MacFarlane.

—Ian… —El pensamiento es una semilla en mi cabeza, pero es una semilla que va creciendo y cogiendo fuerza—. Escucha, ¿cuánto crees que pagaría tu abuela por evitar un escándalo?

El Plan, pienso cuando miro la cara de sorpresa de mi futuro exmarido, *acaba de cambiar ligeramente*.

Ahora solo falta saber si va a funcionar tan bien como espero que lo haga, porque todos podríamos salir beneficiados de esta situación, si lo hace.

18



Ágata

No sé qué se le ha ocurrido a Teresa, pero tiene una de esas miradas que dan miedo.

Como la que tenía cuando me contó lo del Plan suyo para hacerse con el dinero del divorcio; o la que, cuando éramos niñas, puso antes de darle tal puñetazo a Héctor el Bicho en la cara, después de que él se burlase de mi peso, que acabó rompiéndole la nariz al chico, a pesar de que él le sacaba una cabeza y era dos años mayor que nosotras y que Teresa siempre ha tenido el peso y la figura de un palillo.

—Me da un poco de miedo lo que pueda estar pensando —le confieso a Ian—. Ya la conoces.

Él parece igual de preocupado que yo.

—Sí. A mí también —asiente—. Pero no creo que…

No termina la frase, y ambos sabemos por qué no lo hace. No nos hacen falta palabras. Los dos conocemos bien a Teresa.

«No creo que debamos preocuparnos» no es realista cuando se trata de Teresa con un plan. Ni tampoco lo es «no creo que haga algo extremo» ni «no creo que nos meta en líos», porque Teresa con un plan y una meta es imparable.

Hasta me da un poco de pena la familia de Ian.

Bueno, no realmente; mientras a él no lo implique ni haga algo extremo, la verdad es que ahora mismo la familia de Ian —aunque el pensamiento me produzca un pinchacito de culpabilidad— me da un poco igual.

Después de cómo me he sentido bajo la mirada llena de desprecio de Duncan, quizá sí que se merecen un poco de Teresa en toda su furiosa y calculadora gloria. A ellos no les dolerá mucho. Quizá un pico de ese dinero que usan para hacer daño a los demás con demasiada frecuencia, sea quien sea su víctima, y ya está.

—Es tarde. ¿Te apetece comer algo fuera? —me pregunta Ian, recostado a mi lado en la cama. Teresa se ha ido hace unos minutos y estamos solos de nuevo.

A qué, no he querido saberlo y ella no ha dicho ni *mu*.

Nuestro propio plan se limitaba a hablar con ella y contarle lo de Duncan para que estuviese al tanto, separarnos y que Ian pudiera ir a saludar a su familia, a la que todavía no ha visto formalmente, y juntarnos luego para hablar y estar juntos. Quizá comer algo yo si Ian no se quedaba a hacerlo con ellos, dado cómo están las cosas con su padre ahora mismo. O cenar juntos, si no.

Aunque la verdad es que no me extraña que se le hayan quitado las ganas de ir a verlos. Sobre todo, cuando probablemente ello solo implicaría más discusiones y más análisis de su vida privada y más malos rollos con sus padres.

Pero son su familia, e incluso su abuela está aquí, y, por mucho que me pese, no creo que debamos ignorarlos todo el día. Su padre puede haberse comportado de manera autoritaria, controladora e inflexible, pero su madre, su abuela y sus tíos no han hecho nada malo.

Por ahora.

Estoy bastante preocupada de que lo hagan.

—Entonces, ¿saludas a tu madre y a tu abuela y eso, y nos reunimos luego para comer juntos, si quieres?

—Vale. No tardaré.

Se levanta de la cama, pero no parece muy contento por tener que irse, aunque sea solo un rato, y yo me muerdo los labios para no besarlo, porque el que quiera quedarse aquí conmigo me hace feliz por muy tonto que ello sea.

—¿Te veo luego? —pregunta cuando se inclina para darme un beso que se convierte en dos y luego en tres, y que tengo que parar antes de que fácilmente se convierta en algo que nos haga entretenernos durante un buen rato, por mucho que me pese hacerlo.

—Tendré el móvil encendido, ¿vale? —le digo sin aliento mientras me muerde y lame el cuello—. Llámame cuando acabes. Y si te dicen algo…

—Tranquila —me calma, elevando la cabeza para besarme de nuevo en los labios—. No dejaré que digan nada y, si lo hacen, pienso maldecirlos hasta en gaélico antiguo, que para eso lo estudié.

Me río a pesar de que sé que lo dice muy en serio. Tal vez por la seriedad con la que lo hace.

—Te quiero. —Le abrazo—. No te enfades mucho con ellos, ya sabes cómo son y, en cierto modo, entiendo el enfado de tu padre…

Él resopla y murmura contra mi clavícula que por eso precisamente se enfada con ellos, y que yo soy demasiado suave y que me quiere por ello, pero que su familia no se va a salir con la suya por mucha pena que a mí me den y, de manera evidentemente reluctante, se levanta, se arregla la ropa y se detiene frente a la puerta con la mano en el pomo antes de salir.

—Pide algo al servicio de habitaciones o ve a comer a un restaurante o algo si no vengo

en una hora. Pero no te quedes sin comer nada, ¿vale?

—Entendido, comandante —bromeo, llevándome la mano a la sien en un saludo militar, y él me sonríe, pero me repite que coma algo antes de salir de la habitación con el móvil en la mano.

Una vez estoy sola, me echo a llorar como si hubiese estallado algo dentro de mí. Del estrés. O de lo de Duncan. O de lo mal que me siento, como si realmente fuera tan zorra como Duncan cree que, con cierta razón, aunque no la tenga, soy. O de todo un poco. No sé.

El caso es que me pilla por sorpresa, porque no me esperaba el llanto, pero aquí está, y no se va hasta que la garganta me arde y los ojos me escuecen y tengo que lavarme la cara con agua fría en la pila del baño porque está roja e hinchada.

Cuando se me ha pasado un poco, entre hipidos, me siento de nuevo en la cama y respiro hondo para calmarme.

La verdad es que ahora me siento mejor. Bastante mejor.

Quizá solo necesitaba dejar salir un poco todo este estrés acumulado.

Justo cuando estoy a punto de coger el teléfono para llamar al servicio de habitaciones y pedir algo de comida, al ver que Ian no llega y que mi estómago está protestando, alguien llama a mi puerta.

Pensando que debe de ser Teresa, o quizá Nerea o Ian, me levanto y la abro sin más. Tonta de mí. Y me encuentro cara a cara con una mujer que reconozco a primera vista, a pesar de que apenas nos hemos visto.

—¿Eres Ágata? —me pregunta la madre de Ian, y añade antes de que pueda responder, como si ya supiera quién soy y solo hubiese preguntado por educación—: Soy Núria, la madre de Ian. ¿Puedo pasar?

Como una zombi, me aparto de la puerta mientras la alta y curvilínea mujer entra en la habitación como una reina y se sienta en la silla que había ocupado Teresa una hora antes.

Y entonces, como si no fuera ya suficientemente malo, abre su perfecta boca perfectamente pintada y dice:

—Me gustaría hablar contigo sobre la relación que mantienes con mi hijo.

19



Nerea

—Esto es excitante —afirmo en tono entusiasta y nervioso—. ¿Seguro que quieres? Es decir, no tienes que sentirte obligado a ello ni nada, solo porque te he dicho que una de mis fantasías es hacerlo en un ascensor. Ya sé que es un poco tonto.

—Tú has cumplido mi fantasía de hacerlo en una terraza, ahora me toca a mí cumplir la tuya —me responde él, presionando el botón de «stop» en el ascensor de cristal del hotel y arrinconándome contra la pared con una sonrisa depredadora.

Dios, cómo lo adoro. De verdad que es mi hombre ideal.

Quién me iba a decir a mí que encontraría a un dios del sexo escocés en Benidorm.

Esto es increíble. El mejor día de mi vida.

—Vale —accedo rápidamente sin presentar ni siquiera un poquito de resistencia—, pero espera, ponme la pierna así —le indico, apoyándome sobre la barandilla de la pared de cristal y guiando su mano para que me coja del muslo y me ayude a mantener la pierna en alto—, para que pueda verte reflejado en el espejo del techo y en el del panel lateral de ahí —le explico, señalando hacia esos puntos.

Miro hacia arriba y, bingo, ahí está su espalda en toda su gloria desnuda, con la bata del baño abierta y arrugada en sus codos por mis manos, codiciosas por el tacto de su piel. Y, si me giro, puedo ver cómo me penetra a través del espejo lateral.

—Me vas a volver loco —gruñe Devon, y luego maldice en lo que creo que es gaélico y echa la bata de baño al suelo cuando le molesta a la hora de maniobrar, quedándose desnudo entre mis piernas y abriendo las mías para poder poner su boca sobre mis pechos mientras me penetra con mayor comodidad.

Sexo en un ascensor de cristal con espejo en el techo incluido. Estoy más acalorada que nunca y eso que todavía estamos empezando.

Solo espero que no nos pillen, aunque la idea añade un deje de trepidación a la situación.

Me encojo de hombros mentalmente, cada una tiene sus fetiches, y yo ahora mismo estoy en el cielo mientras cumplo uno de los míos. Literal y metafóricamente, dado que estamos parados en la planta veinticuatro.

—Sí. Sí. Ahí. —Lo agarro de las nalgas mientras miro cómo se mueve en el espejo. Dios, qué hombre tan *sexy*. Los músculos de su espalda y de su culo se mueven de una manera hipnotizadora—. Más rápido.

Él obedece, y yo gimo y echo la cabeza atrás, disfrutando al máximo, y entonces el ascensor empieza a moverse y nos sobresalta, haciendo que paremos.

Estaba a punto, ¡a punto! Joder, quien quiera que haya llamado podría haberse esperado solo un minuto más.

—Espera, que le doy al botón de *stop* de nuevo —me dice Devon, jadeando, y alarga uno de sus brazos y le da, y el ascensor se para otra vez, así que lo agarro de nuevo y lo beso mientras la danza empieza de nuevo.

Y, justo cuando alcanzo esa codiciada cima, las puertas se abren de par en par. *Uuups*.

Abro los ojos, todavía sintiendo los impulsos eléctricos del orgasmo sacudiéndome una última vez, para encontrarme cara a cara con una señora que debe de tener al menos noventa años llevándose la mano al pecho, con los ojos como platos y las cejas pintadas tan elevadas que tocan la raíz de su pelo rizado.

Y la pobre mujer cae al suelo con todo el dramatismo de un actor de teatro. Solo que lo suyo parece real. Preocupantemente real. Y además los guardias de seguridad están girando por la esquina del pasillo.

Oh, joder.

Es entonces cuando recuerdo que estos sitios suelen tener cámaras y que deben de habernos grabado.

Otra vez: *uuups*.

—¡Ay, madre! ¡Que le ha dado un ataque al corazón a la pobre mujer!

Devon, que ha llegado a su cima y no se ha dado ni cuenta del marrón en que nos hemos metido por tener un poco de diversión excitante, tan ido de placer como estaba, se gira para mirar por encima de su hombro a la señora mientras jadea y tiembla entre mis brazos, saliendo de su propio orgasmo.

Y la cara se le pone más blanca que la leche.

—Agustina —murmura horrorizado al verla, como si la conociera—. *Shit, God. We've killed her. Fuck! My brother is going to be so mad at me…*

No sé qué es lo que ha dicho más allá del «fuck» y el «God» que reconozco por ser algo así como universales. Mi inglés no es tan bueno como el de Tere o Ágata.

Pero me da a mí que puedo intuirlo.

—Mierda. Que nos la hemos cargado. Jooooder.

Y todo por un poquito de diversión.

Malditas velas negras.

20



Ian

Mi madre y mi abuela no están por ninguna parte. Mi tío Devon tampoco. Y la tía María, la otra hija de mi abuela —y una de las dos a las que Agustina no ha desheredado aún—, está en su habitación durmiendo por el *jet lag*, ya que se ha venido desde Australia y no se lleva bien con los aviones.

Lo que significa que mi padre y yo estamos solos en una mesa en la que debería haber habido al menos seis personas este año.

Y no podría ser más incómodo.

—Hijo…

—Si vas a decirme que deje a Ágata otra vez, ahórratelo.

Él hace una mueca, y yo apuñalo mi ensalada con el tenedor, pero suelto el utensilio con el ceño fruncido y me levanto con intención de irme. Llevamos media hora esperando y está claro que no van a venir, y además echo de menos a Ágata y no quiero dejarla sola después de lo de mi padre.

—Dile a la mamá que la saludaré luego.

—Ian, espera —me pide Duncan con urgencia—. ¿Podemos hablar?

—Si vas a…

—Te prometo que no diré nada malo sobre tu… amiga —me interrumpe él, haciendo una mueca de tirria al hablar de Ágata—. Por favor, siéntate y hablemos.

—Muy bien. Hablemos. —Tomo asiento a regañadientes, sabiendo que a la primera palabra mezquina que diga sobre Ágata me largaré o acabaré discutiendo con él y con su manía de entrometerse en mi vida privada.

—Tu madre y yo hemos hablado —me suelta, y ello me hace rechinar los dientes de la frustración porque, sin importar lo mucho que crezca y lo adulto que sea, esas palabras nunca me traerán buenos recuerdos o buenos momentos—. Y hemos decidido que…

Pero nunca llego a saber lo que iba a decirme, porque un empleado con cara de preocupación entra a toda prisa en el reservado del restaurante, interrumpiéndonos.

—Señor MacFarlane, acaban de decirme que la señora Agustina va a ser llevada al hospital —comunica con urgencia—. Al parecer, ha tenido un ataque al corazón.

Mientras corremos hacia el *hall*, donde mi abuela está siendo subida a una ambulancia, no dejo de pensar en que las palabras de mi padre suenan particularmente ominosas.

Ágata no me responde al móvil cuando la llamo.

21



Ágata

No sé lo que me esperaba de la madre de Ian, pero que ella me ofreciera un caramelo de menta con una sonrisa no estaba entre mis expectativas.

—Te recuerdo de la boda de Ian y Teresa —me comenta mientras chupamos sus caramelos, y sé que lo de mencionar la boda y a mi amiga en una sola frase es algo que está haciendo a propósito, porque ni siquiera Teresa tiene una mirada tan fría cuando alguien le ha agotado la paciencia—. Estabas muy guapa, por cierto. —Si lo dijera con mayor frialdad, congelaría hasta la sangre de mis venas con su aliento.

—Gracias —respondo yo, ignorando la pulla de su primer comentario—. Usted también.

Cualquiera que vea a esta mujer paseando por la calle no adivinaría que es más rica que la reina de Inglaterra. Tiene el pelo despeinado y desarreglado, lleva un vestido de colores brillantes que seguramente es más caro que mi casa, pero que no lo parece, y completa el *look* con unas chanclas que reconozco del Zara, porque yo también las tengo.

Y aun así parece elegante y chic.

—No, no. Nada de «usted». Llámame Núria, por favor.

Trago saliva mentolada y asiento, intentando no atragantarme. Odio el sabor a menta, pero no iba a decirle que no a la mujer.

A veces los comentarios de Teresa y Nerea sobre mi inhabilidad para decir «no» cuando debería hacerlo me vienen a la cabeza. Sobre todo, en momentos como este, donde lo que más me gustaría es decirle a Núria que se largase y me dejase sola, porque solo está aumentando mi ansiedad.

Quiero decirle que no quiero, ni voy a tolerar, que me insulten y hagan suposiciones sobre mí dos veces en un mismo día.

Con una ya he tenido bastante.

—Imagino que vienes a hablarme de tu hijo —le digo, harta de la cháchara inane y odiando esa ansiosa sensación de aguardo que me produce su presencia aquí, como si estuviera esperando a que caiga el hacha de su veredicto sobre mi nuca.

—Eres muy directa —se ríe ella, pero sus ojos están llenos de desprecio—. Eso me gusta. —Se traga el caramelo y se acerca el bolso, rojo y con un enorme «VERSACE» en metal dorado en el frente, hacia ella, tras haberlo dejado sobre el escritorio al entrar—. Pues, ya que tú eres honesta, Ágata, yo también voy a serlo —me anuncia, abriendo su bolso y extrayendo un trozo de papel, que me tiende con esa sonrisa falsa todavía en los labios, pintados de rojo—. Ten. Coge esto.

Oh, Dios, me horrorizo. *Espero que no sea dinero.*

Ojalá no sea dinero.

Es dinero, veo cuando abro el papel y me encuentro cara a cara con una cifra astronómica.

¿Pero quién se ha creído esta gente que es? ¿La familia antagonista de una telenovela mexicana? Esto es ridículo. Ya sé que son dinero viejo, pero no creo que mentalmente vivan en el mismo siglo que el resto del mundo. ¿De verdad estas cosas suceden hoy en día?

Tragándome las ganas de gritarle que se vaya a tomar por saco, entre otras muchas cosas que quiero decirle a esta señora de sonrisilla sociópata, le tiendo el papel de vuelta con la ira cada vez más intensa rabiando en mis venas y sintiéndome avergonzada, una vez más, de cómo me pintan mis acciones y sus miradas. Yo no soy así. Yo no soy esa mujer que creen que soy. Y nunca he querido serlo. Pero aquí estoy, siéndolo.

Las manos me tiemblan ligeramente, pero si ella sabe que es de indignación o imagina que es por el dinero, no lo sé ni me importa.

La quiero fuera de aquí ya. Madre de Ian o no. Ya basta.

Soy una persona muy tolerante y me gusta llevarme bien con todo el mundo, pero hasta yo tengo mis límites y mis días malos. Y este es a la vez un día malo y un día en el que se han cruzado muchos de mis límites.

Demasiados.

—Si la cifra te parece poco…

—Por favor, váyase —le pido, perdiendo la paciencia.

Ella alza las cejas como si fuese yo la que estuviese siendo maleducada y ella fuese la víctima de mi mal genio, y no al revés.

Esta mujer y yo no nos vamos a llevar bien.

Yo no soy Teresa, que puede fingir que alguien le gusta y poner una sonrisa en la cara cuando le interesa; o Nerea, que pasa de todo y todos y se ríe de la vida y del mundo.

Soy demasiado honesta con mis emociones y reacciones, y no me gustan los manipuladores ni los maliciosos ni la gente que hace del mundo un lugar menos amable y lleno de prejuicios, y esta mujer me está demostrando que cumple con todas esas categorías ahora mismo, por mucho que crea que soy una especie de mujer traicionera. Como su marido, se está pasando.

—Me temo que estás mal enterada, cariño. Verás, este es *mi* hotel —me responde con chulería y con esa constante sonrisilla de superioridad, que me hace querer borrársela de la cara con un bofetón, todavía presente.

Nunca he tenido tantas ganas de ponerme histérica como ahora.

—Entonces me iré yo, una vez haya recogido mis cosas. Pero ahora mismo esta es mi habitación, y usted sobra. Su presencia no es bienvenida. —Le señalo la puerta, sintiéndome tan fría por dentro como un invierno del Polo Norte.

—Como quieras —dice, suspirando y levantándose, y me mira como si yo fuese una niña maleducada e irrazonable en mitad de una rabieta—. Esperaba que pudiéramos llegar a un acuerdo, pero veo que ya has decidido que mi hijo es más valioso que cualquier dinero que podamos ofrecerte. O, más bien, nuestro bolsillo, ¿no?

—En parte de eso tiene razón. —Me tiemblan las manos de la rabia cuando le respondo —. Ian es mucho más valioso para mí que lo que usted pueda llegar a ofrecerme, aunque no de la manera en la que usted se cree.

Ella hace una mueca de desprecio al mirarme.

—Supongo que su herencia te resulta atractiva. Pero no te hagas ideas falsas, cariño, si tenemos que cortarle el grifo hasta que atienda a razones, eso haremos, aunque tenga que ver a mi hijo pasarlo mal, y ello me duela —replica, altiva y orgullosa y amenazando con manipular a su hijo con dinero como si eso no fuera nada para ella—. Y no creo que tarde en cansarse de ti, visto lo visto. —Hace una mueca burlona cuando me mira de arriba abajo.

Y, en estos momentos, comprendo de repente por qué Ian apenas habla de su familia y rara vez los ve, a no ser que se vea obligado a ello. Por qué habla de sus padres con esa distancia y con esa frialdad, como si fueran conocidos por los que tiene sentimientos encontrados, en vez de familiares y cariñosos.

Si es así como tratan a la gente, y como lo tratan a él, no me extraña.

—Es usted una persona horrible —le digo, tan furiosa y asqueada que mi piel parece de papel de lo pálida que estoy.

Ella suelta un bufido lleno de sorpresa, como si mi insulto la divirtiera.

—Cariño…

—No me llame *cariño*. Y menos en ese tono.

La mujer suspira dramáticamente, como si estuviese cansada de intentar hacer entrar en razón a una niña, y yo aprieto los puños sobre mis muslos y me obligo a estarme quieta.

Me obligo a no decirle que no se merece a un hijo tan dulce, tan bueno y tan honesto como Ian. Que no sé cómo ha salido él así de bien, teniendo la familia que tiene, tan retorcida.

—Muy bien, *Ágata* —pronuncia mi nombre con retintín—. Déjame aclararte una cosa. — Se coloca el bolso sobre el antebrazo y me sonríe con falsa cordialidad—. Aquí la que ha traicionado a una amiga y familiar y se ha acostado con su marido eres tú, no yo. Así que a ver a

quién te crees que estás llamando horrible con esa boca tuya, *bonita* —se burla con evidente desprecio de mi aspecto físico—. Que sepas que lo que tienes de guarra te falta en educación.

Me digo a mí misma que esta señora no sabe nada sobre el tipo de matrimonio que tiene su hijo. Que Teresa es la que me ha motivado para que me acueste con Ian y que no es ninguna víctima. Que esa palabra dudo que se pueda aplicar a una persona con la personalidad de mi prima.

Y que lo que dice Núria sobre mí no es cierto.

Pero, aun así, tengo ganas de llorar porque, aunque no sea cierto, a sus ojos sí que lo es. A ojos de cualquiera que no nos conozca, sí lo será. Y yo lo sabía en teoría y me había dicho a mí misma que no iba a importar, pero sí que me importa.

Me importa mucho.

Me importa que los padres de Ian crean eso de mí. Y me importa no poder decirles la verdad sin acabar con los planes de Teresa y que, aunque lo hiciera, probablemente no me creerían porque, a sus ojos, yo soy la cerda que se acuesta con el marido de su prima y mejor amiga, de la que fue dama de honor en la boda.

—Usted no sabe nada de mí. —Es un intento de defenderme patético, por muy cierto que sea, y lo sé, pero no sé qué más decir. Me cuesta muchísimo respirar.

Me siento atrapada en esta situación. Y furiosa, muy furiosa.

Furiosa conmigo misma y con Ian, con Teresa y con la familia de Ian, también. Con todos y con el mundo. Pero, sobre todo, conmigo misma.

Seré tonta… ¿Qué me esperaba, que todo fuera de color de rosa? ¿Cuántas veces me ha advertido Teresa, con sus muchas historias, sobre la familia de Ian? Decenas, al menos.

—Sé lo suficiente —responde ella, segura de sí misma—. Y no te preocupes, que no volveremos a ofrecerte dinero. Tú no vales nada, al fin y al cabo. No eres más que una puta barata de la que al final se cansará.

La mujer se gira para irse, y yo salto antes de darme cuenta de lo que estoy haciendo y la agarro del brazo con una fuerza de la que no me creía capaz.

—Amo a su hijo —le digo con rabia—. Lo amo más de lo que usted pueda llegar a entender. Y él, milagrosamente, me ama a mí también.

Ella se suelta con un movimiento airado y me mira con aborrecimiento, pero a mí me da igual. O eso me digo, aunque duela.

—Y puede que sea barata, pero ni soy puta ni soy una traidora. Y pretendo quedarme con él mientras él me quiera a su lado, señora, así que acostúmbrese a mi presencia en la vida de su hijo, porque no voy a irme.

—Eso ya lo veremos.

—Sí que lo verá, sí —le replico en tono firme, a pesar de que las manos me tiemblan y de

que la garganta se me cierra, dando un paso atrás y alejándome de ella, porque la veo capaz de darme un sonoro tortazo ahora mismo y no quiero que nos pongamos violentas. Odio la violencia.

Ella se va, al fin, y el móvil me suena y veo en la pantalla que es Ian, pero tardo un rato en contestar porque estoy hiperventilando y al mismo tiempo me siento ridícula por tomarme tan a pecho las amenazas de su madre y lo que ella y su marido puedan creer de mí, pero no puedo evitarlo.

Son su familia. Una parte importante de su vida, aunque él no se lleve muy bien con ellos. Y hubiera preferido no tener una relación venenosa con ellos, pero las cosas no siempre salen como queremos.

—¿Ágata? ¿Pasa algo?

No sé si contarle lo de su madre o no. No tenemos secretos el uno con el otro, pero no sé cómo decírselo.

«Oh, y, por cierto, tu madre me ha ofrecido cinco millones de euros para que te deje y luego me ha llamado guarra, traidora y barata, ¿cómo ha ido tu día?». Casi me dan ganas de reírme con histerismo al pensarlo.

—Tranquilo, estoy bien —miento, y sé por el silencio que viene del otro lado de la línea que él sabe que estoy mintiendo—. ¿Vas a venir ya? ¿Cómo te ha ido?

Tengo tantas ganas de verle. Y de abrazarlo. Y de asegurarme de que realmente se va a quedar conmigo, diga lo que diga su familia.

—Estoy en el *hall* de entrada. Mi abuela ha tenido un ataque al corazón. O eso creemos, no lo sé muy bien.

El día va de mal el peor.

—Oh, Dios, cariño. Lo siento tanto…

—Gracias, pero no sé yo si es real o no todavía. Ya nos lo dirán los médicos —me responde él—. Sospecho que es otro de sus ataques dramáticos y que está fingiendo. Ya lo ha hecho seis veces en los últimos dos años, cuando sus manipulaciones no le salían bien. La última vez, para intentar convencer a su hija de que no se divorciara, fingió que tenía cáncer, aunque luego se descubrió la verdad.

Lo que me dice me coge tanto por sorpresa que no sé qué responderle.

—Quizá mi padre le haya dicho algo de lo nuestro y haya decidido intentar salirse con la suya haciéndome sentir culpable, como también lo intentó cuando le dije que me iba a casar con Teresa y no con una de sus candidatas. Entonces le dieron dos de sus «ataques», hasta que se resignó a ello cuando vio que la ignoraba. Imagino que ahora hará lo mismo.

—Vaya. —De verdad que me ha dejado sin palabras, esta familia suya cada vez me sorprende más. No me los imaginaba así—. ¿Quieres que baje para estar contigo?

Encontrarme cara a cara con su familia no me hace ninguna gracia, pero no quiero dejarlo

solo en un momento así, aunque lo del ataque al final resulte ser como él dice. La anciana tiene más de noventa años, podría ser real esta vez.

—No te preocupes, tú descansa. Mi padre y yo nos vamos al hospital con ella —me informa—. Creo que volveré esta noche para cenar, a más tardar. ¿Estarás bien?

—Sí —le respondo, y trago saliva para que no me tiemble la voz al recordar las palabras de su madre, tan recientes y tan venenosas—. Nos vemos esta noche, ¿vale? Llámame si necesitas cualquier cosa.

—¿Seguro que estás bien? —se preocupa él—. ¿Quieres que suba? Mi padre puede ir solo al hospital con ella y puedo llamarle para ver qué tal van las cosas. O ir yo luego.

—Seguro. Hablamos cuando vuelvas —le insisto, y dudo antes de decirle lo siguiente, pero es que soy pésima guardando secretos o información—: Tu madre me ha hecho una visita.

Ian empieza a maldecir, mezclando gaélico, inglés y español con tanta ira, que me arrepiento de manera inmediata de habérselo dicho.

—¿Estás bien? ¿Te ha dicho algo?

—Hemos discutido y le he dicho que se vaya de mi habitación, pero me ha respondido que el hotel es suyo y que soy yo la que tiene que irse —le confieso—. Así que creo que voy a tener que cambiarme de hotel.

Ian maldice de nuevo, furioso como nunca antes.

—Voy a decirle a mi padre que vaya él con Agustina al hospital y subo, ¿vale? Nos vemos ahora y lo hablamos.

—No. No —me apresuro yo a decirle, arrepintiéndome de habérselo contado—. Tú ve con tu abuela y nos vemos luego. En serio, no pasa nada. Estoy bien. Es solo que me ha cogido por sorpresa.

—Sí que pasa —gruñe él—. Se están pasando. Y mucho. Sabía que tendrían una rabieta, pero no esperaba que se comportaran así contigo.

—Ian…

—¿Nerea? —pregunta él en tono sobresaltado, deteniendo su retahíla de maldiciones.

—¿Qué? Ian, ¿está Nerea ahí?

—¿Tío Devon? ¿Pero qué cojones…?

—¿Ian? ¿Qué es lo que ocurre? —Me he perdido—. ¿Has visto a Nerea? ¿Le pasa algo?

—Cariño, escucha —me dice a toda prisa—, te llamo en cuanto pueda, ¿de acuerdo? Te quiero. Y no hagas caso a mis padres o a lo de mi abuela. Son gilipollas y no vale la pena preocuparse por ellos, te lo prometo.

—Ian, espera, ¿qué…?

—Te quiero mucho. Ahora te llamo —me repite. Y entonces me cuelga.

¿Pero qué leñes está ocurriendo? Este día es el más raro que he vivido en mis veintinueve años de vida.

Cogiendo mis cosas, me armo de valor y salgo de la habitación en dirección al *hall* del hotel.

Es hora de averiguar qué está pasando aquí.

22



Nerea

Todo el mundo está siendo de lo más dramático.

Ni que fuera un episodio de las Kardashian, oye. Que ni somos los primeros en tener sexo en un ascensor ni seremos los últimos.

Me siento fatal por lo de la pobre ancianita, pero, vamos, que tiene noventa años la señora y que seguro que ha visto, o hecho, cosas peores en sus días mozos.

No es como para tener un ataque.

Mis pensamientos me hacen sentir fatal, pero no puedo evitarlo. No hemos hecho nada malo. Lo del ataque al corazón no ha sido intencionado de nuestra parte, a pesar de que nos estén tratando como si fuéramos los malos de una peli de James Bond.

De verdad, pobrecilla. Siento mucha pena por ella.

—¡Ey, Ey! Que no hace falta ponerse agresivo, ¿vale? —le grito al guardia de seguridad del hotel, que me grita que me siente de nuevo a esperar a la policía cuando intento levantarme para ir al baño.

Menudo energúmeno. Los dos guardias lo son.

Devon, a mi lado, parece a la vez lívido de la preocupación y atónito por haber sido pillados *in fraganti*. Al parecer, conoce a la ancianita afectada, que es la suegra de su hermano o algo así, según he podido entender que me decía en medio de la algarabía que se ha montado mientras nos detenían.

Estamos sentados en un rincón del vestíbulo, alejados de ojos curiosos por los guardias de seguridad del hotel, y todavía vestidos con nuestras batas de baño y nada más.

—¿Nerea? —pregunta una voz que reconozco, haciendo que me gire a mirar a su dueño.

—¡¿Ian?! ¡Hola! ¿Qué tal todo?

—¿Tío Devon? ¿Pero qué cojones…?

Ian se nos queda mirando como si no entendiese nada, y de repente me doy cuenta de que ha dicho «tío Devon» y de que la verdad es que mi nuevo amor y él se parecen un poco. La coloración es diferente, ya que Ian tiene el pelo mucho más claro y los ojos marrón caramelo, pero tienen la misma nariz ligeramente aguileña.

—Cariño, escucha —dice por teléfono en tono urgente. Debe ser Ágata con quien está hablando, entonces, porque a Teresa no creo yo que la haya llamado «cariño» jamás—, te llamo en cuanto pueda, ¿de acuerdo? Te quiero. Y no hagas caso a mis padres o a lo de mi abuela. Son gilipollas y no vale la pena preocuparse por ellos, te lo prometo.

Así que no lo ha arreglado con su padre. Y, al parecer, su madre también se ha subido al carro del drama que es su vida.

Pobre Ágata, estará atacada. Se toma las cosas muy a pecho.

—Es Ágata, ¿verdad? ¿Cómo está? ¿No habéis aclarado aún las cosas con tu padre?

Él me ignora rudamente y, cuando Devon intenta hablar con él, ajustándose la corta bata de baño sobre los muslos con las mejillas coloradas por haber sido pillado por su sobrino, nos hace un gesto para que esperemos mientras termina la llamada.

—Te quiero mucho. Ahora te llamo —le dice a Ágata antes de colgar y girarse hacia nosotros, haciendo otro gesto a los guardias para que se aparten, cosa que hacen sin rechistar demasiado.

Aaay, qué monos son los dos tortolitos. Míralos, diciéndose te quiero en público. Si es que ya era hora, pienso para mí misma.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Por qué estáis detenidos? ¿Y qué hacéis vestidos así?

Ya empiezan las preguntas.

—Estaban teniendo relaciones en el ascensor, señor MacFarlane —responde uno de los guardias antes de que podamos hacerlo Devon o yo—. Relaciones *sexuales* —clarifica, a todas luces aguantándose la risa—. Y la señora Agustina del Rosario los ha visto, y entonces es cuando le ha dado el ataque. Estamos esperando a la policía a ver qué dicen.

Bueno, al menos el chico lo ha resumido. Aunque le haya quitado todo lo excitante a la historia contándola de esa forma tan sosa.

Ian nos mira con los ojos como platos. Yo me encojo de hombros y Devon oculta su cara entre sus manos, rojo como un tomate.

—No nos mires así, que sé que tú has hecho cosas peores, donjuán —le digo a Ian con una sonrisa y un guiño.

Él suelta un suspiro sufrido y se frota el entrecejo como si le doliera la cabeza.

—Nerea…

—¡Ey! —Se me ocurre de repente—. Tu padre es dueño del hotel, ¿no? ¿O era tu madre? Da igual. ¿Podrías decirles que nos suelten? Siento mucho lo de la señora Agustina de los Rosales y todo eso, que, por cierto, menudo nombre, pero no creo que sea como para llamar a la policía. Eso es un poco exagerado. Seguro que se pone bien pronto.

—Le ha dado un ataque al corazón, ¿cómo se va a poner bien *pronto*, señorita? —gruñe el otro guardia, mirándome como si yo fuese un alien o algo así.

Repipi.

—Pues a mí me ha parecido que estaba bien cuando ha abierto los ojos al subirla a la camilla y se ha puesto a gritarle al enfermero. —Me encojo de hombros.

—Se la están llevando al hospital, tendrá que esperar a ver qué dicen —continúa el guardia de mayor edad, cuya barba le llega casi hasta el pecho, es tozudo y entrometido.

Al menos, el más joven solo se ríe de vez en cuando al mirarnos.

—Pero no es como si hubiésemos intentado matarla o algo. Solo estábamos teniendo un poco de diversión —replico—. Y, además, ¿acaso pueden ustedes, legalmente, retenernos aquí? ¿Eh? Yo creo que no.

El guardia barbudo abre la boca para insistir, pero Ian lo interrumpe con un gesto irritado.

—Será mejor que subáis a la habitación antes de que mi padre os vea, o, peor, mi madre —nos pide a Devon y a mí.

—Pero, señor… —protesta el guardia gruñón con cara de haber chupado un limón.

—Ahora mismo —le interrumpe Ian.

Me encanta cuando se pone firme, es muy *sexy*. Aunque no sea mi tipo. Está demasiado pillado por Ágata como para serlo, y cada vez que la ve pone tal cara de tonto que me dan ganas de reírme de él ante dicha cara.

Cosa que hago con frecuencia.

—Sí, señor MacFarlane —accede el segurata a regañadientes—. Pero tendré que avisar a su padre igualmente.

—Pues hazlo, pero que no se queden aquí en medio.

Beso la mejilla de Ian sonoramente como agradecimiento al pasar y cojo la mano de Devon mientras subimos en el ascensor, ignorando las miradas de los cotillas que se han reunido en el vestíbulo para ver a qué viene tanto escándalo.

Seguro que esto en unas horas está por todo Internet, así que mantengo la cabeza bien alta y procuro poner cara de arrepentida, no sea que me acusen de que no me importa la pobre mujer. Que lo hace, pero que tampoco es que haya salido hoy el sol y yo haya decidido cargármela o algo.

Las circunstancias de la vida son imprevisibles.

Que sí, que no digo que montárnoslo en el ascensor de un hotel haya sido la mejor de las ideas, pero es que cuando te viene la inspiración mientras estás cachonda no piensas en mucho más que en lo excitante que sería cumplir una fantasía con un hombre sacado de un sueño.

No todos los días hay oportunidades como estas a mano, y yo soy de las que piensan que hay que aprovecharlas y disfrutar la vida al máximo, sin importar las consecuencias.

El problema llega cuando esas consecuencias se hacen reales y, peor, afectan a alguien más. Esa parte sí que no me gusta mucho.

Según Tere y Ágata, ese es el principal motivo por el que siempre me meto en líos: el que no pienso mucho en esas consecuencias hasta que me estallan en la cara.

En mi opinión, ellas deberían vivir más y estresarse menos. Pero nunca me hacen caso. Y así les van las cosas: siempre de los nervios por esto o por lo otro y queriendo controlarlo todo, cuando, en realidad, el control es solo una ilusión y en la vida no se puede controlar nada.

Hay que dejar que las cosas fluyan a su ritmo y que el universo te guíe.

—¿Ya te sientes mejor? —le pregunto a Devon una vez estamos dentro del ascensor, alejados de ojos curiosos.

El pobre ha estado teniendo algo así como una crisis desde que nos han pillado.

Bueno, me corrijo mentalmente, *de todos los ojos curiosos excepto los del guardia entrometido, que sigue mirándonos con indignación.*

O más bien me mira a mí así, porque a Devon parece mirarlo de arriba abajo con algo que no es precisamente odio… Ah, ya lo pillo. El barbudo tenía los ojos puestos en mi escocés y le acabamos de romper el corazón y ahora me odia por ello. Pobrecito.

En fin, cosas que pasan. Tendrá que aprender a vivir con ello. Que se busque su propio escocés buenorro, que este es mío.

—Me sabe fatal por Agustina —se lamenta Devon.

—Ah, claro. Sí. Pobrecilla. —Oigo al guardia bufar y le miro por encima del hombro, deseando que pare de una vez. Qué mal perder tiene el hombre—. Yo también lo siento mucho por la señora. Menudo susto le hemos dado. Espero que esté bien.

El guardia, que nos ha seguido dentro del ascensor con cara de malas pulgas, bufa de nuevo. Esta vez, le miro con irritación.

Será borde… Que no estoy tan falta de corazón como para no preocuparme de la pobre anciana, oye, pienso con enfado.

Es solo que no creo que yo haya hecho nada malo o que sea una mala persona por haber tenido una pequeña aventurilla en un ascensor. Y que tampoco hay que dramatizar las cosas, desesperándose en la culpabilidad y ahogándose en la autocompasión, encima de estar ya en una mala situación, empeorándola.

Devon me aprieta la mano, y ambos dejamos atrás al guardia de seguridad cuando

alcanzamos el piso de su *suite* y nos metemos en la habitación, cerrándole la puerta en la cara cuando intenta entrar.

Lo que me hace sentir muy satisfecha.

—¿Una ducha? —me pregunta mi escocés favorito, todavía con la mano en el pomo de la puerta que acaba de cerrarle al barbudo a escasos centímetros de la nariz sin miramientos.

—Creo que vamos a tener que vestirnos y todo. Una pena —suspiro con tristeza—. Con lo que me gustaba a mí la idea de tirarme el día desnuda aquí contigo.

Él suelta una carcajada al ver mi cara de tristeza, que se corta de manera instantánea con una mueca culpable, como si se avergonzara de encontrar algo divertido mientras una señora se debate entre la vida y la muerte.

—Yo también lo creo —dice, aclarándose la garganta e indicándome que vaya primero yo al baño.

—¿No nos duchamos juntos?

Él titubea, pero yo lo miro de manera expectante, mordiéndome el labio inferior, y al final cede.

Por desgracia, todavía está demasiado tenso como para tener sexo en la ducha conmigo.

Pero ya llegará el día, pienso mientras le froto esa maravillosa espalda suya con las manos llenas de jabón.

Todo a su tiempo.

23



Teresa

Núria me ha llamado justo cuando estaba a punto de llamar a Ágata y ver cómo estaba, para decirme que la abuela Agustina ha tenido un ataque al corazón.

Mierda.

Mi segundo plan, que consistía en amenazar a la conservadora anciana con un escándalo, acaba de fracasar antes de ponerse en marcha.

Irritada, me reúno con mi futura exsuegra en el *hall* del hotel y cogemos un taxi mientras envío un par de textos rápidos a Ágata y a Nerea, que sigue sin dar señales de vida.

Pero, cuando llegamos al hospital, un muy tranquilo Duncan nos dice que la anciana ha fallecido cuando, al abrir los ojos mientras estaba en el pasillo tumbada en una camilla, se ha encontrado cara a cara con un póster de dos hombres besándose promocionando los derechos de los homosexuales y un espacio libre de homofobia. Ha tenido un ataque de rabia escandalizada que ha sido espectacular, y que ha acabado por meterla en la tumba al producirle un ataque súbito que al parecer esta vez sí que era real, a diferencia del otro, que no lo había sido.

Joder. Qué cosas tan raras pasan en la vida.

Al menos, la mujer ha vivido más de noventa años. Todo un récord, considerando la cantidad de ataques dramáticos que ha tenido a lo largo de su larga vida, que han sido muchos.

Si los ataques al corazón que ha fingido tener a lo largo de los años fuesen todos reales, hubiera tenido más de una treintena a estas alturas, sin contar el último; el real.

—Pero ¿está muerta de verdad? ¿En serio? —le pregunta Núria a su marido con lo que a primera vista creo que es un tono de preocupación pero que me doy cuenta, cuando comparte una mirada con él y se echan a reír después de que él vuelva a decir que sí, de que en realidad no lo es.

Madre mía cómo están las cosas.

¿Se puede saber qué está pasando? ¿Se han vuelto locos de repente?

—¿Núria? —inquiero con asombro, pero la mujer se limita a palmearme el hombro en un gesto afectuoso mientras continúa riéndose.

Los enfermeros, auxiliares y demás pacientes que pasan por el pasillo nos miran con

horror, y al final acabamos saliéndonos fuera, tras las puertas del hospital, porque ellos no dejan de carcajearse.

Cuando Ian se nos une con un café en la mano, del que le robo un trago rápido antes de hacer una mueca por lo agrio que está, sus padres han logrado controlar su ataque de risa con bastante esfuerzo.

Pobre Agustina, pienso de manera hipócrita, considerando cuáles eran mis planes hace un rato. *Era una mujer terrible, pero no se merecía que su hija y su yerno se partieran de risa con su muerte*.

—Siempre he sabido que mi madre iba a morir de alguna manera extraña y dramática, aunque admito que me ha sorprendido —me aclara Núria—. Esperaba que sucediera hace años, si soy honesta. Aunque a veces creía que nos sobreviviría a todos.

Le roba el café a Ian, que suelta un suspiro irritado, pero se lo cede a su madre. Aunque la mira con una ira que no es normal en él y que me hace preguntarme qué habrá hecho la mujer esta vez, porque Ian es un cielo de persona y nunca le he visto enfadado hasta ahora. Más le vale que no tenga nada que ver con Ágata, como sospecho, porque Ian solo se cabrearía así si le tocan a la gente a la que ama. Lo conozco muy bien.

Espero a que Núria añada algo más, pero no lo hace.

¿Y ya está? ¿Se muere su madre y esa es su reacción?, me extraño.

La familia de Ian siempre ha sido un tanto insólita, pero esto ya supera mis expectativas.

—¿Así que la muerte de tu madre te divierte? —pregunta Ian con cierta inquina horrorizada.

Duncan lo mira con enfado.

—No le hables así a tu madre.

—No me hables así tú a mí —gruñe sin amedrentarse—. Y, ya que estamos, más os vale no volver a acercaros a Ágata si queréis seguir teniendo un hijo.

Espera. Espera. Me he perdido.

—¿Qué le ha pasado a Ágata? —Aparte de lo de Duncan, no he sabido nada más.

Así que mis sospechas tienen cierta base de verdad.

—Mi madre se ha presentado en su habitación para amenazarla —me explica Ian, haciendo una mueca de ira, sin apartar la mirada airada de su padre.

—¿Qué? —Me giro hacia Núria, furiosa—. ¿Por qué has hecho eso?

Mi suegra alza la cabeza, orgullosa y tan enfadada con su hijo como yo con ella.

—No la he amenazado. Es ella la que se me ha puesto chula —nos dice, y yo resoplo de incredulidad, porque conozco a Ágata y mi prima tiene más paciencia que un santo y menos malicia que un bebé. Así que es imposible—. Ha sido de lo más maleducada.

—Ágata no podría ser maleducada ni aunque le pagaran por ello —afirmo yo antes de que Ian abra la boca para discutir con su madre.

—Ja —se burla Núria—. Créeme, querida, me temo que no conoces tan bien como crees a tu *amiga*.

Qué manía tiene con llamar a la gente «querida». Me pone de los nervios esta mujer.

—¿Te refieres a que ella e Ian están enamorados? —le pregunto con una dulzura envenenada—. Eso ya lo sabía. De hecho, fui yo la que les dije que dejaran de darle vueltas al tema y empezaran a salir de una vez. Y que follaran, ya de paso, porque me estaban frustrando a mí con tanta tensión sexual sin resolver.

Tanto Duncan como Núria se quedan con la boca abierta, mirándome con sorpresa.

—Pero, Teresa… —protesta Núria débilmente.

—Ian y yo tenemos un matrimonio abierto —les cuento, sin esperar a que me respondan.

Una vez cojo carrerilla, todo sale de mi pecho como ha querido salir siempre. Estoy más que harta de los MacFarlane y, ahora mismo, mi rabia es tal que ni siquiera pienso en el maldito dinero. Ya me las apañaré de alguna forma. Siempre lo hago.

»Siempre lo hemos tenido. Y Ágata no tiene culpa de nada. Así que dejad de comportaros como trogloditas y de hacer suposiciones sobre ella. Es como una hermana para mí y no lo voy a tolerar, ¿entendido? Dejadla en paz.

Núria abre y cierra la boca, tan indignada que no salen nada más que jadeos furibundos de su boca, y Duncan nos observa con expresión atónita mientras Ian, al ver la cara de sus padres, empieza a descojonarse como si toda la situación fuera lo más divertido que ha visto nunca.

La verdad es que sus expresiones sí que son divertidas. Bastante, de hecho.

—¡Teresa! —exclama Núria finalmente con indignación, claramente sin palabras.

—Ahórrate tu juicio sobre nuestra vida privada, Núria. No es asunto tuyo. Yo no juzgo la tuya, al fin y al cabo, y eso que acabas de descojonarte de la muerte de tu propia madre y no te he dicho nada al respecto. Ni tuyo tampoco, por cierto, Duncan. Dejad de decirle a Ian de una maldita vez cómo debería vivir. Ni siquiera va a veros por Navidad si no lo amenazáis, maldita sea. No me extraña que os mienta tanto.

Núria se pone pálida como la leche y Duncan nos mira con el rostro inexpresivo y furibundo.

—¿Es cierto lo que dice tu mujer? —le pregunta el escocés a su hijo, que ha dejado de reírse y me da un beso en la mejilla con afecto.

—Sí. Lo es. —Es lo único que responde, sin dar mayores explicaciones. No se las debe. Ellos lo tratan como si fuera su peón, no como padres. ¿Por qué tendría que contarles nada?

Duncan aspira una bocanada de aire.

—Hablaremos sobre…

—No hablaremos sobre nada —lo interrumpe Ian—. Joder, sir, que tengo treinta y tres años. Ya basta de intentar controlarme tanto. Mi vida es *mía*. No soy vuestra pertenencia.

—Ian…

—No, no más «Ian» ni «piensa en tu linaje» ni esas mierdas de siempre. Amo a Ágata y me voy a divorciar de Teresa, os guste o no. Y os voy a decir esto una última vez: vais a tener que aprender a vivir con ello.

—Sabes que tu padre y yo no podemos tener más hijos —añade Núria en tono suplicante, y veo que la mujer está a punto de echarse a llorar y, por unos instantes, le tengo hasta pena; hasta que recuerdo que ha *amenazado* a Ágata y que no se merece mi compasión.

—¡¿Y qué tendrá eso que ver con todo?! —grita Ian, frustrado con sus padres, como suele ocurrirle. Su angustia es tan patente que me pone triste verlo así—. ¿Por qué siempre sacáis ese maldito tema? ¿Qué culpa tengo yo de eso?

—Perdonen, ¿los familiares de la señora Agustina del Rosario? —inquiere una voz masculina llena de vacilación antes de que Duncan o Núria puedan responderle a su hijo.

Nos giramos todos a la vez.

—¿Qué pasa ahora? —preguntan cuatro voces alteradas, haciendo que el pobre hombre eche a sudar de los nervios.

—Soy Fede García, de la aseguradora y notaría en la que Agustina tenía contratados los servicios para cuando llegase un día como este. Nos ha llamado su hija diciéndonos que había fallecido. Lo lamentamos mucho.

—Ah, sí —suelta Núria, relajándose y de lo más tranquila—. Sí, los habrá llamado mi hermana, imagino.

Casi suelto un resoplido. Se nota que ha sido ella. Como si no hubiera llamado al seguro de los muertos y al notario de su madre antes incluso de que esta falleciera del todo, como ya ha hecho más de una vez en los últimos años, aunque hasta ahora no había llegado a nada y los del seguro se iban de nuevo al ver que Agustina estaba viva.

—Mi más sentido pésame, antes que todo. Queríamos mucho a la señora Agustina aquí en Benidorm, donde residía ocasionalmente desde hace tantos años —dice Fede, apretando su maletín contra su abdomen—. ¿Podría hablar con ustedes? Agustina ha dejado una herencia por escrito, y, como ya saben, yo soy su notario.

La actitud de mis suegros cambia al instante, y ambos le sonríen al hombre con rostros alegres.

—¡Por supuesto! —exclama Núria, olvidándose de repente de los disgustos que sufría hace unos minutos—. Creo que deberíamos volver al hotel. Deje que le invitemos a merendar y hablamos de esa herencia, Fede, querido. Debe de estar usted sufriendo tanto como nosotros por este horrible calor veraniego.

Y luego dicen que su hijo solo los quiere por dinero.

Hipócritas.

24



Ágata

Ian no está en el *hall*, y Nerea tampoco.

He bajado hace una hora después de la llamada de Ian sobre lo de su abuela, pero ya no hay nadie, y el personal del mostrador me ha dicho que la ambulancia se ha ido poco antes de que yo bajara. Así que al final Ian debe de haberse ido con ella.

Es comprensible. Es su abuela, y por mucho que él diga que está fingiendo, todavía debe preocuparle.

Yo lloré muchísimo cuando las dos mías faltaron y todavía las echo mucho de menos.

—¡Ágata! —Me giro para encontrarme con Nerea, que lleva de la mano a un hombre moreno y muy guapo que la mira como si ella hubiera colgado el sol y las estrellas en el cielo, y que debe ser del que nos ha hablado en su nota de voz hace unas horas—. Este es Devon. —Nos presenta y nos damos dos besos mientras Nerea insiste en que vayamos a la terraza de la piscina los tres juntos a tomar algo, y me dice que tiene algo que contarme que, aparentemente, no voy a poder creerme.

Si ella supiera…

La de cosas que han pasado hoy que soy todavía incapaz de creer. Y, sin embargo, cuando Nerea empieza a hablar mientras Devon nos pide unos cócteles en la barra me deja con la boca abierta.

—¿Que habéis hecho el qué en un ascensor?

—No seas mojigata.

—Que no soy mojigata —protesto, como siempre hago cuando ella o Teresa me llaman así en broma.

No creo que se me pueda volver a aplicar ese término después de la semana que he pasado en el dúplex de Ian. Al que ahora mismo estoy echando mucho de menos, por cierto.

—Pues eso, que estábamos a lo nuestro y que resulta que una señora ha llamado el ascensor y…

Suelto un gemido, intuyendo cómo va a acabar esto.

—Oye, no me gimas así con exasperación como haces siempre. Espera a que acabe la historia.

—Os han pillado. ¿No es así?

—Más que eso. Le ha dado un ataque.

Suelto un bufido de risa.

—No me extraña.

—No, no. Que no lo estás pillando —me dice ella mientras Devon se sienta junto a ella en el sofá de ratán y nos tiende nuestras copas. Qué caballeroso—. Que le ha dado un ataque de verdad. Al corazón, nos han dicho. Y se la han llevado al hospital en ambulancia y todo.

Me quedo con la bebida a medio alzar.

No puede ser.

—Y ¡de verdad que no te lo vas a creer! —prosigue, dándole un sorbo a su copa—. Resulta que es además la abuela de Ian. La anciana que nos ha pillado, me refiero, claro.

—¿Qué? —Pues tiene razón, no me puedo creer lo que me está diciendo.

—Sí, sí. Y que Devon —le da un beso al hombre en la mejilla, que le sonríe embobado—, aquí presente es, ¡agárrate!, el tío de tu Ian. ¿A que es acojonante?

Estoy totalmente en blanco.

Solo Nerea —o Teresa en un día malo, para ser justos— puede ser capaz de crear una situación así.

—Joder, Nerea. —Ella se echa a reír como si mi reacción le pareciese hilarante—. Joder.

—No me puedo creer que hayas maldecido. Esto se lo tengo que contar a Teresa —aplaude—. Tendremos que marcar este día en el calendario y todo: *El día en el que Ágata dijo «joder»*, ¡dos veces, además!

—Nerea, que esto es serio.

—Bueno, sí, ya lo sé. Pobre mujer. —Le da otro sorbo a su copa tras quitarle la sombrillita—. Claro que lo siento por ella. Pero al menos nos han dicho que no van a presentar cargos porque no ha muerto por nuestra culpa, y han retirado los cargos de escándalo público. Así que ya ves, que somos libres y que no es para tanto, ¿no crees?

—¿Así que está viva? —Me alegro tanto por Ian, ya tiene suficiente con lo de sus padres.

—Ay, no. Perdona —me dice—. Bueno, creo que no. No lo sé con seguridad. —Y mira a Devon buscando confirmación.

—Ha fallecido, pero no por culpa nuestra —aclara el hombre con un fuerte acento

escocés.

—Y si no es por culpa vuestra, ¿por qué ha sido?

Nerea se encoge de hombros.

—Ni idea —responde, acabándose su margarita y pidiendo otro al camarero—. De complicaciones de la edad, supongo. Tendría unos noventa años.

—Noventa y cuatro —clarifica Devon.

—Madre mía —suelto yo—. Menudo día.

—Y que lo digas —dice Nerea, haciendo chinchín con su nuevo margarita contra la jarra de Devon y mi copa—. Por cierto, ¿cómo ha ido lo tuyo con Ian y sus padres? Espero que no te importe que se lo haya contado a Devon, es de fiar. Sabe lo de El Plan, ¿a que sí?

El hombre, que está bebiendo de su cerveza, asiente y me mira, expectante.

Suelto un gemido y me acabo mi propia copa de un trago, sintiéndome mareada poco después, pero pidiendo otra igualmente.

—No lo sé. Ian está muy cabreado con sus padres y, para ser honesta, yo también. Aunque entiendo que para ellos Teresa e Ian tienen un supuesto matrimonio perfecto.

Devon se ríe.

—Esos no han tenido un matrimonio que mi hermano mayor pueda considerar «perfecto» jamás.

—¿Y tú cómo lo sabes? —inquiere Nerea, que va ya por su tercera copa y está empezando a sonreír como una loca excitada, como siempre hace cuando se pone contenta por el alcohol.

—Porque pillé a Teresa liándose con una de sus damas de honor en la boda.

—Ah, Vanessa —asentimos las dos.

Vanessa la Terrible, que la había dejado poco después de casarse vía mensaje de WhatsApp, rompiéndole el corazón a Teresa. La pobre lo había pasado fatal y no había estado bien durante casi un año después de ella.

—¿Y no dijiste nada? —le pregunto con curiosidad.

—Hablé con Ian al respecto, pero me contó lo del matrimonio abierto y me pidió que no le dijese nada a nadie.

—Qué buen tío eres, en ambos sentidos —bromea Nerea dándole un sonoro beso en la mejilla—. Y, hablando de los reyes de Roma, mirad quiénes han vuelto. ¡Ian, Teresa! ¡Aquí! —llama, levantándose y haciendo aspavientos para llamar su atención.

Me embarga el alivio al verlos de vuelta. Es como si se hubieran ido a la guerra, solo que los enemigos son un par de padres que parecen sacados de la era medieval.

—Me han dicho lo de tu abuela. —Abrazo a Ian con fuerza, que me devuelve el abrazo con la misma intensidad—. Lo siento tanto…

—Era una bruja —me confiesa antes de besarme y sentarse a mi lado—. Pero al menos ha sido rápido y, en el fondo, le tenía cariño.

—Pero no hemos sido nosotros, ¿verdad? —pregunta Nerea, llamando al camarero, necesitando que se lo confirmen una vez más.

—No. Ha sido el progreso —interviene Teresa de manera misteriosa, antes de echarse a reír de súbito con tales carcajadas que hacen que su menuda figura se sacuda de la cabeza a los pies.

Su risa es tan contagiosa que Nerea le sigue rápidamente, y luego Devon e Ian y yo, a pesar de que me siento fatal por la pobre anciana y de que no entiendo nada de nada.

—Me alegra que estés bien —le digo a Ian antes de besarlo—. ¿Cómo ha ido todo con tus padres?

—Pues ahora mismo están bastante felices —me contesta con una sonrisa, confundiéndome.

No me esperaba esa respuesta.

—¿Felices?

—¡Todos lo estamos! —exclama Teresa, sobresaltándonos, elevando su copa en un brindis—. ¡Por Agustina, y por su convicción de que yo era una esposa perfecta, a pesar de que carecía de linaje y de que yo creía que me odiaba a muerte hasta hace unos meses! Que en paz descanse, de verdad, y gracias.

No tengo ni idea de qué va todo esto, pero Teresa parece la mar de excitada por algo, así que nos unimos a su brindis.

—Pues sí que estás contenta de que la anciana la haya palmado —comenta Nerea tras presentarle a Devon y que Teresa le responda entre risas que ya lo conoce—. Pobrecilla.

—Feliz no, felicísima —sonríe Teresa ampliamente—. Yo y los veintidós millones de euros que me ha dejado en herencia para «gastos personales» nos vamos a llevar muy bien. Que en paz descanse la vieja bruja. Era un encanto, a pesar de todo y de todas esas malditas veces que me pegó en los tobillos con su bastón cuando estaba de mal humor. ¡Por Agustina! —Alza su copa y brinda de nuevo.

Nos quedamos todos, excepto Ian, con la boca abierta al mirarla, y ella se echa a reír de nuevo.

—Teresa, considérate divorciada —le comunica Ian, chocando los cinco con ella, igual de sonriente, aunque lo noto un poco triste, supongo que perder a la mujer, aunque no se llevaran nada bien y él huyera de ella a menudo, le ha afectado.

—¡Tú también! Y más te vale hacer feliz a Ágata de ahora en adelante, o te las verás con nosotras —señala a Nerea con la mano, que la secunda, y se bebe de golpe su cóctel rosado.

Ian y yo nos miramos, y una lenta sonrisa se extiende por ambos rostros, incapaces de ver nada más que no sea el otro y la vida que vamos a tener. Juntos.

El Plan de Teresa no ha salido como ella esperaba, pero las cosas rara vez lo hacen. Y, para mí, tener un futuro con este hombre maravilloso es suficiente para ser feliz.

No necesito nada más.

25

Epílogo



Ágata

Teresa tiene que irse a toda prisa esa misma tarde.

Martín la llama diciendo que la cirugía de su madre se ha adelantado, así que hace las maletas a toda prisa y, sabiendo que Ian, Nerea, Devon y yo habíamos planeado irnos de viaje a las Bahamas, así porque sí, decide no coger el coche de Ian prestado para que podamos ir al aeropuerto, y encuentra uno en venta de segunda mano que pueda conducir para no tener que volver en bus o en tren.

Es de un color turquesa pastel, como sus altos zapatos de tacón, y la puerta está rota y no se abre, así que, tras pagar a una anonadada mujer que acaba de recibir el doble de lo que pedía por él en mano, salta por la ventanilla delantera tras echar sus muchas maletas en el maletero y en los asientos de atrás y pone rumbo de vuelta a Valencia y a su Martín.

—Pues menos mal que no celebran la reunión familiar esta en Ibiza —comenta Nerea de la nada mientras movemos los brazos, despidiéndola, y la vemos marcharse avenida abajo en su nuevo auto—. Aunque hubiese sido un puntazo.

—La abuela odiaba Ibiza. Decía que es la ciudad del pecado de España y siempre colaboraba en campañas para cerrarla a los turistas y convertirla en un retiro de celibato espiritual —le responde Ian mientras caminamos de vuelta al hotel para recoger nuestras cosas.

Hemos tenido suerte y hay cuatro vuelos disponibles de última hora. Aunque Duncan, que parece un poco más tranquilo, se ha acercado a su hijo y, cuando nos ha escuchado planear el viaje, le ha ofrecido su *jet* privado como un gesto de paz que Ian no ha aceptado.

Todavía no los ha perdonado. Necesitará tiempo para limar asperezas.

Eso, y que su abuela le ha dejado cien millones y un montón de propiedades en herencia, así que ya no lo pueden manipular con el dinero de su familia para que ceda a lo que ellos quieren, y lo saben.

Aunque me ha dicho que planeaba poner en práctica su carrera de Harvard y buscarse un trabajo para independizarse de sus padres si nos cortaban el grifo, como había amenazado Núria con hacer. O, al menos, intentarlo con ganas.

Pero está feliz de no tener que hacerlo.

Ian, como Teresa, es de los que disfrutan de los lujos de la vida sin tener que sufrir por ellos. Uno de los muchos motivos por los que se llevan tan bien. Le gusta estar activo en cosas de las que disfruta, como el deporte y el viajar, y de vez en cuando estudia algo que le resulta interesante, como *Marketing* o Económicas, pero por ahora no siente ningunas ganas de trabajar, ni en una oficina ni en ningún otro sitio.

A mí me gusta mi trabajo, pero me gustaría mucho más si tuviese unos horarios que no me quitasen la vida y un sueldo que no estuviese solo un poco por encima de lo miserable, pero entiendo que no todo el mundo quiere vivir así, y lo respeto. Yo también tendría vacaciones cuando me diera la gana si pudiera, si soy honesta conmigo misma y, si pudiera crear mi propio negocio y ser mi propia jefa, como Teresa, ello me haría muy feliz.

Tal vez lo haga. Ya es hora de que haga algunos cambios en mi vida y de hacer cosas que me hagan feliz.

Nos lo pasamos genial en las Bahamas. Decidimos quedarnos allí una semana, aunque se convierten en dos, disfrutando de una de las nuevas propiedades de mi novio, y Teresa, tan competente como siempre, le envía los papeles de divorcio vía *email* y el trámite se hace rápida y eficazmente.

Así que puedo decir, tranquilamente, que mi novio ya está divorciado. Cosa que celebramos esa noche con tal entusiasmo que Nerea no deja de hacer comentarios entre risillas cuando nos ve a la mañana siguiente, aunque yo me esfuerzo por ignorarlos sin ruborizarme demasiado.

Un año después, nos reunimos todos de nuevo para repetir la experiencia, en esta ocasión junto a Teresa y Martín y la madre de éste, a la que Teresa invita ya que se han vuelto muy amigas, y Nerea anuncia, sin más preámbulos, que está embarazada, mientras estamos cenando en el restaurante.

Y por la cara de *shock* de Devon, esa es la primera noticia que tiene de ello. El hombre grita y salta y la abraza y la besa y le pide que se case con él allí mismo, así que al día siguiente celebramos una boda improvisada en las bellas playas de las Bahamas, donde todos nos vestimos de blanco y llevamos sombreros de paja por insistencia de Nerea, y ella se pone uno de sus vestidos coloridos favoritos y un montón de flores en el pelo.

Es una ceremonia hermosa y sin complicaciones. Solo con la gente que a ella más le importa, ya que su madre falleció hace años y con su padre no se habla. Y, cuando cae la noche, encendemos unas velas por su madre, Flora, también por mi padre, que murió cuando yo era muy joven, y mis abuelos —que son también los de Teresa—; y por Agustina, también, porque ella es una de las razones de que podamos vivir así de felices, aunque esto no fuese lo que la anciana, muy posiblemente, había planeado para nosotros.

—Mi tío siempre ha querido hijos —me comenta Ian mientras bailamos lentamente al ritmo de la música que ha elegido Teresa, y que está llena de canciones de amor de los ochenta que ella y Nerea cantan a voz en grito mientras bailan juntas entre risas, unos metros más allá, en la playa privada de Ian.

—¿Y tú? —le pregunto, con el aliento contenido en los pulmones.

Él me sonríe y me coge la cara entre las manos.

—Siempre y cuando tú quieras.

—Si tú quieres, sí quiero. Quiero tener hijos contigo —le respondo, apoyando la cabeza en su pecho con un suspiro—. Pero no ahora.

—¿En unos años?

—En unos años —asiento.

Nos casamos al año siguiente en esa misma playa. Mi madre se une al viaje y llora durante toda la ceremonia, hasta que Teresa baila una canción lenta con ella y Nerea la hace reír.

Nerea y Teresa eligen las canciones —*hits* de los ochenta de nuevo—, y Devon está intentando enseñar a su hijo a decir «papá» a pesar de que solo tiene tres meses y medio de edad, mientras Ian le explica a su tío que es demasiado pronto para eso, y Martín, su madre y la mía se ríen mientras comparten una copa de vino y nos ven a las tres bailar y cantar al ritmo de *Girls Just Want To Have Fun.*

Es una boda perfecta.

Los padres de Ian envían mensajes de disculpas cuando nace nuestra primera hija dos años después y, poco a poco y aunque no es una relación profunda y llena de confianza y de amor, encontramos la manera de que las cosas sean al menos cordiales entre nosotros.

Adoran a su nieta, y eso es un puente en el que podemos convivir.

A nuestra primera hija la llamamos Amelia, como mi madre, que es su madrina además de su abuela, y que la adora más que nadie y que sonríe cada vez que mira su álbum de fotos infantiles.

Cinco años después, nacen las gemelas y decidimos que ellas van a ser las últimas, porque a pesar de lo mucho que amamos a nuestras hijas, no necesitamos tener más, y Teresa y Nerea son sus orgullosas y emocionadas madrinas.

El mundo puede estar loco, pero la vida es buena.

Muy buena.

SOBRE LA AUTORA

T. N. Hawke ha escrito más de una treintena de libros.

Desde romances apasionados con vampiros gruñones ambientados en un mundo distópico, hasta dulces historias de Almas Gemelas Cambiantes que transcurren en un valle idílico, en su **página de autor en Amazon** encontrarás novelas de amor de todos los géneros imaginables.

Puedes acceder a todos sus libros y sagas disponibles en Amazon HACIENDO CLIC AQUÍ.

También puedes encontrarla en **Wattpad**, donde escribe como TNHawke y tiene varias novelas gratuitas publicadas, así como en **Sueñovela** y **Goodreads** como T. N. Hawke.

Además, en su **Instagram** encontrarás posts sobre en qué proyecto está trabajando en ese momento, juegos, preguntas de los lectores, sorteos y mucho más: @tnhawke